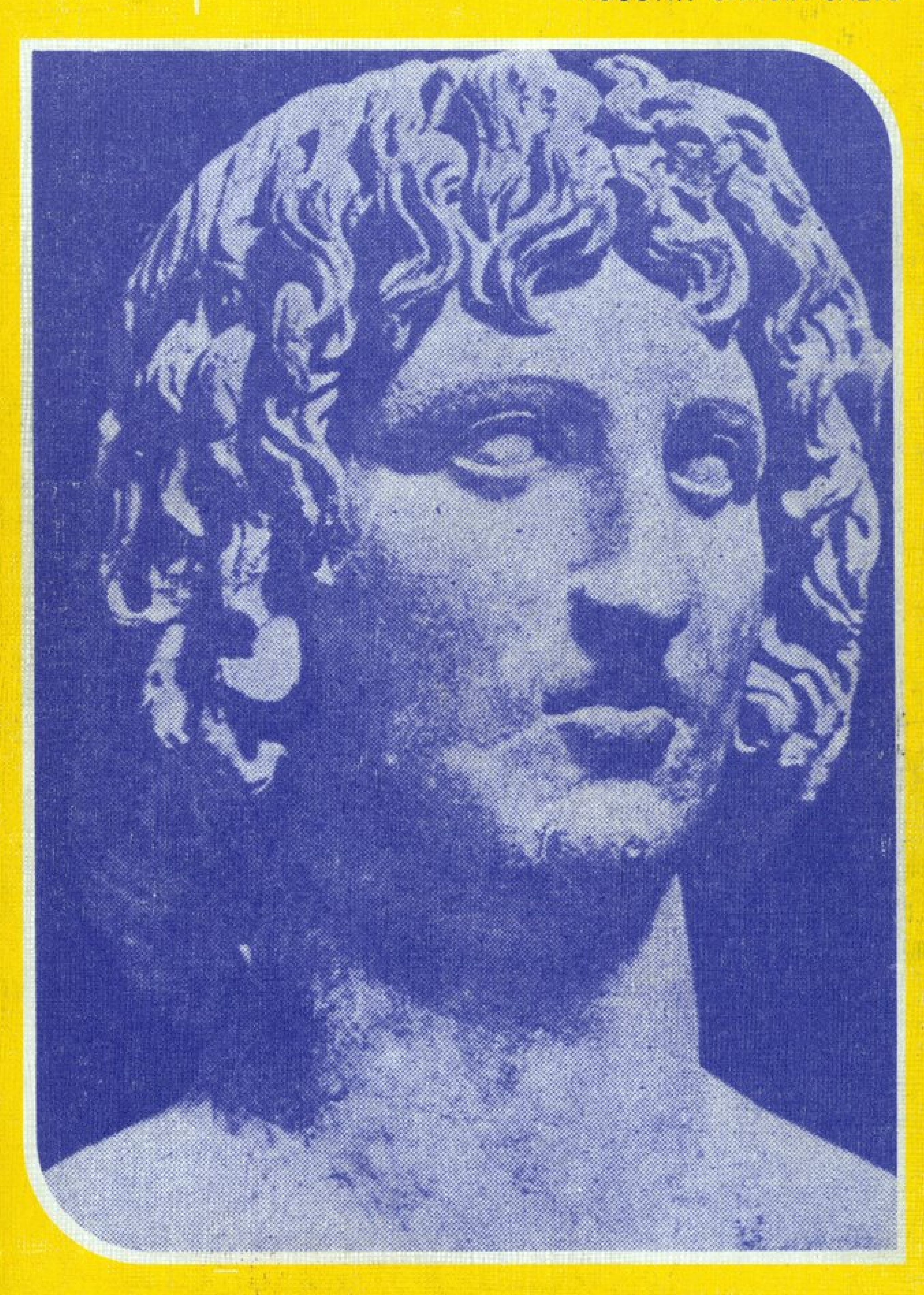
LOS POETAS
Ediciones Júcar

Virgilio

AGUSTIN GARCIA CALVO



Virgilio

Ediciones Júcar

La ya larga y ejemplar dedicación de Agustín García Calvo al estudio –y a la enseñanza– de la lengua y la literatura latinas, se pone de manifiesto en este *Virgilio* con un muy singular repertorio de confluencias críticas e interpretativas. Aparte de la atención indagatoria sobre lo que podría ser una biografía del poeta a partir de los datos que suministra su propia poesía, y aparte también de las decisivas aclaraciones en torno al correspondiente marco histórico e ideológico, García Calvo ofrece una puntual traducción "rítmica" de algunos tramos fundamentales de la obra de Virgilio, concretamente de las *Bucólicas*, del libro IV de las *Geórgicas* y del libro VI de la *Eneida*. La fijación de los textos, la metódica guía de lectura y la maestría de las versiones, confieren a este libro un valor de auténtico redescubrimiento del más alto poeta de la antigüedad latina.
Agustín García Calvo nació en Zamora en 1926. Estudió lenguas antiguas en Salamanca, doctorándose en Letras con una tesis sobre la prosodia y la métrica antiguas (1950). Fue catedrático de Instituto y, después, de las Universidades de Sevilla y Madrid, hasta que en 1965 fue expulsado por decreto ministerial de la Universidad por su participación en los movimientos estudiantiles. Tuvo un centro privado de enseñanza en la calle del Desengaño, de Madrid. Desde 1969 reside en París. Actualmente ha sido rehabilitado en su cátedra de la Universidad complutense.
Ha publicado los siguientes libros: *Sermón de ser y no ser*, Madrid, 1972. *Ensayos de Estudio lingüístico de la sociedad*, Madrid, 1973, *Don Sem Tob (texto crítico, versión e introducción)*, Madrid, 1974. *Cartas de negocio de José Requejo*, Madrid, 1974. y *Del ritmo del lenguaje*, Barcelona, 1975. Ha editado también diversos estudios y traducciones de Jenofonte, Plauto, Platón y Sócrates.

AGUSTIN GARCIA CALVO

VIRGILIO

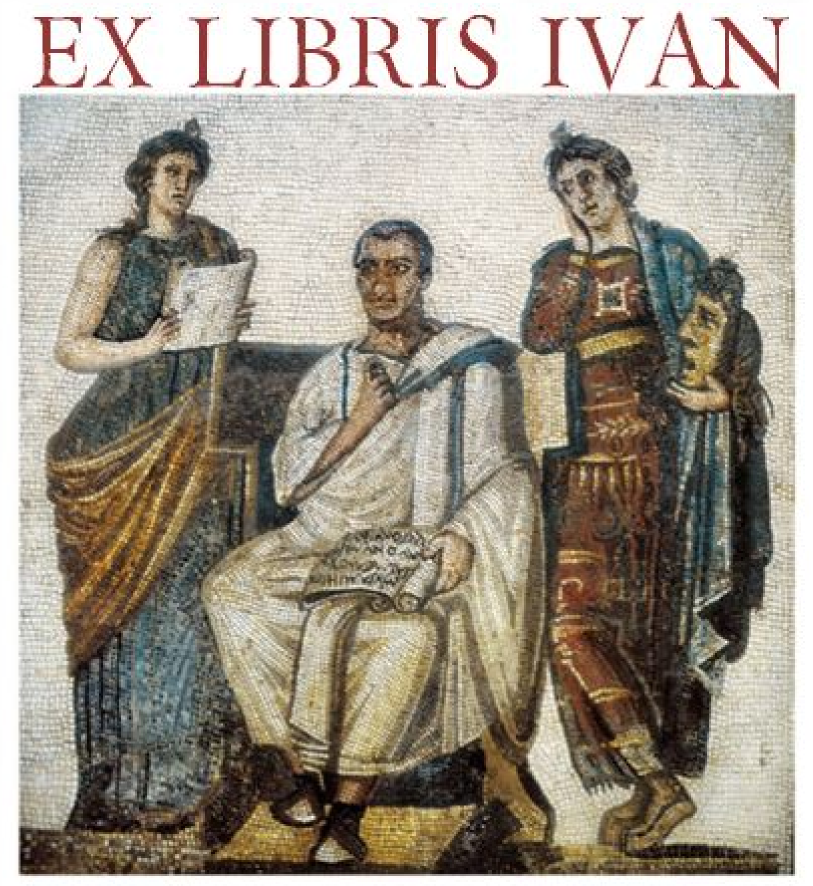
Biografía,
bibliografía,
traducción rítmica de:
las *Bucólicas,* libro IV de las *Geórgicas,*
libro VI de la *Eneida*;
Apéndice para la lectura del
libro IV de las *Geórgicas.*

COLECCION LOS POETAS



EDICIONES JUCAR

Cubierta: *Jas Hayden*
Fotografías: *Archivo Júcar*



Ofelia Nieto, 75. Madrid-29 y Alto Atocha, 7. Gijón
I.S.B.N.: 84-334-3016-5
Depósito Legal: M. 38.091-1976
Composición en Altamira, S. A.
Impreso en España por Mateu-Cromo, A.G., S.A.
Carretera de Fuenlabrada, s/n. Pinto-Madrid
PRINTED IN SPAIN



La vía Apia (a la salida de Roma), camino hacia el puerto de Brindis y el Oriente, a lo largo de la cual se encontró Virgilio con Horacio y Mecenas (pp. 9-10), cuando iba éste a asistir a la entrevista conciliatoria entre Octavio y Marco Antonio.

POETA AUGÚSTEO Y HOMBRE ENFERMO

Parece ser que el poeta Publio Virgilio Marón, cuyo bimilenario hace unos cuarenta años celebraba el fascismo italiano esplendorosamente, como el del cantor del áureo destino de la era de César Octaviano Augusto, fue toda su vida sin embargo un hombre enfermo, no obstante la fornida complexión y el aire rústico con que referencias y retratos antiguos nos lo presentan.

Delicado de estómago, hombre de agrias y pesadas digestiones, así nos lo muestra en un poema Horacio, el otro vate laureado de la restauración augústea, cuya amistad por él no parece que se viera empañada nunca por sentimientos de rivalidad; cosa que, aparte del carácter de ambos, hubo en buena parte de deberse a lo bien deslindados que estaban los géneros poéticos entre los antiguos, de tal modo que siempre pudieron los dos ami-

gos sentirse laborando en campos apartados.

LA AMISTAD CON HORACIO.EN RELACIÓN CON LA ESTRICTA DIVERSIDAD DE LOS GÊNEROS POÊTICOS A QUE LOS DOS POETAS SE DEDICARON

«Virgilio», en efecto, significa para nosotros: el libro de las *Bucólicas,* género particular, ni lírico ni dramático, según el tipo alejandrino de Teócrito; los cuatro libros de las *Geórgicas,* que es lo que suele llamarse un poema didáctico, bajo la advocación de Hesíodo; y los doce de la *Eneida,* una epopeya, fundada por tanto en el modelo de las homéricas; amén de lo que como frutos de la juventud de Virgilio pueda conservársenos en la colección que suele llamarse *Appendix Vergiliana,* pequeñas piezas del género del epigrama, *Catalepton* y *Priapea,* dos o tres epilios o pequeños poemas épicos, *Culex, Ciris y Aetna,* el último muy dudosamente virgiliano, y los cuatro poemitas, de género más indefinido, *Dirae, Lydia, Moretum* (en que se cuenta cómo un labrador elabora la torta de yerbas de ese nombre antes de salir para la arada) y *Copa* o *La Tabernera,* en que una moza de taberna invita a entrar a los viandantes. En cambio, «Horacio» consiste para nosotros en: los cuatro libros de los *Carmina,* que suelen llamarse *Odas,* del género de la lírica propiamente dicha, es decir, el tipo de la canción, al estilo sobre todo de Safó y Alceo; el libro de los *Epodos,* una lírica especial de maldición, creada por Arquíloco; el *Canto Secular,* una especie de himno para coros; y por otro lado, los dos libros de los *Sermones* o *Sátiras,* piezas entre predicadoras y conversacionales, un nuevo género establecido entre los romanos por Lucilio; y los dos de las *Epístolas*

(la última de ellas la de los Pisones, llamada *Arte Poética*), de tipo similar al de las *Sátiras*, aunque sometidos aquí los poemas a la forma epistolar. De modo que bien puede decirse que no hay ni la menor área de coincidencia de los dos poetas en el cultivo de un mismo género poético.

LA NARRACIÓN DE HORACIO DEL VIAJE A BRINDIS EN COMPAÑIA DE MECENAS, DONDE SE INTENTABA UNA COMPONENDA ENTRE OCTAVIO Y ANTONIO

Pues bien, íbamos diciendo que Horacio nos ha dejado una narración (*Sermones* I 5) del viaje de Roma a Brindis, en que fue a lo largo de la Vía Apia acompañando a Mecenas, aquel rico caballero cuyo nombre se ha convertido en común para todo burgués que invierte fondos en la promoción de la producción poética y cultural, aquel hombre que, sin aceptar nunca altos cargos públicos ni aun siquiera ascender de la condición ecuestre a la clase senatorial, tan importante papel de consejero debió de desempeñar al pie de Augusto, y que justamente en aquel viaje iba para asistir en Brindis a la conversación en que se intentaría que el joven Octavio y Marco Antonio arreglaran por vía pacífica sus diferencias; intento vano, por cierto, como la prosecución de la historia mostraría, ya que aquellas diferencias, que Horacio menciona como desavenencias entre amigos, estaban ya dictadas desde el Futuro por la inmediata guerra, la última de la serie de guerras civiles en que terminó la república romana, y que venía destinada a acabar con todas las guerras interiores para muchos siglos.

Ello es que en la narración de ese viaje, cuando llega Horacio a la parada y fonda

CÓMO EN LA PARADA DE CÁPUA NO PUEDEN PARTICIPAR EN EL JUEGO DE PELOTA NI HORACIO NI VIRGILIO, AQUÉL POR SU MIOPÍA Y ÉSTE POR SUS MALAS DIGESTIONES

de Cápua, leemos cómo, en tanto que las mulas descansaban, yéndose después del almuerzo Mecenas a jugar a la pelota (el cual por otro camino algunas jornadas antes se había juntado con Horacio en Terracina, mientras que Virgilio, con Plocio y Vario, se les había unido luego en Sinuesa), en cambio Virgilio y el propio Horacio han de renunciar al juego y retirarse a descansar, ya que, como él dice, no es propia la pelota ni para cegajosos ni para malos digeridores: *crudus* es el adjetivo con que a Virgilio alude, en tanto que se aplica a sí mismo el de *lippus,* «legañoso, cegato», lo más equivalente a «miope» para un mundo en que, naturalmente, no había malformaciones tan definidas como la miopía; Horacio, en efecto, se veía obligado cada día a untarse los párpados de colirios (véanse los versos 30-31 del poema), testimonio probablemente de una época en que ya los líricos eran, más que cantores, afanosos lectores de papiros.

VIRGILIO, ENFERMO DEL ESTÓMAGO; PERO OTROS DATOS PARECEN SUGERIR UNA ENFERMEDAD CRONICADISTINTA

Tenemos, pues, aquí a Virgilio como un *crudus,* palabra que efectivamente parece aludir con precisión a la deficiencia de las funciones estomacales (además de que en la tardía *Vita* de Donato se confirma lo mismo con expresión técnica: «lo más del tiempo padecía del estómago»), pues para los romanos la digestión, así como también la maduración de los frutos, está confundida con el cocer: con el verbo *coquere,* en efecto, se designan al mismo tiempo las tres cosas. Ahora bien, por otra parte, algunas otras referencias que se nos conservan de la vida de Virgilio

parecen presentarnos su enfermedad crónica bajo un aspecto que más bien nos inclinaría a los modernos a un diagnóstico diferente.

Sabemos, por ejemplo, de su necesidad de buscar residencia en los climas más benignos, que fue sin duda parte a que no volviera desde su primera juventud, al parecer, a las húmedas tierras natales del valle del Po y del Mincio, tan amadas sin embargo del poeta, y que prefiriera en cambio los cielos limpios y cálidos de Nápoles y la Campania.

POR EJEMPLO, PREFERÍA RESIDIR EN EL CLIMA SECO DE LA CAMPANIA

Allí estudió de joven al lado de Sirón el epicúreo, a quien se dice que ha conmemorado en la VI Bucólica bajo la figura de Sileno que canta la formación del mundo. Fue allí donde un tiempo llegó a estar decidido a apartarse del juego frívolo de la retórica escolar y de la poesía, para entregarse de lleno al más serio de la filosofía, si creemos a los coliambos de aquel epigrama de la *Apéndice Virgiliana:*

SUS ESTUDIOS ALLÍ CON SIRÓN EL EPICÚREO

Marcháos, vanos; fuera, bombos retóricos,
palabras de zumbido semihelénico infladas;
vosotros, Selio, y tú, Varrón y Tarquicio,
oh raza de académicos aceitosos,
marchad, vacío tamboril de escolares.
Y tú, cuidado, Sexto, de mis cuidados,
adiós, Sabino; adiós quedáos, galanes:
yo tiendo velas hacia puertos dichosos,
del gran Sirón siguiendo la razón docta,
de toda cuita redimiendo la vida.
Marchad, Camenas, ya también id vosotras,
dulces Camenas (pues de cierto confieso
que dulces fuisteis), y con todo, a mis pliegos
tornad tal vez; mas con pudor, y no mucho.

Y LA DECISIÓN DE ABANDONAR LA POESÍA POR LA FILOSOFÍA

Tentación ésta de trocar las Musas por la ciencia que hasta los últimos años le acompañaría, a creer a la *Vita* de Donato, donde se dice que pensaba, una vez rematada la *Eneida,* retirarse para siempre a la filosofía. Pero ya se sabe que, según Juan de Mairena dice, «lo inevitable es ir de lo uno a lo otro».

ESTANCIAS POSTERIORES EN EL SUR DE ITALIA

También por aquellas tierras de la Campania volvería a residir lo más del tiempo en los años de madurez, viviendo incluso alguna vez (de fiarse de otro epigrama de los *Catalepton*) en la granjita o *uillula* que había sido de Sirón, o en alguna otra sosegada propiedad adquirida con la generosa ayuda de Mecenas. Y cuando no, tal vez se paseaba por las afueras de Tarento, donde se encontraría con aquel viejo hortelano venturoso entre sus nardos y pepinos, del que nos habla («Que es que recuerdo que ví...») en las *Geórgicas* IV 125-146.

EL VIAJE A GRECIA EN QUE HALLARÍA LA MUERTE, TAMBIÉN CONDICIONADO POR MOTIVOS DE SALUD

Tenemos también el hecho mismo de que la muerte le sorprendiera, a la edad relativamente temprana de los cincuentayún años, durante el viaje marítimo que emprendía hacia la Hélade y el Asia, llevándose para corregir el manuscrito de la *Eneida,* y por motivos sin duda no menos de salud que, como ahora bárbaramente dicen, culturales; de donde, vencido por la fiebre, habría de volverse a morir en Brindis, para ser tal vez enterrado al lado de la propia Nápoles.

Rasgos como éstos y algunos otros de su vida nos ofrecen más bien el cuadro de un enfermo del pecho, como se decía

eufemísticamente antaño, de un tísico de evolución lenta, aproximadamente.

LA ENFERMEDAD DE VIRGILIO COMO TISIS

Pero es que esa diferencia, tan nítida para nosotros, entre enfermedades del aparato digestivo y enfermedades del pulmón no puede aplicarse realistamente al mundo antiguo, donde los conceptos mismos de los órganos internos informaban mucho más débilmente la realidad; de modo que difícilmente podía ser Virgilio o morir ni tísico ni enfermo del estómago, sino ambas cosas a la vez, o —mejor dicho— con una tercera manera de consunción intestina, difícil de imaginar o de padecer para quienes vivimos en un mundo tan definidamente sometido a la especialización de nuestros órganos.

INDISTINCIÓN ENTRE LOS ANTIGUOS DE ENFERMEDADES DIGESTIVAS Y PULMONARES

En cambio, para el antiguo, otros testimonios confirmadores de esa confusión tenemos, de los que aporto dos: en el tipo de enfermedad aguda, el de Catulo, poeta de la generación anterior a la de Virgilio, que en el epigrama que lleva el número 44 de su libro nos cuenta cómo, a consecuencia de los excesos cometidos en una cena demasiado espléndida, atrapó una tos pertinaz; y en el tipo de epidemia, el de la peste de Atenas, con tan emocionante precisión descrita por Tucídides en el libro segundo de su Historia de la Guerra del Peloponeso y de nuevo narrada en tan implacables versos por Lucrecio, el otro poeta romano de la última generación republicana, como remate de su gran poema *Sobre el Ser de las Cosas:* la cual peste, como a la atenta lectura de ambos textos se descubre, consistía en una inextricable mezcla de los síntomas

UN EPIGRAMA DE CATULO Y LA PESTE DE ATENAS COMO TESTIMONIO DE ESA INDISTINCIÓN

de origen respiratorio y casi gripal con los digestivos y disentéricos, resultando imposible de identificar para la medicina de un mundo como el nuestro, en que el sistema de las enfermedades está de tan distinto modo organizado.

VIRGILIO, ENFERMO DE «CONSUNCIÓN INTERNA»

De manera que, respecto a la enfermedad crónica de Virgilio, no pudiendo catalogarlo ni como tísico ni como ulceroso, nos limitaremos a tomar nota de que vivió afectado y murió por algo que cautelosamente designaremos como consunción interna.

LA ENFERMEDAD, INTERÉS ESENCIAL DE UNA BIOGRAFÍA, COMO CONSTITUTIVA DE LA PERSONALIDAD INDIDUAL

Ni tampoco se me reproche que me detenga tanto en la cuestión de la enfermedad interna del poeta: pues no otra cosa suele interesarle al buen lector del género biográfico sino los rasgos individuales y peculiares del personaje, que es lo que significativamente suele considerarse «lo más humano» de la persona, como si se entreviera oscuramente que la condenación a la personalidad es precisamente el carácter por excelencia de lo general. Y si «el estilo es el hombre», como en ese sentido se ha hecho proverbial entre nosotros, no cabe mucha duda de que el estilo de un hombre, lo individual, personal y «más humano» de él, y objeto por esencia de su biografía, habrá de ser su enfermedad: tan sólo la enfermedad, en efecto (o, para el caso, la fealdad y malformación), es lo que hace al hombre un hombre.

Lo que suele suceder también es que, cegado a su vez de individualidad, no suele advertir el lector en la enfermedad del personaje su carácter de síntoma o

manifestación de la enfermedad genérica, siendo así que, a partir, por asi decir, de la salida del Paraíso, que acarreara la enfermedad como uno de los rasgos fundamentales de la Humanidad o Historia, una enfermedad personal no suele ser sino aparición o brote de una epidemia, en cierto sentido, de la tribu toda, tal como esa otra forma de la mancha o miasma, laboriosamente distinguida de la enfermedad por la Justicia moderna, que es la culpa personal del delincuente se aparece como la más típica epifanía de la culpa general.

PERO LA ENFERMEDAD INDIVIDUAL ES MANIFESTACIÓN DE LA SOCIAL

Así, por lo que toca a la consunción interna que en Virgilio nos aparace, con ella se está inaugurando una situación social en que va a venir a ser característico del poeta el morir joven y, a menudo, por consunción; pero es de recordar que ya en la generación precedente los dos grandes poetas, de quienes hace poco hemos hecho mérito, Lucrecio y Catulo (éste, venido a Roma, como Virgilio, de la región del Po y seguido evidentemente como modelo en los poemillas virgilianos de la primera juventud; aquél, presente a cada paso en la cadencia de sus hexámetros y cantor de la doctrina salvadora de Epicuro que a Virgilio tentara en su juventud y, si la restauración moral lo hubiera permitido, tal vez también más tarde), murieron ambos en edad temprana, por alguna enfermedad o envenenamiento que habrían tenido relación con el amor, Catulo deshecho no sabemos cómo por la pasión desvastadora de una mujer despiadadamente liberada, Lucrecio ca-

CON VIRGILIO SE ESTABLECE LA COSTUMBRE DE QUE EL POETA MUERA POR CONSUNCIÓN INTERNA

ANTECEDENTES EN LAS ENFERMEDADES AMOROSAS DE LUCRECIO Y DE CATULO EN LA GENERACIÓN ANTERIOR

yendo, víctima del filtro amoroso que alguna le suministrara, en una insania, cuyas intermitencias le permitieron ir prosiguiendo el gran poema hasta la muerte; la cual, según una tradición formada sin duda tempranamente, habría sobrevenido en el mismo día que Virgilio tomaba la toga viril a los quince años.

LA CONDICIÓN MORBOSA DE VIRGILIO, RESPONSABLE DE QUE SE LE CONSIDERE «MODERNO» ENTRE LOS ANTIGUOS Y «PADRE DE OCCIDENTE»

Es sin duda esa condición mórbida de Virgilio (con los precedentes de Catulo y de Lucrecio) lo que nos lo acerca a aquella condición del poeta que en el siglo XIX llegaría a declararse con la conciencia más aguda y ya bajo las expresiones más precisas de la tisis (como Keats o Bécquer o tantos otros) o del suicidio en sus modalidades más explícitas, al estilo del de Larra, o más lentas, como en los casos de Rilke, Hölderlin o Poe. Y es en esa condición donde podemos encontrar el núcleo de los motivos que invitan frecuentemente a declarar a Virgilio moderno entre los antiguos; o también, cuando en uno de los libros más divulgados en los pasados decenios sobre Virgilio se le daba el título de «Padre de Occidente» (por modo análogo a como su héroe Eneas era padre de Roma), ello obedecía sobre todo seguramente a esa misma impresión de modernidad: pues dado que esto que, cada vez con más impropiedad geográfica, ha venido llamándose Occidente tiene la singular característica de su progresiva extensión hasta lo universal (prácticamente consumada en nuestros años), está claro que «moderno» y «occidental» acaban por venir a aludir a la misma cosa.

Resulta, pues, que los poetas que, como

Virgilio, inauguran la costumbre de que el poeta sea un hombre enfermo son los mismos que empiezan a representar la institución del poeta como una profesión, remunerada normalmente y en dinero, y cuando menospreciada y aun bohemia, por así decirlo, no por ello menos profesión ni menos encuadrable en el sistema de las profesiones: también los subdesarrollados y los extravagantes son piezas esenciales en el reino de la regla. Y ese nuevo carácter de la poesía se presenta como propio en una sociedad organizada sobre una división del trabajo del tipo justamente que consideramos como moderno: una situación de la poesía bien distinta del artesanado del bardo y el aedo o, respectivamente, de la condición sacra del vate en otros dos tipos precedentes de sociedad, según la imaginación vigente de la Historia.

CORRESPONDENCIA ENTRE LA INSTITUCIÓN DEL POETA COMO HOMBRE ENFERMO Y SU ENTRADA EN CONFLICTO CON LA ORGANIZACIÓN MODERNA DE LAS PROFESIONES

Esto es, por seguir un esquema muy abstracto, pero acaso útil: en una sociedad pre-dineraria o sacral, el vate está integrado en las clases sacerdotales, como una especie de oficiante auxiliar del culto, y éste es el primer sentido de la palabra latina *uates;* en una sociedad dineraria pre-capitalista o artesanal, el aedo es un artesano libre entre los demás, y así aparece, al comienzo de los *Trabajos* de Hesíodo, enumerado entre el alfarero, el carpintero y el mendigo; en una sociedad capitalista (o sea, donde el dinero vive y pare), la del poeta es una profesión especializada, tan pronto altamente honrada y remunerada por los magnates, en cuanto medio de propaganda, como marginada y

ESQUEMA HISTÓRICO DEL POETA: VATE (SAGRADO) EN LA SOCIEDAD PREDINERARIA; AEDO (ARTESANO) EN LA PRECAPITALISTA; PROPAGANDISTA O BOHEMIO EN LA CAPITALISTA

EL POETA EN LA TERCERA FASE: SUS PRETENSIONES DE 'SAGRADO' Y DE 'MALDITO'; SU DUDOSA VIABILIDAD EN TALES TIPOS DE SOCIEDADES

denigrada por la generalidad, reduciéndose al poeta a clases marginales típicas, ya restos del señorío ocioso, ya parte de los llamados proletariados harapientos, como bohemia. Pero en esta tercera situación parece ser una constante la apelación a la primera, a los orígenes sagrados, en reacción al progresivo embargo o desahucio de la profesión, y el poeta tan pronto recaba su condición divina como blasona de blasfemo, loco que dice la verdad a la cara del Señor reinante; y esta condición de doble faz (que está resumida en el adjetivo latino *sacer,* 'sagrado' y 'maldito' al mismo tiempo) se apunta ya bien en aquel trance en que Horacio (*Sermones* II 1, 60-62), que ha ido a consultar al abogado Trebacio sobre las malas consecuencias que el hacer versos le acarrea, sin que por ello pueda dejar de hacerlos, oye de labios del jurisperito *O puer, ut sis / uitalis metuo,* «Muchacho, mucho me temo que no seas vividero» (o «viable», como se dice de los recién nacidos o los fetos), y podemos verla más violentamente reflejada entre los modernos, cuando, frente a la exaltación olímpica de la función del poeta, que se encuentra todavía en un Gabriel d'Annunzio, aparece años antes la maldición de la madre al poeta que acaba de dar a luz en el poema que abre *Las flores del mal* de Baudelaire; pero este poema nos es particularmente precioso para el entendimiento, en cuanto que en él, con una vehemencia que lleva al límite lo que en Horacio se indicaba, se proclama la de ser poeta como una condición natural,

EN HORACIO Y MAS AŨN EN BAUDELAIRE SE PROCLAMA COMO UNA CONDICIÓN O MALDICIÓN NATURAL LA DE SER POETA

como una maldición nativa; lo cual viene a querer decir en boca del bohemio el más violento rechazo subjetivo de su condición social, manifestada en la imposición capitalista: «o inclúyete en la industria y las profesiones o desaparece».

Y en fin, como el carácter profesional y el carácter morboso se presentan con esa concomitancia, no podemos prescindir de la relación entre ambos; la cual rehuiremos que se nos interprete como relación causal, ni el sentido de que «Virgilio fue poeta porque estaba enfermo» ni en el de que «Virgilio enfermó por ser poeta», pero sin dejar por ello de ser una relación. Es decir, que la enfermedad del poeta dejará ya de aparecérsenos como una enfermedad meramente del individuo, para aparecérsenos como una enfermedad de la poesía misma.

LA CONCOMITANCIA ENTRE EL CARÁCTER MORBOSO Y EL PROFESIONAL DE VIRGILIO NO HA DE ENTENDERSE COMO RELACIÓN CAUSAL. SU ENFERMEDAD ES LA ENFERMEDAD DE LA POESÍA

Trataremos de ver un poco en qué consiste tal enfermedad de la poesía. Lo cual nos lleva a considerar el tipo de sociedad en que Virgilio nace y que Virgilio manifiesta.

Toda la literatura latina se deja encuadrar como prolongación de la literatura helenística, que es la primera literatura en el sentido propio de la palabra, es decir, como siendo primariamente producción escrita, y esencial en ella la institución del libro, con las apariciones acompañantes de la biblioteca, la industria editorial y la crítica literaria.

LA LITERATURA LATINA COMO PROLONGACIÓN DE LA PRIMERA LITERATURA, LA HELENÍSTICA

Se encuadra, sin embargo, la literatura latina en la helenística a través de la mediación del hecho del trasvase de lengua a lengua, que es la primera aparición

EL TRANSVASE DE LENGUAS Y LA CREACIÓN DE LOS CONCEPTOS Y DE LA CULTURA

del fenómeno mismo del trasvase de lengua o traducción (simultáneamente con la traducción, en sentido inverso, de la Biblia al griego por los Setenta, en el mismo s. III a.J., que es en el que comienza la literatura latina), y ese fenómeno de la traducción ha de tener como consecuencia necesaria la creencia o creación de las ideas o conceptos como algo separado de la lengua, hecho a su vez decisivo para la aparición de esto que solemos llamar cultura, o sea el tipo de idealidad correspondiente y necesario al funcionamiento del dinero en una sociedad de tipo capitalista.

TAMBIÉN EL IMPERIO ES LA CONSOLIDACIÓN Y CUMPLIMIENTO DEL MUNDO DE LAS NACIONES HELENÍSTICAS

Pues, en efecto, así como la literatura romana es el modo de pervivencia de la helenística o primera, el Imperio Romano mismo viene a ser la continuación, consolidación y cumplimiento por medio de la reproducción de aquel mundo helenístico (el formado sobre las naciones resultantes de la conquista de Alejandro), mundo del que no ha podido por menos de notarse muchas veces entre nosotros que, por muchos de sus rasgos políticos, culturales y psico-sociológicos, se siente como más parecido que ningún otro al mundo que estos últimos siglos, por así decir, vivimos.

Ni quiere decir esto que se piense, a la manera de los historiadores burgueses de este siglo, O. Spengler o A. Toynbee, que la Humanidad describa ciclos en el curso de su historia (sea o no que esos ciclos describan a su vez una línea de progreso rectilíneo, proporcionando la imagen, realista y optimista al mismo tiempo, de

la progresión helicoidal) ni que por tanto los siglos XIX-XX vengan a repetir a otro nivel la vuelta de los III-II-I a.J. Pero más prudentemente podríamos limitarnos a constatar que el Ser de la Sociedad Humana no parece operar, en efecto, ni por mera perseverancia ni por imaginación inagotable, sino más bien por ritmo y repetición, de tal modo que, por ejemplo, un estadio en que se descubre la reproducción consciente de lo pasado como procedimiento no puede menos de reproducir en algún modo y medida los rasgos de otro estadio en que el procedimiento de la reproducción se había descubierto.

EL PARECIDO DEL MUNDO HELENÍSTICO CON EL NUESTRO: LA HISTORIA PROCEDE POR ESQUEMAS DE REPETICIÓN

Ni quiere decir tampoco que vayamos a identificar, con escándalo de la historiografía marxista, la burguesía o el capitalismo de la Edad Antigua con los modernos o propiamente dichos, cuando para esa idea de la Historia todo lo antiguo ha de quedar incluido dentro de la fase denominada esclavista, en un esquema que ha de ser por esencia (como también el de la historiografía de los padres cristianos) rectilíneo y de progreso continuo hacia un fin de la Historia.

SIN QUE ELLO IMPLIQUE LA CREENCIA EN CICLOS

NI EN UN ESQUEMA RECTILÍNEO DE PROGRESO

Lo que sí puede adelantarse es que tanto aquellas visiones cíclicas como éstas otras de progreso lineal no parece que puedan pretenderse nada más allá de abstracciones provisionales de función en todo caso pedagógica; y ello descontando que todas las imágenes o concepciones de la Historia son a su vez exclusivamente frutos de fases justamente como éstas en que ha surgido, como modo de idealidad

ESTOS ESQUEMAS HISTÓRICOS SON A SU VEZ FRUTO DE UNA FASE HISTÓRICA DE CULTURA Y LITERATURA

correspondiente al momento del dinero, una cultura y una literatura.

Y es lo cierto que, sin dejarnos tentar por la imagen cíclica, podemos observar en el mundo antiguo que en la fase que llamamos helenística se dan rasgos como los siguientes:

RASGOS DEL MUNDO HELENÍSTICO

—un desarrollo de la explotación por medio de empresas industriales y mercantiles, si bien (sobre todo en el caso de las primeras) los operarios fueran esclavos generalmente;

INDUSTRIA

—florecimiento de la Banca, consiguiente a la transformación del dinero en capital propiamente dicho;

BANCA

—formación de grandes unidades políticas del tipo de la nación, en sentido semejante al moderno de la palabra: Egipto, Siria y Macedonia, las tres de los diádocos de Alejandro, en cuyo juego vienen a insertarse luego las potencias de Occidente, Cartago y Roma;

NACIONES

—consiguiente desarrollo de la planificación y la tecnocracia; la condición servil de muchos funcionarios oficiales no fue óbice a su influencia ni en los reinos helenísticos ni en el Imperio; por otro lado, el que la recaudación de los tributos se hiciera por arrendamiento a particulares dio lugar a la institución de los publicanos, verdadero meollo de la clase media helenística y sobre todo de la romana;

BUROCRACIA

—surgimiento de grandes urbes con vastas barriadas nuevas, y trazado de nuevos barrios o ciudades por plan previo y geométrico;

PLANIFICACIÓN

—un cierto desarrollo de la maquina-

MAQUINARIA

ria, aunque, por supuesto, nada comparable a la situación moderna, diferencia con la que guarda estrecha relación sin duda la presencia de la esclavitud;

INTERCOMUNICACIÓN Y EXPEDICIONES

—intensa y frecuente intercomunicación dentro de todo el «mundo» (esto es, la *oikuméne* o tierra civilizada de la época helenística, después Imperio); incursiones y descubrimientos hacia su exterior;

ABURRIMIENTO Y GUSTO POR LO «ORIENTAL»

—consiguientemente, gusto por lo exótico u «oriental», así como por lo morboso y lo maravilloso, como reacción de un mundo condenado progresivamente al modo de aburguesamiento capitalista, con la concomitante manifestación psicológica del aburrimiento;

PRODUCCIÓN ARTÍSTICA MASIVA

—ciertas formas de producción artística para grandes masas; alguna posibilidad incluso de reproducción mecánica o casi mecánica para las artes plásticas;

ESPECTÁCULOS

—espectáculos del tipo de la revista musical o, ya entre los romanos, del circo y anfiteatro, con sus características apelaciones a los pruritos sexuales o sanguinarios;

LITERATURA

—y en fin, entre todos esos rasgos, la aparición de la literatura propiamente dicha, esto es, en el sentido que la hemos definido más arriba, que implica su contraposición con «poesía».

DESAPARICIÓN DE LAS ACTIVIDADES POÉTICAS PRELITERARIAS (ÉPICA, TEATRO, LIRICA CORAL)

Las actividades poéticas, en efecto, puede decirse que habían desaparecido en ese mundo, así el teatro (del que trabajosamente la Comedia Nueva ateniense y Paliata en Roma, la comedia de costumbres, pervive hasta el s. II a.J., hasta Terencio aproximadamente), como los varios géneros de la canción, sobre todo

los de la lírica coral (y por cierto que, en cambio, la música había empezado a cultivarse desde los comienzos de ese mundo como arte independiente, con conciertos y virtuosos), por no hablar de la recitación épica, cuya desaparición remonta a una fase antes, a los comienzos de la burguesía griega.

LA REPRESENTACIÓN O CANTO DE TRAGEDIAS O POEMAS (ESCRITOS), RECONSTRUCCIÓN DE LA COSTUMBRE FENECIDA

Y es así que, aunque algunas de las líricas de Horacio se cantaran realmente (y desde luego un coro de muchachos y muchachas debió interpretar el *Carmen Saeculare*), lo mismo que a veces se representaba en los teatros alguna tragedia del antiguo género (las viejas famosas, griegas o romanas, y aun alguna nueva, como las de Vario, el amigo de Virgilio, y todavía la *Medea* de Ovidio), todo ello tenía ya sin duda un carácter arqueológico, de reproducción consciente de la costumbre fenecida: también esas canciones y tragedias tenían en el libro solamente su patria verdadera.

LA REPRESENTACIÓN DE LAS *BUCÓLICAS* COMO CONTRAPRUEBA

Sirva de contraprueba el hecho mismo de que, según nos cuentan las biografías de Virgilio, como testimonio justamente del éxito extraordinario de sus versos, llegaron a representarse en el teatro las *Bucólicas,* que nunca desde sus orígenes como género (nacido ya como literario y helenístico) habían sido un género teatral.

LOS POEMAS DE VIRGILIO, ESCRITOS DESDE EL PRINCIPIO Y DESTINADOS AL LIBRO

Así que los poemas bucólicos, didácticos o épicos de Virgilio compuestos eran, naturalmente, por escrito y para la lectura, y aun con vistas, ya desde su creación, a desarrollarse en uno, en cuatro o en doce *uolumina* o rollos de papiro,

que es a lo que propiamente en latín (*liber*) se llama un libro.

LA TÉCNICA DE COMPOSICIÓN DE VERSOS DE VIRGILIO

Más aún: que de la técnica de composición de nuestro poeta alguna preciosa noticia se nos conserva por una tradición que tiene trazas de provenir de comentarios que correrían en los círculos cultos de la época (puede verse en Aulo Gelio XVII 10, 2-3 o en la misma *Vita* de Donato), según la cual sería su costumbre, componiendo a la manera del parto de la osa, dictar por la mañana o escribir (en las tablillas enceradas que eran usuales para cuentas, esquelas o borradores) un buen número de hexámetros, los cuales iría corrigiendo y reelaborando a lo largo del día, generalmente reduciéndose el número de los versos, hasta venir a dar en la versión que fuera digna de pasar a la copia en papiro y a la edición pública.

OCASIONALES RECITACIONES EN CASA DE AUGUSTO

Cierto es que también sabemos que algunas veces (venciendo sin duda la reserva y verecundia de que se nos habla como rasgo suyo) ofrecía recitaciones de algunos trechos de sus poemas, principalmente entre los amigos y en la casa del propio Augusto; como aquel día que se cuenta que, recitando el pasaje de *Eneida* VI 860-886, en que aparece en el mundo de las ánimas entre los futuros romanos gloriosos la figura del malogrado Marcelo, el hijo de Octavia, la hermana de Augusto, recientemente muerto apenas a los veinte años, al llegar al verso en que le dice el ánima de Anquises

tú Marcelo serás. A puñados dadme de lirios,

se desvaneció de la emoción Octavia, que a la mañana siguiente le envió al poeta un regalo de una moneda de oro por cada uno de los ventitantos versos de que el pasaje consta.

PERO LA RECITACIÓN ES UNA REPRODUCCIÓN DE LO ESCRITO,

Y sin embargo, ya en casos como esos se trata del tipo de la recitación moderna o literaria (en las generaciones siguientes a Virgilio la costumbre de las veladas de recitación en casa de los señores, que era a veces la del propio poeta y recitador, se extendería como una plaga, según los testimonios de Marcial, Juvenal o Persio), es decir, que se trata de una ejecución oral secundaria o reproductora con respecto a la versión escrita, al revés de la época preliteraria, en que poner por escrito la letra de las canciones, obras teatrales y aun textos épicos, que habían ya vivido en la representación, el canto y el recitado, era lo auxiliar o secundario, situación arcaica que artificiosamente se conmemora por ejemplo en la égloga V (13 s.), donde habla Mopso de

A LA INVERSA DE LA FASE ANTERIOR, EN QUE LA ESCRITURA ES SECUNDARIA PARA LO QUE HA VIVIDO ANTES EN EL CANTO

la canción que hace poco en verde corteza
de haya grabé, y también la marqué con música a trechos.

ESA INVERSIÓN MARCA EL PASO DE LA POESÍA A LA LITERATURA

Es justamente esa inversión la que puede servirnos para marcar el paso de la poesía a la literatura: si allí el poner por escrito era proporcionar la muerte, sepultura, fijación y preservación a lo que había ya cumplido sus funciones, aquí en cambio los versos nacen ya en ese estado de fijeza y conservación, y la recitación consiste en un intento de sacar a los

muertos de su sepultura para hacerlos todavía vivir en algún modo.

Pero entonces se nos podrá decir que esta situación que llamamos literaria y hemos descrito como una de las características de una modalidad de la sociedad burguesa representaría, según lo que se va diciendo, más bien la muerte que la enfermedad de la poesía, de la que arriba proponíamos que fuera reflejo la propia morbidez de los poetas en general y la de Virgilio en particular. Pues bien, metáfora por metáfora, ambas han de ser inexactas necesariamente, la de la muerte y la de la enfermedad, como siempre que acudimos para una descripción a la metáfora, esto es, a la aplicación de nociones biológicas o naturales a lo histórico o lo social. Con todo, tal vez sea preferible la de la enfermedad de la poesía (como lo sugiere ya el hecho de que en tales trances históricos la poesía sigue viviendo de algún modo, en cuanto que se la sigue fabricando), si conseguimos describir con algo más de precisión los rasgos de esa enfermedad.

LA LITERATURA ¿MUERTE O ENFERMEDAD DE LA POESÍA?

¿Cómo es, pues, que la poesía está enferma? O ¿en qué sentido es la literatura la enfermedad de la poesía?

Pero conviene para esto que examinemos la noción misma de «enfermedad». Y espero que no le cueste gran trabajo al lector ponerse de acuerdo conmigo en que la enfermedad consiste en la conciencia del propio cuerpo; sin que tengamos que desdoblar esa formulación en ninguno de los dos sentidos causales (que la enfermedad es lo que me da conciencia de mi

EXAMEN DE LA ENFERMEDAD COMO CONCIENCIA DEL PROPIO CUERPO

cuerpo / que la conciencia que de mi cuerpo tengo es lo que produce la enfermedad), sino dejando que ella abarque los dos sentidos juntamente. Y es así cómo —por imitar un lenguaje mítico— la enfermedad saca del hipotético animal-humano el hombre propiamente dicho, con, entre sus otras características, la pluralidad, que implica la individualidad, de cuya relación con la enfermedad hablábamos más arriba, cuando indicábamos que es ella la que hace del hombre un hombre.

LA POESÍA, CONTRA LA CONCIENCIA Y POR EL RECUERDO, EN CONFLICTO CON LA HISTORIA Y CON LA LENGUA

Ahora bien, es difícil desconocer que la función más constante de la poesía era la de intentar borrar esa conciencia del cuerpo (conciencia que es el alma, naturalmente) para en cambio devolvernos al recuerdo; o mejor aún que al recuerdo, devolvernos, al borrar la enfermedad, a la vida misma. Lo cual viene a hacer de la poesía algo como un conflicto vivo con la historia, una enfermedad de la constitución histórica del hombre, así como es igualmente un conflicto con la lengua establecida, que constantemente trata de romper y contrariar, y, ya desde su ritmo mismo, una enfermedad del ritmo cotidiano de la lengua. O sea, distinguiendo históricamente en sus tres fases esa contrariedad de la poesía:

—en la fase sacral (que podemos llamar prehistórica, no en el sentido de que no haya historia ni enfermedad o conciencia del propio cuerpo, sino en el de que no hay conciencia de esa conciencia o alma ni conciencia de la historia) participa la poesía de la ambigüedad de la

religión, la de su liturgia y la de sus mitos, ambigüedad que se manifiesta eximiamente en la ambigüedad del verbo *conjurar:* evocando los poderes exteriores al mismo tiempo que espantándolos, pone en peligro la vigencia de la Ley de la tribu por la evocación de un mundo exterior y libre, aunque, al ponerla en peligro desde dentro de la tribu, con ello consolida al fin la Ley;

FUNCIÓN AMBIGUA DE LA POESÍA EN LA FASE SACRAL, COMO CONJURO (EN LOS DOS SENTIDOS) DE LOS PODERES EXTERIORES

—luego, en la fase artesanal o precapitalista, lo que hace mayormente la poesía es seguir manteniendo ficticiamente vivo el mito, en un momento en que la era mítica ha pasado y ha comenzado la historia propiamente dicha; y así, lo que por un lado es deleite de los señores y del pueblo, es al mismo tiempo el recuerdo de lo perdido, el veneno de su dicha y conformidad, de modo que sigue siendo de otro modo enfermedad de la historia la poesía;

SU FUNCIÓN AMBIGUA EN LA FASE ARTESANAL O HISTÓRICA, TRATANDO DE MANTENER VIVO EL MITO

—y entonces, lo que pasa cuando con los comienzos del estadio capitalista viene a surgir, simultáneamentae con la nueva forma del dinero, la literatura, no será la literatura otra cosa sino la manera en que la sociedad ha tratado de someter y domesticar definitivamente aquel conflicto o contrariedad de la poesía, integrando al triste salvaje y al bufón loco en los mecanismos generales de la producción y del consumo, por fijación en el libro y por la reproducción cada vez y progresivamente más mecánica del libro mismo.

EN LA TERCERA FASE, LA LITERATURA (PROFESIÓN Y LIBRO) ES EL MODO DE INTEGRACIÓN DE LA AMBIGUEDAD O CONTRADICCION DE LA POESIA

Aquello, pues, que era primero un conjuro de la vida y luego un lamento por el paraíso perdido no puede ser ahora sino

un epitafio de aquel lamento: no ya la vida, sino la añoranza de la vida es la bella durmiente que en el libro yace escrita.

LA POESÍA, ENFERMEDAD DE LA HISTORIA; LA LITERATURA, ENFERMEDAD DE LA ENFERMEDAD

Pues bien, es así como decimos que, habiendo sido la poesía una especie de enfermedad de la historia, de la lengua y sociedad establecida, aquello que trata de asimilar esa enfermedad y curarnos de ella, la literatura, se nos aparece como la enfermedad de la enfermedad; que se podría decir su muerte, si no fuera que se sospecha que acaso las enfermedades nunca pueden morir del todo.

LA DOBLE CARA DE LA OBRA DE VIRGILIO: AÑORANZA DE OTRO MUNDO Y MANIFESTACIÓN (POR EL LIBRO Y POR LA PERSONA DEL POETA) DE SU MUNDO

Siendo, pues, nuestro poeta un poeta ya literario y bien representativo de ese tercer trance histórico que distinguimos, tendremos que ver manifestarse en sus obras por un lado (en cuanto que ellas mismas son, como libros, un producto de la industria contemporánea) y a través de él (pues, a diferencia del anonimato de la primera fase y de la mera adscripción del nombre en la segunda, como el de un alfarero a su cacharro, el producto literario es esencialmente personal y subordinado a la biografía) la condición del mundo en la forma correspondiente al tiempo de Virgilio, y por otro lado (no por lo que sus obras son, sino por lo que dentro de sus líneas trata de sonar y de cantarse todavía) la añoranza de otro mundo que no es el de Virgilio. Intentemos un poco examinar esas dos caras de la obra.

Ahora bien, toda la niñez y los años siguientes de Virgilio habían estado sin duda perturbados (pues hasta las aldeas

de en torno a Mántua hubo de penetrar tan fuerte sacudida de la historia pública) por las agitaciones de aquella serie de guerras civiles que iban a acabar destinadas a darle al mundo la forma del Imperio.

LA NIÑEZ Y ADOLESCENCIA DE VIRGILIO, PERTURBADA POR LAS ÚLTIMAS GUERRAS CIVILES

Desde la provincia había de lejos asistido a la conmoción de las gentes producida por la caída repentina del primer astro del Imperio, la muerte de Julio César, que se dice que luego se conmemoraría de algún modo bajo el nombre del pastor Dafnis en la V de las *Bucólicas:*

LA MUERTE DE JULIO CÉSAR

Alfombrad el suelo de hoja, a la fuente, pastores,
sombra meted: tal Dafnis encarga hacer a su honra.
(*40-41*)

Blanco de luz, ante el nunca hollado umbral del Olimpo
pásmase y ve a sus pies estrellas Dafnis y nubes.
(*56-57*)

Y hubo de sentir luego las últimas sacudidas de la República, la derrota de Filipos (donde tan desmañado papel jugara su futuro amigo Horacio como tribuno militar por el campo republicano) y el suicidio simbólico de Catón de Útica, de quien dejaría más tarde Lucano tan espléndido epitafio:

LA DERROTA DE FILIPOS Y LA MUERTE DE LA REPÚBLICA CON CATÓN

A los dioses la causa
vencedora les plugo; pero a Catón la vencida.
(*Bellum Ciuile I 128*)

Más de cerca había sentido luego cómo los veteranos de aquellas guerras recibían a su licenciamiento como premio lotes de

ECOS EN LAS *BUCÓLICAS* DEL

REPARTO DE TIERRAS A LOS VETERANOS EN LA GALIA CISALPINA, PATRIA DEL POETA

tierra en que establecerse en los campos provinciales, entre otros los de la Galia Cisalpina, patria del poeta. Las quejas de los viejos labradores desposeídos han dejado, al parecer, su eco en las *Bucólicas* I y IX:

Lícidas, hénos llegados con vida a que un forastero
—lo que jamás temimos—, de nuestra quinta adueñado,
diga «Mío es esto: emigrad los viejos colonos».
(IX 2-4)

¿Un desalmado oficial tendrá tan arados barbechos?
¿Estas mieses un bárbaro? ¡Ay, discordia a los hombres,
míseros, dónde los trae! ¡Para quién sembramos el campo!
Ve, Melibeo, enjerta peral, conceña las vides.
(I 71-74)

EL PADRE DE VIRGILIO, ALFARERO Y PEQUEÑO PROPIETARIO RURAL

Parece incluso que el padre mismo de Virgilio resultó víctima de las confiscaciones. Aun siendo, a lo que nos cuentan las *Vidas,* alfarero de profesión, más bien habremos de suponerlo dueño de un pequeño taller de alfarería en Mántua, y pensar así en Virgilio saliendo de un medio social de pequeña burguesía provincial naciente, apenas diferenciada de los modestos propietarios rurales; y no impide su alfarería que al mismo tiempo mantuviera algunas fincas de labranza y más bien de pasto, tal vez por términos de la aldea de Andes, nativa de Virgilio, distante de Mántua treinta millas romanas más o menos.

Y aun se nos cuenta que aquel incidente fue motivo de que el muchacho hubiera de marchar a Roma (si no lo fuera bastante la necesidad de ampliar estu-

dios, como hoy se dice, y de ver el mundo), consiguiendo por intercesión de algunos poderosos, y ya de entonces amigos de sus musas (Polión, Varo y Galo, a quienes se consagran respectivamente la IV, la VI y la X de las *Bucólicas*), la conservación de las tierras, trato privilegiado de que tradicionalmente se reconoce el reflejo en las referencias al Menalcas de la IX 7-13 y las explicaciones del Títiro de la I, con alusión al propio Octavio:

MOTIVOS DE LA VENIDA DE VIRGILIO. POLIÓN, VARO, GALO Y EL PROPIO OCTAVIO EN LAS *BUCÓLICAS*

Ah Melibeo, un dios tal paz nos la ha regalado.
Sí, que un dios para mí será siempre aquél: sus altares
de mi redil teñirá a menudo un tierno cordero.
Él vagar, como ves, a mis vacas dejó, y a mí mismo
en campesina caña enhilar los sones que quiera.
(6-10)

Reflejo —decimos— en todo caso, no se vaya a recaer en una interpretación alegórico-biográfica de las églogas, pese a que ésas dos se distingan por salirse de los moldes y cuadros teocritanos y hacer de los parajes padanos sus escenas. De todos modos, un motivo más profundo para el viaje a Roma podríamos verlo también indicado por el mismo Títiro, la libertad, sea lo que sea lo que la palabra quisiera decir para Virgilio:

LAS *BUCÓLICAS*, REFLEJO DE LA VIDA

TÍTIRO Y LA LIBERTAD

MELIBEO.

¿Y la razón tan fuerte que a verte en Roma te trajo?

TITIRO.

Libertad: que, tardía, aun así me miró en mi descuido,
luego que ya más blanca al rapar mi barba caía;

mas me miró aun así y tras largo tiempo allegóse,
desque nos tiene Amarílide y nos dejó Galatea.
(I 27-31)

LA LIBERTAD Y EL IMPERIO

Sin que nos atrevamos a especular mucho sobre el movimiento paradójico por el que el ansia de libertad (para él y para su arte) iba a llevar al poeta a encontrarse colaborando en la consolidación justamente del Imperio, ni menos sobre el misterioso modo en que los amores se mezclan con los negocios públicos, haciendo esperar de la nueva amada la vida más serena y mejora de la economía que no consentían las locuras de la primera.

LA URBE NO ES SIMPLEMENTE UNA CIUDAD MAS GRANDE

Ello es que estaba ya Virgilio en la Capital, la Urbe. La cual no es simplemente una ciudad más grande que Mántua: bien muestra apreciar Virgilio cómo el fenómeno de la urbe helenística, de la que Roma venía a ser ejemplo y había de ser, una vez constituido el Imperio, superación, es algo nuevo respecto de la ciudad de las fases pre-nacionales; como dice el propio Títiro.

Esa que llaman Roma ciudad la creí, Melibeo,
necio de mí, semejante a la nuestra, adonde solemos
tierna bajar a vender los pastores cría de ovejas:
tal al perro parejo el cachorro, el chivo a su madre
víalos yo, y parear a lo chico lo grande solía.
Ah, pero ésta así saca cabeza a las otras ciudades
cuanto del mimbreral perezoso se ve a los cipreses.
(I 20-26)

Y es ya desde la Urbe, desde el centro de sensibilidad —por decirlo con imagen sismográfica— para los oleajes de la his-

EL FIN DE LAS GUERRAS CIVILES EN LA BATALLA DE ACCIO Y LOS 39 AÑOS DE VIRGILIO

toria, desde donde Virgilio asiste, casi sin intervalos, a las últimas guerras civiles entre los triúnviros (arriba recordábamos el viaje a Brindis, fallido intento de conciliación entre Octavio y Marco Antonio: éste representaba a su modo la fidelidad al tipo de las naciones o reinos helenísticos, frente a aquél, que encarnaba la nueva forma política del Imperio), hasta llegar en el año 31 a la derrota de Antonio en Accio, mal sostenido por las coloridas y perfumadas naves de Cleopatra, ante la furia unificadora de la joven águila de Octavio.

Virgilio tiene entonces trentaynueve años, y la juventud, según suele contarse, ya ha pasado.

LA JUVENTUD VIVIDA EN LAS GUERRAS HACE QUE LA AÑORANZA DE LA VIDA SE PRESENTE COMO AÑORANZA DE LA PAZ

Habiéndola, pues, vivido en unos años caracterizados mayormente por la guerra, es bien explicable que el mal del mundo, como a muchos de sus contemporáneos, se le apareciera esencialmente bajo la forma de la guerra, y que la añoranza del paraíso perdido (de la que arriba decíamos que era la poesía literaria como copia y testimonio, convertida al fin la queja del prisionero en un objeto de la industria) se mostrara en él ante todo como añoranza de la paz, al igual que para tantas gentes de su tiempo, error justamente que era fundamento para el establecimiento del Imperio.

PERO YA EN LA IV BUCÓLICA SE DENUNCIAN CON LA GUERRA EL TRABAJO, LA INDUSTRIA Y EL COMERCIO.

Pero no sería Virgilio el poeta eterno que sigue siendo si la expresión de su añoranza hubiera quedado tan estrechamente condicionada por su historia contemporánea. Y es así que en la explícita explosión de esa añoranza, que es la IV

LA IV ÉGLOGA, SUPERACIÓN DEL GÉNERO TEOCRITANO

de las églogas, fundándose en la tradición sibilina de la Edad de Oro, se denuncia debidamente, junto con la guerra, el trabajo, la industria y el comercio.

El poema se levanta en una especie de grandiosidad profética que hace saltar los módulos del género mismo en que se incluye, el de la bucólica, que en el modelo más inmediato, en los *Idilios* de Teócrito (310-250 a.J.) no nos muestra ejemplo de nada semejante. Y vamos aquí a leer una vez más la versión entera de la égloga, que son sin duda los versos más constantemente admirados y comentados de la poesía latina; pero voy a anteponerle la versión también de la obra paralela y casi simultánea de Horacio, el XVI de los *Epodos,* que igualmente rompiendo los límites del género arquiloquio en que se incluye, propone una vía, por así decirlo, geográfica para la reconquista del paraíso, al invitar con profética urgencia a los romanos a abandonar su mundo y lanzarse por el mar hacia el Océano (el viejo río sin principio ni fin que, sin embargo, rodea el mundo) a la busca de las Islas Bienaventuradas; y dice así:

COMPARACIÓN CON EL EPODO XVI DE HORACIO

Ya otra edad de hombres se agota en guerras civiles,
y por sus fuerzas mismas Roma en ruinas cae:
ésa que no bastaron a hundir los Marsos linderos
o la tropa etrusca de Porsena amenazador
ni aun el valor de Cápua rival ni Espártaco bravo
y el Alóbroge entre las revueltas desleal
ni con su hueste ojigarza domó la fiera Germania
ni Aníbal, odio de los padres y terror,
descastada edad de maldita sangre, la hundimos,
y poblarán el suelo fieras otra vez.

Bárbaro —ay— la ceniza hollará vencedor, y la Urbe
su caballo hará de hiriente casco resonar;
y hoy abrigados los huesos de viento y sol de Quirino
—cegar de verlo— altivo desparramará.
Puede (¿qué medios habrá?) que en común o vuestros mejores
libraros de estas penas procurando estéis:
no otra sino esta propuesta votéis: como los foceos
antaño huyeron, pueblo a sus conjuros fiel,
de su terruño y dios de su hogar, y dejaron los templos
guarida a los rapaces lobo y jabalí,
ir y marchar donde lleven los pies, doquier por las olas
llame el Solano o bien el Ábrego traidor.
¿Place? ¿O quién tiene consejo mejor? Con buenos agüeros,
¿a qué la nave ya tardamos en llenar?
Mas juremos así: «Cuando torne a flote sin peso
del hondo este peñasco, sea ley volver,
ni haya pecado en torcer hacia casa velas el día
que crestas del Vesubio bañe el río Po
o altanero Apenino a los mares baje corriendo
y en nuevo fuego ayunte milagrosa unión
raro amor, como agrade entregarse al ciervo la tigre
y la tórtola se junte con el gavilán,
confiado ni tema el rebaño a los rojos leones
y liso guste el chivo del salado mar.
A éste y cualquiera que pueda cortar los dulces retornos,
marchemos todos, pueblo a sus conjuros fiel,
o una parte, mejor que la terca grey; y que el blando
se pudra y el sin esperanza en su cubil:
los que tenéis corazón, dejad mujeriles lamentos
y allende de la costa etrusca al fin volad.
Aún nos queda el Océano en torno al mundo: a los campos,
felices campos vamos, islas de oro y bien,
donde la tierra da sin arar cosecha cada año
y viñas sin podar florecen por doquier,
y se enfrutece de rama que nunca engaña el olivo
y engalana el propio tallo el higo negriazul;
mieles de hueca encina remanan; de lo alto del monte
delgada ondina brinca en murmullante pie.

Vienen allí, sin que nadie las llame, a ordeño las cabras,
y se lleva el hato amigo la ubre hinchada aún;
ni atardecido rodea el cubil el oso gañendo,
ni de víboras la tierra honda hinchada está.
Y aún habrá más que, felices, nos pasme: que ya ni el Levante
los campos barra con chubascos sin cesar
ni en su terrón se abrasen ya más las gruesas simientes,
templando lo uno y lo otro el Padre celestial.
No puso rumbo allí ni Argó ni pino remante
ni osada amante colca puso allí su pie;
no torcieron entena hacia allí marinos sidonios
ni Ulises con su ajetreada tripulación.
Peste ninguna azota al ganado; estrella ninguna
abrasa allí al rebaño en estival furor.
Júpiter esa orilla apartó para pueblo de justos,
la vez que el tiempo de oro en bronce amancilló;
bronce: después en hierro los siglos forjó; de los cuales
a los buenos clara huída se abre por mi voz.

LA HUÍDA FUERA DEL MUNDO EN EL EPODO Y LA HUÍDA FUERA DEL TIEMPO EN LA BUCÓLICA

En tanto, en paralelo y contraste con la propuesta del epodo de Horacio, la égloga de Virgilio se eleva también a un tono profético para ofrecer la visión de la edad de oro, no en el tiempo, sino más bien en una confusión de lo futuro con lo pasado, que es como un intento de resucitar el lenguaje de las eras míticas, que no conocía los tiempos verbales ni el tiempo mismo. Y espero que, de paso, estas versiones, aunque torpes de por sí y sin contar con una tradición en los oídos de los lectores, vayan ayudando a que se reciba alguna noción precisa y sensitiva del hexámetro dactílico, tan necesaria para entender aunque sea de lejos algo de la poesía de Virgilio, que, después de algunos de los poemillas de juventud, se mantuvo fiel a ese verso a lo largo de su vida y

INCISO SOBRE EL HEXÁMETRO DACTÍLICO, VERSO DE VIRGILIO

de la composición de las *Bucólicas, Geórgicas* y *Eneida.* Pero leamos ya la IV de las Bucólicas.

Musas las de Sicilia, cantemos algo más grande:
no les placen a todos jaral o zarza rastrera:
si es de monte el cantar, sea monte digno de un cónsul.

La Última Edad, que anunció la Sibila, héla llegada:
ya de raíz nace nueva una grande rueda de siglos.
Vuelve la Virgen ya, a reinar ya vuelve Saturno;
ya nueva raza nos es del alto cielo mandada.

Tú a ese niño que nace, en quien la era de hierro
terminará y brotará por el mundo el pueblo de oro,
casta Lucina, ampáralo tú: ya reina tu Apolo.

Tu año será: en tu año, Polión, tal gloria del tiempo
se entrará, y vendrán los grandes meses andando;
bajo tu ley, toda huella de nuestro pecado que quede
se borrará, librando del miedo eterno a la tierra.

Él tendrá de los dioses la vida, y verá entre los dioses
los semidioses mezclados, y a él han ellos de verlo;
ya apaciguado el confín regirá en la ley de su padre.

Ah, para tí, sin arar, regalillos primeros, oh niño,
hiedras de nardo cargadas doquiera errantes la tierra,
loto enredado con cardo real esparce a tu risa.

Solas a casa tornando, hinchada de leche la ubre
traen las cabras, ni tiembla del gran león la vacada;
sola por sí para tí blanda flor la cuna derrama.
Aún morirá la culebra, y la yerba que miente ponzoña
aun morirá: nacerá a cada paso mirra de Asiria.

Mas, de que ya de los héroes tú y de tu padre las gestas
puedas leer y saber cuál es valor verdadero,

se enrubiarán poco a poco de mansa espiga los yermos;
ya de bravío espinar colgará sonrojado racimo,
ya sudarán las duras encinas rocío de mieles.

Pocas habrá, pero huellas habrá del yerro primero,
que aún tentar con remo la mar, que ceñir de muralla
plazas aún, que aún manden hender la tierra de surcos.
Otro Jasón será allí, otra Argó que porte escogidos
cien semidioses; aún habrá otras guerras segundas,
y otra vez llevarán al gran Aquiles a Troya.

Luego, que ya robusta la edad un hombre te haga,
se apartará el timonel de la mar, y el pino bogante
no trocará mercancía: dará todo ya toda tierra.
Ni sufrirá rastrillos el campo ni hoces la viña;
ya el membrudo arador al buey desunce del yugo.

Ni aprenderá a mentir color variada la lana,
no, sino que el carnero en los prados ya sus vedijas
él mudará de grana encendida y él de azafranes:
yerbarrubia al cordero al pacer teñirá de su grado.

«Tales siglos hilad» a su huso «hilad» le cantaron
a una las Tres Hermanas, con hado y signos acordes.
Entra, oh (ya el tiempo llegó), a los altos oficios,
cría de dioses querida, corona del dios del cielo.

Mira el mundo que te hace señal con su peso redondo,
y esas tierras y trechos de mar y el cielo profundo:
mira del siglo que está al venir cómo todo se alegra.

Oh, para mí, que postrera porción de vida me reste
larga bastante y aliento que baste a decir tus hazañas:
no ha de vencerme a cantar ni el mismo Orfeo de Tracia,
Lino tampoco, aunque a uno la madre, el padre le asista
a otro, a Orfeo Calíope, a Lino Apolo fermoso.
Pan el dios si, la Arcadia por juez, conmigo compite,
Pan el dios que, la Arcadia por juez, se dé por vencido.

Niño pequeño, empieza a reír conociendo a tu madre,
madre a la cual diez meses trajeron largos hastíos;
niño pequeño, empieza: al que no se le ríen los padres
ni lo convida a su mesa el dios ni la diosa a su lecho.

LOS TIEMPOS VERBALES EN LA PROFECÍA DE LA IV ÉGLOGA

La profecía, como se ve, parece estar cantada las más de las veces en el tiempo Futuro de sus verbos, aunque el Presente asoma a trechos (el Presente como intemporal, y cuando la evidencia misma de la visión del niño del tiempo nuevo arrastra la conciencia del profeta a perderse en ella), y hay muchos pasajes en que la tradición de los manuscritos vacila entre una y otra forma y he tenido para mi versión que elegir no sin vacilaciones. Y a pesar de ese Futuro, las imágenes de la Ultima Edad que retorna son las imágenes tradicionales de la Edad de Oro, el paraíso perdido de los antiguos, y comunes en parte con las del Epodo de Horacio, negadoras en todo caso de la guerra, el trabajo, el comercio y las enfermedades. Y de ese modo se consigue, por confusión de tiempos, una especie de liquidación del Tiempo, que era el ansia misma de la poesía.

COMPARACIÓN CON LOS TIEMPOS EN LAS PROFECÍAS DE LOS HEBREOS

Recuérdese a tal propósito que los profetas hebreos (a los que, por cierto, es casi imposible que hubiera podido leer Virgilio, pese a que en el S. III a.J. se había en Alejandría emprendido por el Pentateuco la primera traducción de la Biblia, sin duda destinada a los círculos de judíos expatriados) disponían en su lengua de un sistema verbal en que un mismo tema, el llamado Imperfecto, podía usarse para lo que nosotros conside-

ramos narración y lo que profecía propiamente, así como en las situaciones del Presente de nuestras lenguas.

LA INMINENCIA DE LA NUEVA ERA Y LA VISIÓN CRISTIANA DE VIRGILIO COMO PROFETA DEL MESÍAS

La égloga debió de escribirse por el año 40 a.J., año del consulado de Asinio Polión, a quien el poeta, con una especie de impaciencia o negación a más espera, promete que comenzará en su consulado la nueva edad. Pero, leyéndola, se encuentran en ella fácilmente las expresiones que más tarde a los cristianos les habrían de sonar como a cosa suya y les harían considerar a Virgilio como un profeta del Mesías entre los paganos.

El misterio de la relación de la égloga con el Mesías no aparace aclarado debidamente a través de los miles de escritos que a él se han dedicado. Tal vez es que la conciencia histórica misma, hoy dominante, tendría que cambiarse para llegar a algún entendimiento. Pues la manera en que la égloga IV trata el Tiempo, más o menos coincidiendo con el mesianismo

LIQUIDACIÓN DEL MITO Y REVOLUCIÓN DEL TIEMPO EN LA ÉGLOGA Y EN LA EPIFANÍA DE JESUCRISTO

de los judíos, lo que implica es una —literalmente— revolución del Tiempo mismo, por la cual el mito definitivamente, por un lado, muere en cuanto que se reduce a una especie de pasado histórico (cosa que no es en la propia era mítica o pre-histórica, donde aún el Futuro no está creado, y no se sabe si, por ejemplo, Prometeo estuvo amarrado al Cáucaso o si le amenaza de estarlo el poder de Zeus el día que le toque pagar las culpas de los hombres o si lo está perpétuamente, al menos hasta que diga el secreto que Zeus ignora y teme como promesa de la liquidación futura de Su poder), y por

otro lado, surge en cambio la idea de Progreso, de salvación, del reinado del Futuro en suma, al que nosotros nacemos sometidos. Pues bien, es esa revolución del tiempo, esa inversión del sentido de su ritmo (de lejos ya prefigurada en el mito, precioso aunque ya imitativo y literario, que se desarrolla en el *Político* de Platón), lo que en el cristianismo está representado justamente como la encarnación de Dios en Hombre, como epifanía de Jesucristo.

VIRGILIO HASTA SU MUERTE ASISTIENDO A LA PARÁLISIS DEL TIEMPO EN LA *PAX AUGUSTEA*

En cuanto a Virgilio, va efectivamente a morir de su enfermedad, que era la enfermedad de la poesía, su conflicto con la Literatura y, a través de ella, con el tiempo de la Historia. Y el resto de su vida va a ser algo así como asistir a aquella especie de paralización, por así decirlo, del reloj en que se realiza la inversión del sentido del tiempo de que hablamos: parálisis que en el Imperio (la forma de mundo destinada a ser para los siglos siguientes la heredera de la historia y su lugar) está representada por la *Pax Augustea.*

VIRGILIO MUERTO ENTRANDO EN LA POSTERIDAD POR DOS CAMINOS:

Ello es que muriendo así Virgilio, iba a entrar en el Futuro o, como se dice, la posteridad por dos caminos: uno, el camino corriente de toda literatura, la transmisión por la copia manuscrita a lo largo de la edad llamada Media; en lo cual lo único notable es que de las obras, aparte de las copias medievales, nos ha sido dado recobrar también —caso bastante excepcional— algunos manuscritos antiguos, restos de las ediciones publicadas en los últimos siglos del Imperio. Y

junto con las obras, como ornamento de los códices, se nos han transmitido aquellas breves biografías (en general basadas en una perdida de Suetonio, el conocido historiador del siglo III) que nos permiten, en unión de algunas noticias sueltas transmitidas por los contemporáneos, retener algunos de los rasgos de su persona que aquí estamos ofreciendo.

EL DE LA TRADICIÓN MANUSCRITA

Pero entre tanto, por otra vía y de un modo muy distinto entraba Virgilio en la Edad Media: a saber, manteniéndose su memoria viva entre las gentes (y ello en siglos en que se borraban todos los nombres de la Antigüedad, de tal modo que apenas si otra figura, la de Aristóteles o don Aristótil, puede decirse que gozara de tal modo de sobrevivencia); memoria, en principio, de gentes de la escuela; pero, a través de una cierta divulgación por obra de los *clerici errantes* o estudiosos vagabundos, también podemos casi hablar de una vida de su memoria entre las del pueblo.

Y EL DE LA TRADICIÓN VULGAR DE SU FIGURA

Una memoria viva quiere decir una memoria viviente, y por lo tanto cambiante según las leyes de la tradición, que no saben nada de los pruritos de verdad histórica a que se iría volviendo desde el Renacimiento en el afán de reconstrucción de lo pasado, su renacimiento, que es lo contrario de su pervivencia. Y por cierto que ese destino de la figura está en cierto modo dibujado en el del propio nombre: que el nombre de *Vergilius* aparezca como *Virgilio,* fr. *Virgile,* ingl. *Virgil,* con una *i* en la primera sílaba (por una posible presión también de la etimo-

EL CAMBIO DE LA FIGURA Y EL DEL NOMBRE *VERGILIVS*

logía popular a que después aludiremos seguramente) nos guarda en tal alteración un testimonio de la tradición viva de la persona.

LA TRADICIÓN DE VIRGILIO COMO INVENTOR, ADIVINO Y HECHICERO

Es así que en esa tradición, surgida acaso remotamente en torno al recuerdo del lugar de su tumba en Nápoles, se esparciría la fama de una figura de sabio, inventor, adivino y hechicero, hábil en diversos modos de ensalmos y de filtros, ya tocantes a la ultratumba o ya al amor (en el que también se enredaba en esa pervivencia aquél que en su vida con tanta cautela acaso lo rehuyera) que llevaba el nombre de Virgilio. Y así, en Juan de Salisbury (Siglo XII) lo encontramos, en medio de una plaga de moscas, inventando una mosca mecánica terrible que acaba con todas las de la nación; y así en el *Libro de buen amor* nos lo presenta Juan Ruiz haciendo maravillas de encantamiento del fuego y de hacer de cobre el fondo del río Tiber para conquistar y luego guardarse de una dama a la que deseaba y que le había hecho aquella burla:

Al sabidor Virgilio, commo diz' en el testo,
engañólo la dueña quando l' colgo 'nel cesto.
(261 b-c)

Y todavía a comienzos del siglo XVI el libro de *Les faicts merveilleux de Virgille* se publicaba con éxito y hacía entrar esa figura en los nuevos tiempos.

Pues bien, esa curiosa forma de sobrevivencia se la debió Virgilio sin duda, por un lado, a la IV bucólica y su profecía;

LA FAMA MEDIEVAL DE VIRGILIO EN RELACIÓN CON SU PROFECÍA EN LA ÉGLOGA IV Y CON SUS DESCENSOS AL MUNDO DE ULTRATUMBA

aunque también la VIII, que es de tema de encantamientos amorosos (siguiendo aquí fielmente modelos de Teócrito) podría, de haberse mantenido lo bastante popular, haber contribuído a aquella fama; y por otro lado, al libro VI de la *Eneida*, en el cual, llegando al centro de su poema grande, cuenta el poeta la bajada de su héroe Eneas a los mundos soterraños o de ultratumba; mundo que le había tentado antes en la historia de Eurídica y Orfeo con que se cierra el libro IV de las *Geórgicas*.

LA BAJADA DE ENEAS AL AVERNO Y AL ELISIO EN EL LIBRO VI DE LA *ENEIDA*

Baja Eneas guiado por la Sibila de Cumas, aquella cuyos oráculos, desparramados al viento en volanderas hojas de árbol hasta el momento que llega el héroe a visitarla y pone orden en su archivamiento, se recordaban al principio de la IV égloga como fundamento de la profecía. Y en aquel viaje se encuentra Eneas con los varios vestiglos del Averno y del Tártaro; hace sentir su peso desacostumbrado en la chalupa de Carón; siente pasar el fantasma desdeñoso de la que había sido su Didó desde el libro I al IV; y después de ver los diversos modos de sobrevivencia de las ánimas en la muerte (no sin división, ya bastante bien establecida, entre condenadas y bienaventuradas), contempla finalmente las ánimas no nacidas todavía, en especial las destinadas a jugar en los destinos de la futura Roma.

LA TRADICIÓN HOMÉRICA Y LAS CREENCIAS POSTERIORES POPULARIZADAS SOBRE LAS ÁNIMAS DE LOS DIFUNTOS

Se trata, como se ve, de una curiosa mezcla de la vieja tradición del mundo épico respecto al reino de la muerte (la evocación de las ánimas, sedientas de sangre, en el libro XI de la *Odisea*) con

las elaboraciones religiosas posteriores, de tinte que convencionalmente llamamos oriental, desarrolladas al principio en los círculos órficos y pitagóricos, pero que en la época helenística en que Virgilio escribe deben considerarse ya como las concepciones popularizadas sobre la vida separada de las almas.

POR SU POESÍA SOBRE LA VIDA DE LOS MUERTOS GANA EL PROPIO VIRGILIO SU VIDA DE ULTRA-TUMBA

Y es, pues, en parte gracias a esos elementos más esotéricos de sus escritos y más destinados a cantar, por presión de la evidencia de la muerte, la vuelta de la vida como nos explicamos que alcanzara Virgilio mismo a su vez aquella vida de ultratumba en que la fama de la Edad Media le haría sobrevivir.

Y AFLORA A LOS NUEVOS TIEMPOS GUIANDO A DANTE EN SU VISITA A LOS INFIERNOS

Y es todavía así como, a los finales de la Edad Media, emerge Virgilio a la luz de los nuevos tiempos llevando de la mano a Dante en su visita a los infiernos (haciendo, pues, para él un oficio análogo al que la Sibila desempeñara para Eneas); a unos Infiernos, por supuesto, en que ya el castigo y la Justicia han llegado a ser los criterios mismos de la organización y la estructura del mundo subterráneo; no en vano a lo largo de los siglos de la historia cristiana la mala conciencia de los dominadores había tenido que desarrollar una especie de imagen especular o invertida de la injusticia reinante en este mundo bajo forma de organización perfecta del crimen y el castigo en el de más allá; imagen ya más clara que la que en la época de la *Eneida* las condiciones históricas exigían.

Sin embargo, una vez habiendo aflorado Virgilio de la mano de Dante a la

PERO LOS NUEVOS TIEMPOS TRAEN CONSIGO LA HISTORIA Y EL FIN DE LA TRADICIÓN

Edad Moderna, a los tiempos de la nueva burguesía (que era, por cierto, la única para la que, al menos hasta hace unos pocos cien años, tenían alguna importancia esos cambios históricos de Edades, antigua, media y moderna, que en sus escuelas se enseñaban), no será ya por aquel camino, al fin y al cabo todavía tradicional y medio legendario, como su figura se seguirá transmitiendo hasta nosotros.

LA OBRA DEL RENACIMIENTO, Y LA HISTORIA NACIENDO DE LA FILOLOGÍA

Pues, en tanto, el último Renacimiento estaba encima y se avecinaba, con las Reformas, la consagración de la Historia y la consiguiente rotura de la tradición. El mismo Dante había ya leído los versos de Virgilio casi a la manera que los modernos los leerían; en la generación siguiente comenzaría la apasionada rebusca de manuscritos antiguos en los monasterios; poco después empezarían a llegar los profesores griegos de Constantinopla, derruido con los turcos el último residuo del Imperio; y estaría en marcha la obra de la Filología, buscadora de la verdad en los textos y los documentos, y madre —más bien a su disgusto— de la futura ciencia de la Historia que, con el triunfo de la reproducción que la imprenta inicia, habría de ir invadiendo la historia humana.

De manera que Virgilio volvería a ser esencialmente el autor de sus obras, casi infinitamente reproducidas, y luego, para los siglos historicistas, el testimonio de una fase histórica que a su vez lo incluía como personaje: el imitador de Teócrito, Hesíodo y Homero; el protegido de Mece-

nas; el colaborador de la política augústea imperial y restauradora; el cantor de la grandeza romana; el padre de Occidente; y tantos otros dictados que habrían de ir amontonándose sobre su nombre.

VIRGILIO RECLUIDO A LA HISTORIA DE LA LITERATURA Y LLEGANDO ASÍ A NUESTROS TIEMPOS

Así hasta llegar a los años corrientes más o menos, en que, habiendo progresado hasta lo último la terrorífica pedantería del Progreso y habiéndose impuesto, por amor de la colmena, la idea de la especialización de la enseñanza (a fin, de paso, de que los nietos de los proletarios no puedan jamás gozar de los deleites de que antaño gozaron los hijos de los burgueses), algunos reducidos grupos de muchachos y muchachas habrán tenido ocasión (y no sólo eso, sino lo contrario: obligación) de deleitarse y de instruirse en la lectura de la *Eneida*.

EL APRENDIZAJE DE MEMORIA DE VERSOS DE VIRGILIO, COMÚN EN OTROS TIEMPOS

¿Qué ha venido siendo Virgilio para estas últimas generaciones de estudiantes? Creo que no gran cosa. La memoria es seguramente buen criterio acerca de esto: hubo tiempos, al parecer, en que los muchachos, grandes muchedumbres de hijos de la burguesía y aun también de los señores y los afortunados de las clases bajas, se aprendían fácilmente de memoria todo su Virgilio (al fin y al cabo, entre los tres poemas no vienen a contar ni quince mil versos) y aun rivalizaban en componer según su modelo hexámetros y hexámetros, dado que Virgilio era por excelencia el modelo de latín para el verso, como Cicerón lo era para la prosa, y se mantenía así en la Edad Moderna la misma facilidad con que en el Imperio tardío, en la época de Ausonio por ejem-

plo, y luego en las escuelas medievales todo el mundo componía centones más o menos ingeniosos combinando versos o hemistiquios de Virgilio; una facilidad de la memoria que en algunas partes de Europa o de Inglaterra ha llegado a durar para algunos pocos hasta el siglo pasado mismo.

SUMAMENTE DIFICULTOSO EN LA FASE ACTUAL DE LA PEDAGOGÍA, OCUPADA POR LAS INFORMACIONES DE HISTORIA LITERARIA

Ahora, los últimos estudiantes que por los liceos o universidades europeas se acercan a Virgilio se dedican, por un lado, a recibir las deblateraciones aguafiestas de la Historia de la Literatura y, por otro lado, con los textos a ejecutar aquella operación que suele llamarse 'traducir', que generalmente, y con bastante motivo, no saben ejecutar. Aprenderse de memoria y recitar largos pasajes de Virgilio es algo que, por ejemplo, intentó alguna vez el que suscribe conseguir de sus alumnas en los años en que gemía aún sobre los yunques de la pedagogía, y bien recuerda cómo era de conmovedor el comprobar lo difícil y trabajoso que resultaba. Pues era evidentemente a contratiempo: recitar de la dulce y sabia poesía quería decir ocio, y por ende enamoramiento; pero ya el Poder requiere un relleno y ocupación constante de los corazones con los millares de frívolas informaciones serias que ha llegado a necesitar su mecanismo: es su manera de aplazar el miedo.

En efecto, bien puede decirse que Virgilio casi ha muerto ya del todo, en el sentido de que, por una parte, el tanto por ciento de personas para las que ese nombre diga algo se vuelve más exiguo

que nunca, y por otra parte, lo que a los pocos pueda decirles es sumamente insignificante. Los textos mismos doy por supuesto que sólo los leen los especialistas en filología clásica, y ello por motivos profesionales, lo cual desvirtúa casi necesariamente la lectura (así es Virgilio propiedad de ellos, y así se defienden los estudios clásicos como se defiende el coto de uno dentro del plan de la repartición de tierras), y que el resto de la población sencillamente no los lee, ni aun siquiera en traducciones, cosa que por otra parte no sería tampoco propiamente una lectura de los poemas. Aguardo, sin embargo, las refutaciones de cada simple ciudadano (o más bien adolescente desorientado) que atestigüe habérselos leído. Y aun cuando se empeñaran en leerlos los simples ciudadanos, pienso que ello habría de ser más bien sin mucho gusto ni sabor. Pues ni siquiera se sienten los de Virgilio como textos exóticos, venidos «de Oriente», de formas de humanidad extrañas, que pudieran, como suelen siempre a veces tales textos en los hombres occidentales, excitar el prurito de la extrañeza de otros mundos, sino más bien todo lo contrario, como representantes de la poesía literaria de nuestro mundo, muerta y enterrada.

VIRGILIO, CASI MUERTO DEL TODO EN NUESTRO TIEMPO

ESCASEZ DE SUS LECTORES; SU POSESIÓN POR LOS ESPECIALISTAS; SU INSIGNIFICANCIA Y POCO GUSTO PARA LOS QUE LO LEAN

No es éste el lugar, por cierto, de que sigamos intentando la explicación de este fenómeno de la muerte de Virgilio, pero sí tal vez de que anotemos que sólo podrá entenderse un poco menos mal el fenómeno en la medida que se le tome simultáneamente como síntoma que ayude a

LA MUERTE DE VIRGILIO COMO SÍNTOMA PARA EL ENTENDIMIENTO DE NUESTRO MUNDO

entender a su vez un poco menos mal la constitución y las necesidades ideológicas de este mundo nuestro en el que se produce. Pero que ello no quiera decir tampoco que, ya que no podemos explicar las características de nuestro tiempo por la pérdida de Virgilio, vayamos en cambio a explicar la pérdida de Virgilio por las características de nuestro tiempo.

LA FE EN EL TIEMPO COMO SUBSTANCIA

Cuando aquello que no es más que enriquecimiento de datos de la descripción se convierte en explicación, más o menos descaradamente causal, no se hace sino volver en cierto modo a la magia y a la creencia en un Destino universal o personal: que Virgilio esté muerto en este tiempo porque este tiempo es como es, he ahí un pensamiento paralelo y complementario de aquel de que Virgilio fue como fue porque nació en tal tiempo y en tal día. Es la fe en el Tiempo como substancia, que lo convierte en algo como Tiempo Natural (como si no fuera también el Tiempo mismo una creación histórica) lo que así se está volviendo a sostener; y es así como

CONCIENCIA HISTÓRICA Y ASTROLOGÍA

la visión histórica deja de ser dialéctica (como solía hace unos años presumir de serlo) para reducirse a algo muy semejante a y compatible con las creencias en destinos y en causaciones astrológicas.

COMPARACIÓN CON EL FLORECIMIENTO DE LA ASTROLOGÍA EN TIEMPOS DE VIRGILIO Y HORACIO

También, por cierto, en tiempos de Virgilio conoció la Astrología una corriente de favor, al menos entre las clases y los ambientes que él más frecuentaba. De lo cual las propias referencias del poeta nos dan algunos testimonios: recordemos cómo la muerte de Julio César hubo un eclipse de venir a señalarla, según se

cuenta en las *Geórgicas* (I 464-66) en el pasaje en que se habla de las señales del sol para los labradores:

Él también, ya César caído, dolióse de Roma,
cuando cubrió su cabeza luciente en ciega tiniebla
y las impías gentes eterna noche temieron.

Ello no obstante que las explicaciones científicas de los eclipses fueran de siglos atrás bien conocidas. Y noticia de ese favor de la Astrología nos da más por menudo Horacio, que se explica varias veces a sí mismo como hombre mercurial, que en uno de los *Carmina* (II 17, 17-32) compara el horóscopo de Mecenas con el suyo, y que en otro (I 11) reprocha a Leucónoe que quiera por los *Babylonios numeros* averiguar su futuro y día de su muerte.

LAS CREENCIAS ACTUALES EN LAS FECHAS DE NACIMIENTO (VIRGILIO, 15 DE OCTUBRE) Y EN LA RELACIÓN DEL TIEMPO DE LA VIDA CON EL CIELO

En nuestros tiempos igualmente, como se sabe, conoce la Astrología su florecimiento y sus pretensiones. Cierto que para la generalidad del pueblo y de las personas cultas tales formas extremas de la creencia en el tiempo no cuentan, apenas cuentan, en sus vidas: que Virgilio naciera el 15 de octubre es cosa que a cualquiera puede sucederle (al que esto escribe, por ejemplo, sin ir más lejos) y que no significa nada de particular. Y sin embargo, no creo que la fe de una parte de las personas en el régimen de las estrellas y lo decisivo de las relaciones temporales con el cielo (o séase, con lo absoluto) esté muy contrapuesta con el santo relativismo y el escepticismo popular del resto, cuando no acabo de ver clara la sonrisa

ASIMISMO, EN EL TIEMPO DE LA HISTORIA: EL PROGRESO DE LAS IDEOLOGÍAS, CULMINANDO EN LA IDEOLOGÍA DEL PROGRESO

de tal escepticismo, sino que más bien la creencia astrológica se me aparece como una más de las manifestaciones de la creencia general en el Tiempo en sí, en el Tiempo Natural sobre el que la historia se desarrolla, sobre el que discurren como por una vía las personas y los estados, la creencia fundada en la divulgación del sentido histórico y tan característica justamente de nuestro tiempo, donde el cambio y progreso de las ideologías ha venido, al parecer, a culminar en una ideología del cambio y del Progreso.

LIMITACIONES CON QUE AQUÍ SE APUNTAN RASGOS ESPACIALES O TEMPORALES DEL AMBIENTE DE VIRGILIO

No es lo mismo, sino más bien en todo caso lo contrario, el limitarse a apuntar notas temporales, como aquí mismo hacíamos a ratos, en torno al nombre de Virgilio: 'su niñez y juventud transcurren entre las últimas guerras civiles de la República'; 'el resto de su vida está implicada con la política gubernamental de Augusto'; 'es contemporáneo de Horacio'; 'muere unos veinte años antes del nacimiento de Jesucristo'; 'durante el curso de su vida progresa la transformación de los pequeños propietarios campesinos en industriales, en publicanos y en proletariados harapientos de la Urbe'. Todas esas notas, en efecto, vendrían a estar de algún modo en el mismo plano que otras anotaciones de ámbito o paisaje sobre el espacio que pasó ante sus ojos o rodeó su cuerpo; 'los valles del Po y el Mincio con sus chozas humeantes de traza medio gala todavía'; 'el ambiente semigreco de Nápoles o de Nola, con sus escuelas epicúreas y sus fincas de reposo'; 'las sórdidas callejas de la Urbe por en medio de los nuevos tem-

plos, parques y bibliotecas de la política urbana de los Césares'.

Y todavía, para que esas anotaciones de las circunstancias no se nos cuajaran en idea, consolidando el mismo error substancialista, haría falta estar sin cesar refutando en nosotros denodadamente las concepciones vigentes sobre las relaciones entre Individuo y Sociedad. Pues no basta con aquella tímida formulación de don José Ortega: «él y sus circunstancias» mantiene todavía la dualidad, y justamente en la medida que puedan mutuamente constituirse, Individuo y Sociedad se reafirman como entidades reales y contrapuestas. Pero el vivir Virgilio en tal rincón de las llanuras cisalpinas o el pasar a Roma en tales años de las guerras no son cosas que a Virgilio le sucedan, sino aquello en lo que consiste Virgilio mismo, junto con los otros rasgos cognocibles de su vida; por tal modo que la enumeración completa (sólo que no cabe que pueda ser completa) de todas las circunstancias suyas vendría a constituir un complejo de siglas (análogo al conjunto de los números que definen una línea —sólo que necesariamente por puntos discontinuos —por relación a un sistema de ejes de coordenadas) que podría sustituir, no sin alguna ventaja, al nombre propio de *Vergilius*

LA ENUMERACIÓN, SI FUERA POSIBLE, DE TODAS LAS CIRCUNSTANCIAS DE VIRGILIO SERÍA *VIRGILIO* MISMO

¿Hará falta notar de paso en este punto que todo lo que se va diciendo no supone ninguna concepción, como se dice, determinista, sino que, por el contrario, son también las concepciones deterministas las que mantienen la contraposición del

TAMBIÉN EL DETERMINISMO MANTIENE LA OPOSICIÓN DEL INDIVIDUO CON SU MUNDO

LA PERSONA, UNA APARICIÓN DEL MUNDO, Y EL ARTE POÉTICA, UN ARTE COMBINATORIA

Individuo con su mundo, contra la que aquí nos permitíamos discurrir? La Persona será una aparición del mundo, tan real como las otras, pero una de ellas. Y luego está el arte del poeta, que no es ninguna propiedad de su persona ni acaso (¿quién lo sabe?) ningún fruto necesario de su mundo, sino más bien un arte combinatoria de sus palabras y sus elementos, que trata por desgarrones de desvelar acaso el secreto de la constitución personal del mundo.

LOS ÚLTIMOS AÑOS DE VIRGILIO, DEDICADOS A UN EXPERIMENTO SOBRE LA PERSONA CON LA ELABORACIÓN DE SU HÉROE ENEAS

Justamente los años últimos de la vida de Virgilio iban a estar consagrados a una especie de experimento acerca de la Persona y su destino con motivo de la elaboración o crecimiento en él de su héroe Eneas, aquél que ya en las tradiciones, más o menos eruditas o popularizadas, de los griegos itálicos y de los latinos había venido a ser la encarnación del destino y de la pervivencia histórica de Troya, hundida en llamas en la guerra originaria de nuestro mundo y, trasladándose hacia Poniente, reproducida bajo la forma definitiva de Roma y de su Imperio; aunque ya ese rasgo peculiar del personaje aparecía como en germen en nuestro primer poema o primera deposición escrita de los mitos, en la *Ilíada*, sobre todo en aquel pasaje (XX 79-352) en que sale, movido por Apolo, a enfrentarse con el mismo Aquiles y responde a su parlamento de amenazas con otro en que expone morosamente su genealogía, a seguido de lo cual se arrojan en vano las lanzas uno a otro y en el momento en que está Eneas con un descomunal peñasco en

EL ENEAS DE LA *ILÍADA* Y SU PRIMERA RELACIÓN CON EL DESTINO

alto y Aquiles avanzando con la espada desenvainada, se interrumpe la acción para un momento de deliberación de los dioses, entre los cuales Poseidón se decide a salvarlo de la muerte con aquellas palabras o profecías:

«Pero ¿por qué él ahora sin culpa duelos padece
por miserias ajenas en balde, él siempre que en gracia
dones ofrenda a los dioses que en la ancha bóveda moran?
No, sino vamos nosotros a arrebatarlo a la muerte,
no sea además que el Cronida se aíre en caso que Aquiles
llegue a matarlo; y salir sano y salvo está en su destino,
porque ni desparezca ni sin simiente perezca
casta de Dárdano, al que el Cronida amó entre los hijos
todos que de él nacieran y de mujeres mortales.
Que es que a la casta de Príamo ya el Cronida aborrece,
y ahora va a reinar sobre los troyanos Eneas
y de sus hijos los hijos tras él que nazcan un día».

EL ENEAS DE VIRGILIO

Sobre esa figura, ya especialmente tratada por los hados de la tradición poética y política, va a criarse en Virgilio el Eneas de la *Eneida,* destinado a llevar a través de llamas, de mares, del amor y de la muerte la consigna de la sobrevivencia histórica y la reproducción de lo mismo en otro, héroe cuya comparación con la propia persona del creador se hace para el biógrafo tan inevitable, y tan trivial seguramente, como la de Goethe con Fausto o la de Cervantes con Don Quijote.

Sólo que, en este caso, los críticos han venido haciendo notar mil veces que el personaje de Eneas poéticamente falla, que se le siente como carente de realidad

LA FALTA DE CARÁCTER DE ENEAS (LA IDENTIFICACIÓN, DESCARADAMENTE ACEPTADA, CON SU DESTINO) ES EL CARÁCTER ESENCIAL DEL HÉROE

y peso, más parecido a las sombras infernales de la futura Roma a las que él baja a visitar, como si fuera demasiado puramente una encarnación del destino de la Nueva Troya que había de fundarse. Pero ese fallo poético no me parece un accidente, sino esencial a la etopeya del personaje: en esa falta está precisamente el carácter esencial de Eneas. En ese retrato del Individuo representante en la épica, ya literaria, del hombre de estado histórico, al tener que ser idéntico con su papel político o destino, no podía el poeta menos de olvidarse de un elemento indispensable del Individuo real y corriente, que es el que le da su realidad o peso: el de que el Individuo se caracterice por el hecho de creerse a sí mismo diferente y enfrentado con su mundo, su función o su destino. Así, la excesiva obediencia del *pius Aeneas,* por falta de su mentira esencial, no le deja ser verdadero; y, exigido por su éxito como hombre de estado, su fracaso como hombre o personaje es al mismo tiempo el fracaso de la epopeya misma, de su intento de reproducirse como género literario. Fracaso que, aunque no en el sentido que lo es la muerte de Héctor (la rama aborrecida por el de Crono y privada de sobrevivencia), no dejará de ser también conmovedor para los lectores.

EL FRACASO DE ENEAS COMO PERSONAJE Y EL FRACASO DE LA EPOPEYA LITERARIA

LA RELACIÓN A SU VEZ DE VIRGILIO MISMO CON LA HISTORIA

En cuanto a la figura, a su vez, de Virgilio mismo, también aquí, un tanto paralelamente o imitando el procedimiento de Virgilio para con su héroe, estábamos nosotros tratando (sin duda vana-

mente) de borrar las fronteras de su figura con su mundo, de tal modo que se apareciera tan improbable una biografía que no fuera al mismo tiempo una historia como vana, por otra parte, una historia que no fuera al mismo tiempo una crítica de sí misma.

LA HISTORIA HABLANDO POR BOCA DE VIRGILIO

Así queríamos que se entendiera, por ejemplo, aquello que decíamos de que el hecho de haber vivido su juventud entre las guerras hace que el mal del mundo se le aparezca lo primero bajo la forma de la guerra y que su añoranza del paraíso se presente sobre todo como añoranza de la paz: ¿cómo decir sin confusión que es el mundo de Virgilio el que, por la boca de Virgilio, habla de ese modo, sin que ello hiciera olvidar que ese mundo a su vez, mirándolo personalmente, es, por así decirlo, el alma de Virgilio mismo?

EL POETA COMO CIRCUNSTANCIA DE SUS VERSOS

Pero además el caso de un poeta presenta muy de relieve otra dificultad suplementaria, junto a la de la relación de él con su mundo, que es la de la relación de sus versos y él: la cual sólo pueda acaso entenderse un poco menos torcidamente si la entendemos de tal modo que, una vez que al poeta lo hemos confundido con sus circunstancias, se nos aparezca él mismo, renunciando a posturas divinas o creatrices, como la circunstancia de sus versos. Y si, en general, al estar la obra dentro de la vida, la vida está igualmente dentro de la obra, otros casos habrá en que parezca más exacto decir que la obra del hombre fue su vida, pero en particular el de Virgilio parece invitarnos, al

EL RESTO DE LA VIDA DE VIRGILIO NO ES OTRA COSA QUE SU OBRA

revés, a pensar que su vida no fue otra cosa sino su obra.

Pues ello es que, terminadas las guerras civiles, el resto de la vida de Virgilio, desde pasada la treintena hasta los cincuentayuno que moriría, está toda ella constituida sobre la paz; que se prolongaría hasta más allá de su muerte y que, en cuanto ausencia de conflicto interno (las guerras de corrección o mantenimiento de la frontera serían parte de la rutina del Imperio), habría de durar, con alguna breve alteración como la del año 69 d. J., cerca de cuatro siglos. Y esos cuatro siglos pesan inevitablemente, a nuestros ojos, sobre esos veinte años restantes de la vida de Virgilio.

LOS ÚLTIMOS VEINTE AÑOS DE VIRGILIO Y LOS CUATRO SIGLOS DE PAZ

Esos veinte años se nos aparecen, por cierto, bien descoloridos y, carentes, al menos para nosotros, de las perturbaciones de la pasión, poco, como suelen decir las mujeres, interesantes: prácticamente se nos confunden, hasta en el accidente mismo de su muerte, con la elaboración de las *Geórgicas* y de la *Eneida*. *Deus nobis haec otia fecit!*: el grito alborozado de Títiro (*Buc*. I 6, que citábamos arriba) debió de resonar sin duda con otros tonos (y por ende, con otros sentidos de las palabras, *otia* y *deus*) a lo largo de esos años, a lo largo de los cuales no podía menos de irse manifestando a los ojos del poeta (que al mismo tiempo, no podía ya manifestarla en sus palabras y reconocerla conscientemente) la miseria de la paz, la cara pacífica de la muerte, o más bien, según Heraclito, que paz es guerra y guerra paz (fr. 67) y, sin embargo (frs. 53

DESCUBRIMIENTO DE LA PAZ COMO UNA GUERRA

y 80), lo que domina todo es la guerra de paz y guerra.

El rechazo de Virgilio (o su incapacidad: distinción sutil, en que sólo los pensadores voluntaristas pueden poner algún empeño) de entrar para nada en los asuntos y oficinas de la política de Augusto, al mismo tiempo que no sabía negarse a seguir recibiendo el favor de los grandes señores y de Augusto mismo, es como un testimonio de esa ambigüedad de su alma en la época de la paz, bajo la cual de tan especial manera madurarían su enfermedad y su tristeza.

LA SUMISIÓN DE VIRGILIO A AUGUSTO Y SU ABSTENCIÓN DE LA POLÍTICA

Pero también incluso su amigo y protector Mecenas, a quien vendrían tan devotamente dedicadas las *Geórgicas*, a pesar de estar mucho más comprometido que el poeta en los negocios y hasta cumplir privadamente funciones que en el Estado actual más bien corresponderían a un Ministro de la Cultura, ya anotábamos arriba cómo rehusó el ocupar cargos oficiales y aun el salir de su condición de caballero, del *ordo equestris* o clase media, y pasar de otra cosa que consejero privado del emperador. Es de Mecenas de quien una cita nos conserva (fr. 4 Morel) aquellos escalofriantes priapeos que proclaman:

MECENAS: SU RECHAZO DE LOS CARGOS Y SU AMOR DESESPERADO DE LA VIDA

Pierna o brazo mutîlame,
manco déjame y cojo,
plántame un lobanillo atroz,
flojos casca mis dientes:
mientras hay vida aún, bien va:
aunque en potro afilado
me esté hincando, consérvame
esa vida.

LA TRISTEZA DE LAS INVITACIONES A DISFRUTAR DE LA VIDA EN HORACIO Y EN LAS LÁPIDAS FUNERARIAS DEL IMPERIO

Tanto más desesperadamente se la ama cuando, en medio de la paz, sin peligros o visibles impedimentos, se aparece más desnudamente su imposibilidad, su reducción a mera conservación o sobrevivencia de la esperanza.

No caerá Virgilio en tan impudorosa manifestación del amor y pena de la vida; ni llegará tampoco a aquella paradójica manera con que la angustia de la muerte late bajo las repetidas apremientes invitaciones que los versos de Horacio nos hacen a vivir, esto es —mejor dicho—, a aprovechar los días y las horas del tiempo que se escapa, un tono de fúnebre alegría que habrá de generalizarse y vulgarizarse en el Imperio (recuérdese lo que dice el esqueleto que aparece en el convite de Trimalción), hasta el punto de que, muy reveladoramente, sean precisamente las inscripciones de las tumbas casi las solas voces que proclamen el gozo de la vida.

VIRGILIO EVOCA IMPARCIALMENTE LAS CONDENAS DE LA VIDA: EL TRABAJO EN LAS *GEÓRGICAS* Y LA GUERRA EN LA *ENEIDA*

Pero en Virgilio, en cambio, las formas principales de la condena de la vida, el trabajo y la guerra, aquéllos cuya desaparición la IV égloga celebraba, van a verse imparcialmente evocadas en las *Geórgicas* y en la *Eneida* respectivamente, sin exaltación ciertamente, a pesar de las apariencias celebratorias, sin maldición tampoco: en un tono, por tanto, de triste reconocimiento, si de algún modo pudiéramos describir la peculiar tristeza virgiliana.

«TODO PUDO EL TRABAJO»

La manera con que, respecto al trabajo, se dice en las *Geórgicas* es bastante representativa de ese tono general de los poemas:

El Padre mismo no fácil
quiso que fuera la vía del año, y la tierra por artes
Él removió, aguzando en la cuita las almas mortales,
ni Él su reino dejó que en lenta modorra yaciera.
Antes de Él no había a labrar el campo colonos;
ni aun marcar la llanada o por lindero partirla
era de ley: al común procuraban, y sola la tierra
todo y más generosa, sin nadie pedirlo, les daba.
Él el mal veneno metió en las negras culebras
y los lobos mandó rapiñar y al mar removerse,
y sacudió de las hojas la miel, puso lejos el fuego
y represó el que doquiera corría vino en arroyos,
para que a fuerza de ensayos forjara el uso las artes
poco a poco y en surcos buscara yerba de trigo
y de las venas del cuarzo escondido el fuego saltara.
(I 121-135)

Todo pudo el trabajo
encarnizado y la falta en la dura pena apremiando.
(I 145-46)

LAS *GEÓRGICAS*, EN EL MISMO HECHO DE ADSCRIBIRSE AL MODELO DE HESIODO, SE REVELAN COMO POEMA HELENÍSTICO

Este poema en cuatro libros, al que, según la tradicional cronología de las *Vidas,* dedicó Virgilio los años 37-30 a.J., seguía la costumbre fundamental de la literatura helenística o primera literatura, que era reproducir en forma literaria alguno de los antiguos géneros de la poesía viva: en este caso, el poema didáctico de agricultura, cuyo modelo eran los *Trabajos* de Hesíodo (aunque propiamente en los *Trabajos* a la agricultura sólo el centro del poema se consagra). Poco, sin embargo, aparte de su estatuto como género, le debe el arte de las *Geórgicas* a Hesíodo; más a los alejandrinos, como Arato el poeta de la astronomía, que había traducido Cicerón y luego el príncipe Germáni-

SU RELACIÓN CON LOS ALEJANDRINOS Y CON EL ARTE DE LUCRECIO

co; y más a Lucrecio (recuérdese otra vez la tentación epicúrea de la juventud de Virgilio), que era el que había demostrado en latín esplendorosamente qué registros poéticos podían hacer sonar los hexámetros de un género como el poema didáctico, de poesía tan esencialmente, por así decirlo, impura.

CONTRAPOSICIÓN DE LOS *TRABAJOS Y DÍAS* Y LAS *GEÓRGICAS*

Pero, con todo, merece bien la pena la confrontación de las *Geórgicas* con Hesíodo: pues los *Trabajos y Días* es nuestro primer documento de la Moral propiamente dicha (más antiguo sin duda que la redacción misma de las Tablas de la Ley entre los judíos), queriendo aquí 'Moral' decir aquella especie de discurso que, saliendo de la religión y de las leyes exteriores con el paso de los estadios señoriales a la burguesía, contando con una bastante avanzada interiorización de las leyes como

ojo de Zeus que todo lo ve y que todo lo entiende (267),

ejerce la coacción para el mantenimiento del orden por medio de la apelación directa al alma del oyente (simbólicamente están los *Trabajos y Días* dirigidos en segunda persona a Perses, el hermano del poeta) y dan así el gran paso para la configuración del alma misma.

LA MORAL DEL TRABAJO: MALDICIÓN DIVINA Y ÚNICO MEDIO DE SUBSISTIR UNO MISMO

Y así es que en el poema de Hesíodo, con la más reveladora de las ambigüedades, que vemos perdurar en el pasaje de *Geórgicas I* que leíamos arriba, el trabajo aparece por un lado como fruto de la *inuidia* y la maldición divina (por culpa

de Prometeo, el titán bienhechor y en algún modo prototipo de los hombres), en tanto que sin embargo el cumplimiento del trabajo se ofrece como el único medio de no hacerse odioso a los demás, hombres o dioses, y por ende de hacerse bien a uno mismo.

LA CRISIS DE LA MORAL HESIÓDICA DEL TRABAJO EN LA ÉPOCA DE AUGUSTO

Pues bien, en el trance de derrumbamiento de aquel tipo de sociedad fundado en la Moral y en el Trabajo (pues el fin de la República romana significa bastante bien la conversión de la burguesía antigua en una nueva fase del capital), la gobernación de Augusto viene a ser el último intento de mantener aquella Moral del Trabajo o de restaurarla (más tarde, y para muchos siglos, la caída de esa Moral, con la correpondiente aparición de un nuevo tipo de alma, dará paso a aquella nueva fase —otra vez religiosa, en un sentido nuevo: cristiana— que sustituirá y sublimará la moral del sustento en la de la salvación); y que ese último intento de mantenimiento bajo Augusto sea justamente de carácter gubernamental (que la Moral, salida de la Ley, tenga que volver a convertirse en Ley, hasta que, con la síntesis del cristianismo y el Imperio, pueda pretender hacerse religiosa y gubernamental al tiempo) indica claramente la situación crítica y desesperada del sistema que trata de restaurarse. Política restauradora en la cual —se dice— Virgilio colabora con las *Geórgicas*.

LA MORAL, SALIDA DE LA LEY, VUELVE A CONVERTIRSE EN LEY

Y en efecto, parece que se trataba, entre otras cosas, de cortar el proceso de inmigración a las ciudades, y sobre todo a la Urbe, y de despoblación del campo,

LA PARTICIPACIÓN DE VIRGILIO EN LA POLÍTICA RESTAURADORA DE AUGUSTO

sobre todo el italiano; sin tocar seriamente, por supuesto, la institución del latifundio: no se volverá ya más a hablar de leyes agrarias como aquéllas por las que murieran menos de un siglo antes los hermanos Gracos; pero, con el típico afán de los gobiernos que pretenden desde arriba curar el mal del que ellos mismos no son sino la eflorescencia, se intentará mantener un cultivo abundante de las pequeñas propiedades al mismo tiempo, y mantener de paso un sano pueblo de labradores y evitar su transformación en vastas capas —nunca del todo seguras, a pesar del circo— de una especie de proletariado harapiento urbano.

DUDOSA UTILIDAD DE LAS *GEÓRGICAS* COMO MEDIO DE PROPAGANDA DE LA POLÍTICA AGRARIA

Y ciertamente, si podía creerse que el camino de la propaganda *ad hominem* (que era, al fin y al cabo, el propio de un gobierno moralizante) era adecuado para tales fines, bien pudieron las *Geórgicas* estimarse formando parte de ese plan de propaganda. Con demasiada ingenuidad, por cierto: ¿puede pensarse que ni siquiera Augusto, con toda la idealidad y fe que a un hombre de estado le es necesaria para serlo, o que Mecenas por lo menos creyeran en la eficacia propagandística de una obra como las *Geórgicas?*

LOS VERDADEROS MANUALES DE AGRICULTURA: CATÓN, MAGÓN, VARRÓN

Los consejos técnicos, acá y allá desparramados, son en ellas meros materiales del arte poética literaria; y tiempo hacía que los labradores romanos (o más bien los terratenientes y sus *uillici* o granjeros) disponían de verdaderos manuales de agricultura y ganadería: el que se hizo tan popular en el mundo antiguo de Magón el cartaginés, el tan severamente ro-

mano de Catón el Viejo, que se nos ha conservado, y en fin, publicado justamen- en el 37 o 36, la *Res Rustica* de Varrón, cuando ya tal vez había Virgilio compuesto el libro I de su poema, y que parece sin duda haberle prestado nuevas sugerencias para los tres siguientes.

LAS *GEÓRGICAS* EVOCACIÓN DEL CAMPO PARA UN PÚBLICO CIUDADANO

Y por otra parte, un poema de arte tan sabiamente alejandrina, donde la alternancia entre momentos de tratamiento saltuario y alusivo de los temas y momentos de morosa expansión en alguno de ellos, aparentemente por capricho, constituye el fundamento mismo del arte, ¿a qué lectores podía pretender llegar sino a las capas más educadas de la sociedad urbana? Más bien diría uno que semejante obra está destinada a ser, en la dulzura escrita de la evocación del campo, el sustituto del campo («Llanura blanca/de flores negras,/y cinco bueyes/aran en ella», como dice nuestra cantilena infantil) para aquellos que, condenados a las nuevas formas de vida, ya no pueden vivir en él ni vivir de él; aunque sea tal vez en ese trance, en el trance de su pérdida y añoranza, cuando se puede empezar a verlo.

LAS *GEÓRGICAS*, EXENTAS DE EXALTACIONES DE LA ALEGRÍA DEL TRABAJO: «FELICES» SON LAS PLANTAS Y LAS BESTIAS

Pero en todo caso, en las *Geórgicas* la visión que aparece de los campos y sus trabajos no contiene nunca las imágenes de alegría y felicidad del trabajador, las que manchan, como una de las más penosas afrentas, las páginas y los himnos de la propaganda laboral moderna. Se ha hecho notar precisamente cómo los alegres y felices a lo largo de las *Geórgicas* son tan sólo los árboles, las mieses, incluso los ganados; para lo cual se aprovecha Virgilio

en parte del hecho de que los adjetivos como *felix* y *laetus* sirven en latín desde el principio para aludir a la lozanía y felicidad de los campos y de sus crías, de donde sólo por metáfora seguramente habían pasado a aplicarse a los estados de ánimo y sentimientos de los humanos; de modo que bien podía Virgilio, apenas con la sensación de una metáfora inversa, devolverles esos adjetivos a las plantas y animales de que procedían.

EL HOMBRE URBANO, EN CONFLICTO ENTRE LA AÑORANZA DEL CAMPO Y LA NECESIDAD DE LA CIUDAD

Y en cuanto a la valoración de la vida del campo o por lo menos en el campo, también Horacio, por los mismos años en que se escriben las *Geórgicas,* constataba acerca de sí mismo la típica contradicción del hombre urbano, a quien la añoranza del campo en la ciudad y la necesidad de la ciudad en el campo lo desgarran como dos voluntades suyas en conflicto; así cuando en una de las *Sátiras* se hace decir por su esclavo Davo, con lengua provisionalmente liberada por la celebración de las Saturnales:

Campo ansías en Roma, y ya campesino, la ausente
Urbe, veleta de ti, por las nubes la pones.
(*Sermones* II 5, 28s.)

Y para ese modo de valoración supo dar Virgilio con aquella fórmula feliz que señala la escisión —esencial, por otra parte, a la condición histórica del hombre— entre el bienestar y la conciencia de sí mismo:

O fortunatos nimium, sua si bona norint
agricolas! (*Geórgicas* II, 458s.)

Donde el empleo del término *fortunatos,* con su precisa referencia a la riqueza (pues los términos propiamente humanos para decir «feliz», como *ólbios* en griego y *beatus* en latín, mantienen una honesta confusión entre «feliz» y «rico»), la colocación del *sua,* que acentúa la antítesis entre los bienes y su conciencia, la elección de la condicional potencial (algo intermedio entre «si llegan a conocer» y «si conocieran»), la misma expresión en Acusativo exclamativo que reemplaza a la predicación normal de lo que se dice, son otros tantos aciertos de tacto en la formulación, que revelan la delicadeza del poeta en el tratamiento de una antítesis sagrada; y el *nimium,* en fin, que llena todo de una mezcla inextricable de resignación y de ironía.

«DEMASIADO AFORTUNADOS, SI LLEGAN A CONOCER SUS BIENES, LOS LABRADORES!»

Pero tal vez lo más significativo de las *Geórgicas* es la elección del tema de su cuarta parte: pues después de haber dedicado de una manera relativamente proporcionada el libro I a cuestiones misceláneas de elección, preparación y cultivo de labrantíos, el II a plantación y árboles, en particular el olivo y la vid, regalos segundos de Atena y de Dioniso tras el del pan primero de Deméter, y el III a los ganados, rebaños, vacadas y yeguadas, se añade un cuarto libro consagrado solamente a las abejas, con una desmesura evidente si se atiende a la importancia de la industria marginal de la apicultura.

LA ELECCIÓN DEL TEMA DEL LIBRO IV DE LAS *GEÓRGICAS* Y LA DESPROPORCIÓN DE SU MATERIA CON RESPECTO A LOS OTROS TRES

Algo, sin embargo, le guiaba a Virgilio en la elección del tema y en esa morosidad con que en él se pierde el libro: del tema propiamente apenas si como pretex-

EL MUNDO FASCINANTE DE LAS ABEJAS

to se desarrollan algunos consejos prácticos para el apicultor; pero en cambio sí, con cualquier pretexto, se emprende y se continúa con fruición y con minucioso apasionamiento la descripción del mundo fascinante de las abejas y de las costumbres o instituciones que rigen su sociedad.

LA INTRODUCCIÓN DE LOS TÉRMINOS Y LAS INSTITUCIONES HUMANAS EN LA COLMENA

Apenas hay que añadir que el modo de tratamiento consiste en un continuo paralelismo con las instituciones humanas, explícito a veces y sobre todo implícito, cuando los términos de la política, el gobierno, la guerra y las virtudes civiles acuñados por los hombres son los que sin más se emplean a cada paso para las abejas: reyes, soldados, ciudades, naciones, cosechas, motines, señales, formaciones de batalla y división de los trabajos. Y los puntos en que, con respecto a la melitología científica o moderna, Virgilio se equivoca o transmite errores (así, en cuanto a las dos castas de abejas, en cuanto a la especialización de las operarias, en cuanto a la función de los zánganos, en cuanto, sobre todo, al sexo del *rex* o reina) no hacen sino poner más de relieve el papel de espejo fascinante que el poema quiere atribuír a las abejas.

LA FUNCIÓN CRÍTICA DEL EXTRAÑAMIENTO DE LA POLÍTICA EN LO ANIMAL

Todavía, con turbia simpleza se oye a veces a los estudiosos de la Literatura tomarse las abejas de Virgilio, no ya como reflejo, sino como modelo y casi exaltación del Orden del estado; lo cual es ignorar que justamente la exteriorización del Orden y la política en lo animal vuelve, al tiempo que poética, crítica la visión de un poeta reaccionario como, naturalmente, lo es Virgilio.

La segunda mitad de ese libro IV se pierde en unos *excursus* o divagaciones, de los que apenas si en los últimos versos se retorna, primero a propósito del pastor Aristeo (que se sospecha, según una noticia de Servio, que entró como sustituto del personaje que en la primera edición de las *Geórgicas* había sido Cornelio Galo, con el que también las *Bucólicas* concluían, pero que en tanto, caído en la desgracia de Augusto, se había suicidado en 26 a.J., de modo que la sumisión política de Virgilio habría tenido que eliminarlo del poema), de donde, a su vez, según la costumbre del epilio alejandrino (nos es dado comparar el poema n.º 64 de Catulo), se desarrolla otro tema, que es el mito de la muerte de Eurídica y el fracaso de su resurrección por obra de la música de Orfeo.

LAS *GEÓRGICAS* SE PIERDEN, SEGUN COSTUMBRE DEL EPILIO ALEJANDRINO, EN LOS TEMAS DE ARISTEO Y ORFEO Y EN LA EVOCACIÓN DEL MUNDO SUBTERRÁNEO DE LA MUERTE

Con esta nota melancólica sobre el mundo de debajo de aquella tierra cuyos frutos y labores se cantaban, sobre la muerte y en particular sobre el fracaso de la poesía contra la ley que gobierna la vida de los hombres, se cierra el libro de las *Geórgicas*, después de haber desplegado en las abejas el reflejo, como vívida pesadilla, de la sociedad trabajadora y beligerante. Siéntase la ambigüedad de los tonos con que entonces suenan los versos histórico-biográficos que al final se añaden:

LA AMBIGÜEDAD DE LA CONTRAPOSICIÓN ENTRE EL POETA Y EL EMPERADOR

Esto sobre labranza del campo y ganados cantaba
y de vergeles, en tanto que César grande hacia el hondo
Éufrates lanza el rayo de guerra y de grado a los pueblos
leyes da vencedor y se abre vía al Olimpo.

Era sazón que a mí, Virgilio, criábame dulce
Nápoles, en tareas de oscura holganza florido,
yo que imité el cantar pastoril y, audaz como joven,
Títiro, te canté bajo la ancha haya acostado.

(IV 559-67)

EL FINAL DE LA *ENEIDA*, REVELADOR SOBRE LA VISIÓN VIRGILIANA DE LA GUERRA

También la manera con que se cierra el poema de los últimos años de Virgilio (en 29 a. J. debió de empezar con los estudios y preparativos, por el 27 debió de haberse publicado alguna parte, en el 19 emprendió el viaje fatídico en el que pensaba corregir la *Eneida* profundamente, sino que antes se hubo de dejar morir) resulta bien reveladora en lo que toca a la visión virgiliana de la guerra, del valor de los hombres y del destino de Roma que a lo largo de sus doce libros se desarrolla.

TURNO, CAÍDO EN TIERRA, PIDE GRACIA, Y ENEAS VACILA

En esos pasajes finales del libro XII (que son una constante provocación, según la actitud común de la épica literaria, a la confrontación con el modelo homérico, esto es, la muerte de Héctor bajo Aquiles en el libro XXII de la *Ilíada*) se nos aparece derribado al fin por tierra el gran rival itálico de Eneas, Turno el rútulo, a quien la llegada del héroe a Italia había arrebatado las esperanzas de la mano de Lavinia y de la sucesión del rey Latino. El guerrero caído habla, según la costumbre épica, pidiendo gracia, de manera noble, pero no arrogante. Largo rato vacila Eneas con la espada en alto, y sus ojos recorren el cuerpo del vencido.

Ahora bien, he aquí que en el libro VIII de la *Eneida* Evandro, aquel extraño colonizador venido de la Arcadia (resto en la mitografía helenística prorromana de

otra manera que Roma se buscaba para enlazarse con el mundo helénico y que hubo luego de compaginarse con la versión de la ascendencia troyana por los enéadas) que había venido a fundar su reino sobre las márgenes del Tíber, justamente en las colinas donde luego sería Roma, no sólo había recibido a pesar de su origen griego hospitalariamente a Eneas, aprovechando Virgilio la visita para pasear los ojos por los torrentes y matorrales que yacían en el pasado bajo las calles y los templos de la Urbe, sino que había hecho con él alianza contra los itálicos y había mandado en su compañía a su propio hijo Palante con las tropas de socorro; al cual, casi en las primicias de sus armas, lo había matado Turno, llenando de tierno luto el libro X de la *Eneida,* y le había arrebatado el hermoso cinturón ornado de bolas de oro que llevaba.

TURNO HABÍA MATADO EN EL LIBRO X A PALANTE, ENVIADO COMO ALIADO DE ENEAS POR SU PADRE EVANDRO EN EL LIBRO VIII

Pues bien, es precisamente al ver aquel cinturón con sus bolas de oro sobre el cuerpo de Turno derribado y suplicante cuando la ira justiciera hierve al fin en el pecho de Eneas con la bastante furia para hacerle descargar el golpe de gracia sobre el enemigo, al tiempo que le advierte todavía:

LA ESPADA DE ENEAS SE CLAVA EN TURNO EN ACTO DE JUSTICIA

Palante con esta espada, Palante,
él es quien te inmola;

con lo cual la espada se hunde, el vasto cuerpo se estremece en las últimas convulsiones, y el ánima de Turno

fugit indignata sub umbras;

que son las últimas palabras de la *Eneida.*

NECESIDAD DE CULPA PERSONAL (EN EL CULPABLE): FALTA DE CULPA PERSONAL (EN EL AJUSTICIADOR Y SACERDOTE)

Nótese, pues la nitidez con que está en esa última escena declarada la contradicción que es el meollo de la guerra y de la justicia toda: es necesario, por un lado, que en el reo la inculpación personal aparezca visible, como una mancha, para que el brazo del varón justo (que no casualmente se ofrece la equiparación entre el *pius Aeneas* y el varón justo de la Biblia, del que no hace muchos años el director I. Bergman en la peor, aunque no la menos hermosa, de sus películas nos presentaba una hiriente incorporación) se mueva al fin; por otro lado, en el ajusticiador mismo se borra inmediatamente la posibilidad de inculpación personal del acto, se le reduce a la condición de verdugo, de mero instrumento de la Justicia («no soy yo, sino tu culpa, lo que se sirve de esta espada»), y por si fuera poco, se añade en aquel pasaje la fórmula *inmolar,* que identifica al guerrero y ajusticiador con el sacerdote, el ser que ha dejado que el sitio de su alma de contradicción lo ocupe el mandato claro del espíritu del Orden, del Señor que avanza seguro por la derecha vía.

ADECUACIÓN DEL PERSONAJE DE ENEAS COMO REPRESENTACIÓN DE ROMA

Para una entidad política, como Roma, cargada de destino, destinada a dar al mundo una forma nueva, nacida de la sumisión de todos los pueblos por la guerra a la práctica de la Justicia, no resultaría Eneas, en efecto, mal representante, si no fuera que tenía que pasar para nacer por las manos de un poeta triste. Al biógrafo le toca, por su parte, imaginar

cómo había Virgilio mismo de debatirse entre la identificación y la contradicción con el héroe que había elegido o que se le había impuesto.

Y Virgilio, que tan enamorado estaba de las tierras italianas, las semigalas del Po y las semigrecas del Mediodía, que ni siquiera pudo vivir en la Urbe mucho tiempo y prefirió pasar los últimos años como los primeros por las regiones de Italia, que había prometido en las *Geórgicas* (II 13-15)

VIRGILIO, ENAMORADO DE LAS TIERRAS ITALIANAS,

fundaré en la verde llanada un templo de mármol
cabe del agua, en donde en lentos recodos inmenso
yerra el Mincio y reteje de tierna caña la orilla,

y que legó su cuerpo, con un epitafio, según la tradición, a Parténope, la vieja Nápoles, que hasta era un poco, si cupiera el anacronismo, nacionalista de Italia, como se nos apunta en las *laudes Italiae* (*Geórgicas* II 136-76), que con tanto esmero hubo de estudiar durante años los datos arqueológicos que le permitieran la evocación de los pueblos itálicos primitivos en la segunda parte de la *Eneida,* no podía menos de ser sensible a lo que la construcción de la unidad y del Imperio significaba de destrucción de tantos nombres y riquezas.

ESTUDIOSO DE LOS PUEBLOS ITALIOTAS,

¿Había entonces de ser él al mismo tiempo quien cumpliera el papel de propagandista del destino de Roma y de la política de Augusto? Y en el centro de su templo de mármol ¿había de grabarse la faz, si no del César, al menos de Eneas como trasunto suyo?

CONDENADO A SER PROPAGANDISTA DE ROMA Y DE AUGUSTO

Ni hay tampoco por qué negar (que ni

RECONOCIMIENTO DE LA TACHA DE EXALTACIÓN Y DE PARCIALIDAD EN LA *ENEIDA*

el amor nos manda a costa de cualquier cosa salvar a Virgilio de la vergüenza) que hay en la *Eneida* efectivamente, y tan frecuentes como el justo tedio de los lectores lo denuncia (pues no se puede servir al Señor sin ofender el arte) pasajes verdaderamente exaltatorios de Roma y su destino, de la empresa de Eneas y de la de Augusto: las repetidas profecías que al héroe se le hacen de un Futuro glorioso; la poco imparcial glorificación de las gentes y aliados de Eneas en la segunda parte, parcialidad de la que apenas es una corrección y penitencia el tierno tratamiento de la amazona Camila y de su muerte en el libro XI; y tal vez el más lamentable y descarado de esos pasajes exaltatorios, aquél en que se glorifica la

EL EJEMPLO DE LA GLORIFICACIÓN DE LA MUERTE DE NISO Y EURÍALO

muerte de los dos jovenzuelos Niso y Euríalo, muertos voluntarios para una expedición de enlace del campo troyano con Eneas pasando por entre los enemigos, y a los cuales, después de haberlos hecho nacer y morir tan brevemente, se les apostrofa:

¡Venturosos ambos! Y si algo puede mi canto,
nada habrá que os quite la vida jamás del recuerdo,
mientras la casa de Eneas la inmoble peña domine
del Capitolio y retenga el poder el Padre romano.
(*Eneida* IX 445-48)

Pero en fin, acosado así Virgilio entre sus más arraigadas querencias o enamoramientos y el destino de poeta imperial que se le imponía, bien puede imaginarse cómo de ambiguo había de ser su sentimiento ante la empresa que cantaba, la fundación de la Nueva Troya y la edifica-

LA AMBIGUEDAD DEL ÁNIMO DE VIRGILIO ANTE LA IDEA DEL IMPERIO, REFLEJADA EN SU HÉROE, EL MÁS INDECISO Y EL MÁS DECIDIDO

ción de la Idea del Imperio. Y es justamente esa ambigüedad la que está reflejada en aquella peculiar psicología de su héroe, el más indeciso al mismo tiempo que el más decidido de los héroes de la épica, psicología que puede hacerles parecer a los lectores que, según como se mire, Eneas no tiene alma o es un alma pura.

CORRESPONDENCIA ENTRE LA ESCENA FINAL DE LA *ENEIDA* Y OTRA DEL LIBRO VI

Ya por cierto en la primera parte del poema, donde Eneas había venido navegando de las costas del Africa a Sicilia y de Sicilia a Cumas y le había narrado a Didó sus anteriores navegaciones desde Troya y la noche de la caída de Troya misma, había aparecido en el libro VI otra escena reveladora de esa ambigüedad del personaje que hace de contrapunto con aquélla de la muerte de Turno que rememorábamos al final del libro XII.

INTERMEDIO SOBRE LA TÉCNICA DEL POEMA INSEPARABLE DE SUS INTENCIONES

Pero será tal vez oportuno que antes, a propósito de ese contrapunto de las escenas, nos detengamos aquí un poco a considerar un aspecto bastante técnico y aun arquitectónico del arte del poema; pues no sería justo hablar demasiado separadamente de sentimientos y personajes por un lado, de arte por el otro, como si ambas cosas pudieran separarse.

Es ello que el punto acaso más alto, y en todo caso punto clave de la técnica virgiliana (siendo en esto Virgilio culminación de lo que era un cuidado general de la poesía helenística o literaria) está en la construcción; que llamamos adrede «construcción»: pues, al pasar de la poesía a la literatura, lo que eran costumbres de retorno rítmico en la recitación o el

EL ARTE DE VIRGILIO COMO CONSTRUCCIÓN. EL RITMO DE LA POESÍA ORAL Y LAS ESTRUCTURAS VISUALES DE LA ESCRITA

canto quedan congeladas en fórmulas de construcción arquitectónica (el ritmo, reducido a libro, no puede menos de resultar también en una estructura visual), y aun se desarrollan en la literatura estructuras y correlaciones entre partes que apenas habrían sido eficaces ni practicables en la poesía viva.

PROCEDIMIENTOS DE ALTERNANCIA EN LA *ENEIDA*, LAS *GEÓRGICAS* Y LAS *BUCÓLICAS*

Es así que no sólo encontramos procedimientos de alternancia, especialmente perceptibles en el decurso de la *Eneida:* alternancia sobre todo entre pasajes de narración rápida o saltuaria y otros de narración lenta o demorada; alternancia también entre tintes sucesivos de *páthos* o sentimientos y de, por así decir, colores; como también, en las *Geórgicas,* alternancia entre momentos de elocución y consejo práctico con momentos de evocación; y llega la alternancia a regir la construcción de la obra entera, como se ha hecho notar para la de las églogas pares y nones de las *Bucólicas,* para la de los libros pares y nones de la *Eneida.*

ESTRUCTURAS CONCÉNTRICAS ENTRECRUZÁNDOSE CON LAS ALTERNANTES

Pero encontramos también, implicándose con la alternancia, estructuras de simetría más compleja: por ejemplo, así como es fácil reconocer que el libro de las églogas tiene, además de la alternante, una disposición concéntrica, formando, por el tema y el estilo, correspondencias dos a dos (1/9, 2/8, 3/7, 4/6, quedando fuera la central, 5, y la final, 10), así también los episodios de la *Eneida* (no precisamente los libros; pues el corte de fin de libro está también aritificiosamente puesto a veces de modo que interrumpa los episodios) se corresponden entre sí, aten-

diendo a sucesos, personajes o tonos análogos de la narración, de tal manera que se combinan los siguientes tipos de estructura: aparte (*a*) de la alternancia simple mencionada, (*b*) la disposición en díptico, de los seis primeros libros frente a los otros seis (de los que es tópico que sean respectivamente la *Odisea* y la *Ilíada* de Virgilio); (*c*) dentro de cada una de las mitades (aproximadamente en I-V y en VII-XI), una cierta organización concéntrica de los episodios; y (*d*) una organización que enlaza episodios correlativos de la primera parte con otros de la segunda. Sin que todo ello obligue a pensar en una planificación previa por parte del poeta, sino sencillamente en la manera en que el cuasi-instinto rítmico de la audición o tiempo se traduce por sí mismo en estructuras cuando la poesía pasa a la escritura.

COMBINACIÓN DE CUATRO ESQUEMAS DE DISPOSICIÓN Y CORRESPONDENCIA DE EPISODIOS EN LA *ENEIDA*

Pues bien, es así como íbamos diciendo que había un pasaje del libro VI que se corresponde en algún modo con el de la muerte de Turno en el XII y nos completa la visión de Eneas: aquel del libro VI en que, a lo largo de su viaje por el reino de las sombras, ve cruzar, entre las heroínas que han muerto por amor, el ánima de Didó, la que al final del libro IV se había suicidado sobre su pira al ver alejarse sigilosamente las naves del troyano, que empujado —al menos en la noble convención épica— por el viento de su destino, la dejaba sola con su amor. Recuérdese aquí lo que pasa ahora entre el héroe y la sombra de la amante:

LA MUERTE DE TURNO AL FINAL DEL L. XII Y EL PASO DEL ÁNIMA DE DIDÓ DELANTE DEL HÉROE EN EL L. VI

fresca su herida, Didó la fenicia
iba en el vasto bosque sin rumbo. El noble troyano,

de que a su lado paró y la reconoció entre tinieblas
entrenublosa (como el que, al entrar el mes, asomando
ve o piensa que vió por entre nubes la luna),
lágrimas derramó, y con dulce amor le decía:
«Ah, infeliz Didó, así pués ¿fue cierta la nueva
que de tu fin me llegó y que segaste a hierro tu vida?
Causa yo de muerte te fui. Por los dioses lo juro,
por las estrellas, o fe la que haya aquí bajo tierra,
mal de mi grado, reina, me separé de tu costa;
pero mandato del cielo, que entre estas sombras me fuerza
hoy a cruzar mohoso abrojal y noche sin fondo,
bajo su ley me arrastró. Ni nunca pude creerlo
que a un tan gran dolor con mi partida te hundía.
Ah, tu paso detén; no te huyas así de mis ojos.
Huyes ¿de quién? Por mi sino es la última vez que te hablo».
Tal de su voz Eneas al ánima ardiente y su torvo
ceño queía ablandar y moverla a llanto quería.
Ella al suelo los ojos tenía a un lado clavados,
ni de la voz que se alza su rostro un punto se turba
más que si roca estuviera allí o si escollo de mármol.
Quítase al fin de ante él, y huyó a esconderse enemiga
en la sombrosa selva, donde el esposo primero
paga su amor con amor y a su fe Siqueo responde.
Pero Eneas aún, del azar maljusto aturdido,
lejos la sigue con llanto y se duele al verla alejarse.
Torna de allí al camino fijado.

EL HÉROE, REPETIDAMENTE MALPARADO ANTE EL AMOR

De la manera en que queda el héroe malparado ante el insoluble trance del amor ya nos había el poema dejado ver otros ejemplos: uno cuando final del libro II (735-94) ha de contar él mismo cómo hubo de renunciar a buscar a su mujer Creúsa, perdida entre la noche y el incendio, renuncia a la cual, no sin muchos gritos de llamada, vueltas atrás y lágrimas, sólo pudo llegar cuando la sombra de Creúsa misma se le aparece para ani-

EL ABANDONO DE CREÜSA EN EL L. II

marlo a ello; otro en el libro IV, el de los amores con Didó misma, cuando una y otra vez ha de bajar Mercurio a amonestarle que recuerde su destino y el reino que le espera, para que se decida a abandonar Cartago y a su reina, y al fin, ante el ímpetu desatado del amor de ella, abandonarla a traición, pero especialmente cuando a él mismo se le hace explicar su decisión (que no es sino obediencia a la orden de los dioses) en el parlamento de IV 333-61, que termina fatídicamente (como si tampoco Virgilio hubiera sabido bien cómo rematarlo) con el verso trunco *Italiam non sponte sequor:* «no por mi voluntad». Pero tal vez de la manera más cruda se desvela la actitud del héroe en el pasaje citado del libro VI, en el reino de la muerte, adonde la inflexible obediencia de Eneas ha arrojado a Didó, como su espada arrojará al fin del poema al ánima de Turno: pues allí se acumulan las sugerencias sobre el alma contradictoria del pío Eneas, ya en sus palabras (el «Causa yo», el precioso «Huyes ¿de quién?»), ya por los hechos (aquel verla «entrenublosa» como a la luna nueva, aquel pararse un momento y pasar de largo del ánima, aquel «se duele de ella» seguido inmediatamente por la continuación del rumbo que le está trazado), ya sobre todo por el despiadado contraste entre las palabras, justificaciones y lágrimas de Eneas con la soberbia indiferencia y silencio de Didó, todo lo cual tiene el efecto de dejar los gestos y palabras del hombre de la acción en un vacío desolado.

EL ABANDONO DE DIDÓ, POR OBEDIENCIA A LOS DIOSES, EN EL L. IV

CULMINACIÓN DE LA DESOLACIÓN DE ENEAS ANTE EL AMOR EN LA ESCENA DEL L. VI

Encontramos, pues, bien de relieve la

LA OBEDIENCIA A LOS HADOS Y LA NECESIDAD DE JUSTIFICACIÓN

contradicción insuperable que señalábamos como característica del alma de Eneas: por un lado, la acción perfectamente justificada, en cuanto necessaria o fruto de unos hados ineludibles, y junto a ella, sin embargo, el ansia irreprimible de justificación que obliga a hablar al héroe ante Didó muerta, sobre Turno moribundo.

LA PIEDAD DESPIADADA

Y, dominados como estamos nosotros tan profundamente por la creencia en el alma, en los resortes interiores, temperamentales o pasionales, de las acciones, puede antojársenos Eneas por su propia piedad —mera reverencia y obediencia de niño bueno o de buen hijo— extrañamente frío y despiadado, desalmado en suma. Pero más ha de extrañarnos, si bien miramos, la frialdad despiadada de Virgilio mismo para con su héroe, a quien, pese a aquellos momentos de glorificación forzosa o de Eneas en persona o más bien de su obra futura, de Roma y el Imperio, así nos lo ha entregado en sus versos abandonándolo al soplo del destino, sin concederle más justificaciones que aquéllas, tan ineficaces, que el propio héroe pronuncie por su boca.

LA FRIALDAD DE VIRGILIO PARA CON SU HÉROE

Ello es que esa relativa frialdad virgiliana (relativa en cuanto estorbada por la necesidad glorificadora), esa ambigua frialdad no hace sino querer restaurar en su versión literaria una característica general de la poesía épica de antaño, quizá la más esencial de ella; a saber: aquella objetividad o desprendimiento, libre de todo juicio, de censura ni alabanza, con que se presentan las acciones de los hé

EN RELACIÓN CON LA TRADICIÓN DE OBJETIVIDAD DE LA EPOPEYA

roes y los dioses y entre las acciones igualmente se reproducen sus palabras; y ese desprendimiento o falta de juicio paradójicamente, según apuntaba Th. W. Adorno en su ensayo «De la ingenuidad épica» (trad. esp. en *Notas de Literatura,* Madrid, 1962) y nosotros mismos debatíamos en 'Los títeres de la epopeya' (*Estudios Clásicos* VII, 1963), constituye la fuerza crítica de la épica. En la medida que la poesía, por no haberse escrito todavía, no tiene conciencia de su función, en la misma ejerce su función con una soltura y puntualidad análogas a aquéllas con que se mueve el brazo y el corazón de Aquiles mismo, que igualmente carece de conciencia de su alma.

PERO LA *ENEIDA* NO PUEDE SER SINO UNA RECREACIÓN LITERARIA DE LA POESÍA ÉPICA, COMO EL POEMA DE APOLONIO O LAS ÉPICAS MODERNAS

Pero en los tiempos de Virgilio la épica, como venimos indicando, está muerta o, con el resto de la poesía, afectada de esa su enfermedad crónica y estabilizada que es la literatura; y la *Eneida* por tanto no es sino una recreación literaria del género, como lo eran los *Argonautica* de Apolonio de Rodas (fl. hacia 240 a.J.), que en parte le sirvieron a Virgilio de modelo, sobre todo los amores de Medea y Jasón para los de Didó y Eneas en el libro IV de la *Eneida,* o como volverían a serlo en la Edad Moderna *Os Lusiadas* o la *Franciada* o la *Araucana,* por no señalar muchas de las más descaradamente serviles y conscientes de su función glorificadora o del héroe o de la Patria.

Así que, si confrontamos la *Eneida* con la *Iliada* (siendo y todo nuestra *Iliada* la fijación escrita en que termina la tradición épica oral), no podremos reconocer

NO PUEDE EN LA *ENEIDA* ENCONTRARSE LA INGENUIDAD DE LA *ILIADA*, QUE ERA TAMBIÉN LA DE UN HÉROE COMO AQUILES

en ella aquella misma ingenuidad y libertad, aquella desnudez o transparencia, que era seguramente el secreto de los tiempos en que la épica vivía, en que el aedo, un artesano independiente, no debía ya pleitesía a los señores del pasado, ni ya tampoco a los dioses mismos, y en que, según los ojos del niño de don Antonio Machado lo veían, era «Aquiles el más fuerte, porque era/el más fuerte», sino que a lo más que podrá alcanzar la sensibilidad de Virgilio y su laboriosidad será a contrahacer una figura consciente, literaria, de aquella voz de los aedos, donde Eneas, para ser el más fuerte, tendrá que ser un representante del Estado y del Futuro, así como su poeta estaba sometido al Orden del Estado, no tanto por vivir a costa de Augusto o de Mecenas como por el hecho mismo de que la poesía nacía ya sometida a la escritura.

PESE AL ESFUERZO DE VIRGILIO, ENEAS NO PODÍA SER UN HÉROE ÉPICO NI LA EPOPEYA SUBSISTIR EN LA LITERATURA

Puede, pues, que se les antoje a los lectores de literatura (y propiamente de novelas) que el héroe de la *Eneida* falla como hombre; pero hay en esto algo más hondamente conmovedor para nosotros, y es que en el fracaso de Eneas como personaje nos ha dejado Virgilio el símbolo del fracaso de la épica para subsistir como poesía; fracaso tanto más conmovedor cuanto que los trabajos de Virgilio en el intento no hubieron de ser menores que los de Eneas en sus navegaciones y sus guerras ni menor la seriedad del poeta que la del héroe en el empeño.

Trabajo espantable y propiamente sobrehumano el de resucitar en la literatura la epopeya, en el cual se decidía a meterse

Virgilio en aquel año 29 a.J. no sin cierta conciencia de ello, si hemos de creer a la noticia que Macrobio nos transmite de que él mismo decía que se lanzaba a la épica *paene uitio mentis,* esto es, casi como atacado de una especie de enajenación mental, según decimos ahora con un eufemismo bastante revelador. Voy a rememorar los principales precedentes de los intentos en sentido semejante que en latín se habían dado.

EL TRABAJO ESPANTABLE Y LA LOCURA DE VIRGILIO AL QUERER RESUCITAR LA EPOPEYA

Livio Andronico, un esclavo griego traído de Tarento, había traducido en saturnios la *Odisea,* dando así comienzo, significativamente, con el arte mismo de la traducción, a la literatura latina, esto es, a la primera literatura desprendida de la lengua originaria de la literatura, y por ende a todas las futuras literaturas. Luego Nevio había referido, en el mismo viejo verso todavía «de los vates y los faunos», los sucesos de su tiempo, de la primera guerra púnica; y esa épica periodística, por así decir, no era por cierto una épica en el sentido homérico, sino ya desde su nacimiento un género literario, que se había intentado en griego desde la era de los libros, que se volvería a intentar alguna vez durante la República romana, y al que Lucano volvería después de Virgilio para narrar la guerra de Julio César contra la República y su general Pompeyo. En la generación siguiente a la de Nevio, Enio, el empeñoso adaptador del hexámetro al latín (y del latín al hexámetro, en la medida que desde la escritura, esto es, desde «arriba», se puede configurar una lengua hablada) había con sus *Ana-*

SUMARIO DE LOS INTENTOS ANTERIORES DE POESÍA ÉPICA EN LATÍN: LA TRADUCCIÓN DE ANDRONICO; LA ÉPICA ANALÍSTICA O HISTÓRICA DE NEVIO, ENIO O LUCANO; EL EPILIO ALEJANDRINO

les intentado una especie de historia en verso, que, igual que las crónicas en prosa, se volvía más dilatada y noticiosa a medida que se alejaba de los orígenes en el mito y se acercaba a la actualidad, una estructura del tiempo ya se ve cuán profundamente extraña al arte épico de Homero, por más que éste se le apareciera en sueños a Enio para anunciarle que, por el intermedio de las doctrinas pitagóricas, se había él reencarnado en el propio Enio. Por otra parte, estaba el epilio o poemilla épico (de alrededor de los 500 versos, esto es, del tamaño de un *liber* más o menos), que era también un género literario y helenístico, que habían cultivado deleitosamente los llamados 'poetas nuevos' en la generación anterior a la de Virgilio, Catulo entre ellos, del que nos queda un ejemplo, y Virgilio mismo, con aquellos de su juventud conservados en la *Apéndice* y con el de Aristeo-Orfeo en que se perdían las *Geórgicas*. En suma, como se ve, nada que representara propiamente la construcción en latín de una epopeya al modo de las homéricas.

EN NINGÚN CASO SE HABÍA INTENTADO PROPIAMENTE UNA EPOPEYA HOMÉRICA

LA RESTAURACIÓN AUGÚSTEA EXIGÍA ESA GRANDEZA: EXIGENCIA VISIBLE EN LAS DISCULPAS DE HORACIO Y EN LAS DE LAS *BUCÓLICAS*

Pero he aquí que la restauración augústea necesitaba, al parecer, nada menos que una resurrección de la antigua y verdadera epopeya para cantar la gloria de la nueva era en que estaba la historia romana terminando, aunque hubiera de ser, por un resto de pudor en el poeta, reflejada esa gloria en la gloria prehistórica de Roma.

La presión del ambiente, como se dice, para que alguna obra en ese sentido se produjera, se venía haciendo sentir, al

menos en los medios cercanos a la corte y sus oficinas, de tiempo atrás imperiosamente: una vez y otra oímos a Horacio a lo largo de sus líricas disculparse ágilmente de no tener aliento, como poeta menor que es, para emprender esfuerzos semejantes (aunque a lo que él más bien se sentía comprometido parece que era a componer poemas de exaltación de las hazañas contemporáneas de sus señores y patronos, para lo cual le importunaba insidiosamente el modelo de Píndaro y la lírica coral del tiempo de los tiranos), y así también se había excusado Virgilio mismo ante Varo de no emprender semejantes cantos en el preludio de la VI égloga y en el de la VIII; pero al fin había de dejarse arrastrar su genio a la necesidad de «venir a llenar ese vacío», como se dice funestamente de los libros que aparecen previstos por su tiempo. Y tan evidente era para todo el mundo lo que tenía que ser la epopeya de Virgilio que, apenas habiéndose empezado a hacer públicos algunos de los fragmentos compuestos, en el año 26 a.J., ya Propercio, uno de los poetas augústeos de la generación más joven, lo saludaba en una de sus elegías (II 34,66) como un clásico: «Algo mayor que la Iliada está naciendo».

APENAS EMPEZADA A PUBLICAR, PROPERCIO SALUDA LA *ENEIDA* COMO «ALGO MÁS GRANDE QUE LA *ILÍADA*»

En esa obediencia a su destino, en ese loco y descomunal trabajo consumió Virgilio los últimos años de su vida, con aquella fe en el poder del esfuerzo humano (recuérdese el pasaje de *Geórgicas* I 145s. citado arriba), que él sabía impuesto por la condena de los hombres a la historia, pero que más de una vez debió

LA FE DE VIRGILIO EN EL ESFUERZO, Y SU VIDA CONSUMIDA EN ESE TRABAJO DESCOMUNAL

de ocurrírsele para fortalecerle en sus penas poéticas que acaso pudiera vencer las leyes de la historia misma y con ellas las del arte: *labor omnia uicit/improbus*. Para que tenga el lector, siquiera sea por encima, alguna idea de lo que era ese trabajo de producción de una *Eneida*, le presento aquí en pocos trazos —y muy artificiosamente, por supuesto— una comparación entre la tarea de aquel desconocido que llamamos tradicionalmente Homero y la que emprendía en plena historia nuestro Virgilio.

CÓMO EL COMPOSITOR DE LA *ILÍADA* CONTABA, COMO MATERIA DE SU ARTE, CON LA TRADICIÓN ORAL DE LOS AEDOS

El compositor de la *Ilíada* aparece a las postrimerías de una larga tradición oral en que los aedos han ido inventando y redondeando en el correr de boca en boca una larga serie de baladas —por aplicar un término de la épica oral europea moderna— sobre personajes y asuntos más o menos relacionados entre sí; y han puesto con ello en juego toda una artillería de fórmulas poéticas y de artimañas de eficacia bien probada sobre numerosos auditorios. El compositor de la *Ilíada* entonces, de toda esa rica cosecha de recitados, cantos y tradiciones, respiga y agavilla a su sabor; esto es, que escoge de todo ello cuanto le parece que, con vistas a una vasta unidad (algo como para recitar seguido un día entero) puede ser útil, y lo enlaza con los mecanismos y la libertad que de la misma tradición de los aedos aprendiera. Y el uso de las viejas fórmulas no hace sino cobrar en el nuevo conjunto una doble resonancia emotiva, la que en las viejas rapsodias de por sí tenían más la emoción que en la nueva gran

rapsodia les da el sonar como citas de la tradición.

Pues bien, la situación de quien, como Virgilio, debe componer una epopeya literaria, en plena edad histórica, es casi justamente en más de un sentido inversa: aquí lo que se tiene para empezar son, por así decir, antes que el huevo, la cáscara, los moldes: el argumento de la leyenda por un lado, y por otro los esquemas de composición que en las escuelas helenísticas se enseñan (el método de las comparaciones épicas, la técnica de los parlamentos o de los mensajes, la de la descripción de los relieves de un escudo o de una puerta, la recomendación de no seguir el hilo cronológico, sino empezar entrando *in medias res* la narración), y lo que hay que hacer es llenar de algo esas estructuras previas, argumentales o metódicas. Y ese algo, rota desde siglos atrás la tradición épica, no lo hay en ningún sitio (salvo que se resigne uno a reproducir antiguas epopeyas, como haría Estacio, o a seguir la Historia de los historiadores, como habían hecho Enio y recientemente Varrón Atacino y luego Lucano o Silio Itálico, o bien se resuelva uno por un nuevo género, la rapsodia mitográfica o colección de mitos literariamente registrados, como las *Metamorfosis* de Ovidio y los *Dionysiaca* de Nonno, ninguna de las cuales cosas era la obra que a Virgilio se le pedía), de modo que hay que elaborar ese algo a partir de los textos literarios y las leyendas etiológicas (ya algunos autores helenísticos habían desarrollado una especie de prehistoria glori-

Y CÓMO VIRGILIO, A LA INVERSA, NO TIENE SINO LOS MOLDES ARGUMENTALES O METÓDICOS Y NINGUNA MATERIA VIVA A QUE APLICARLOS

NECESIDAD DE SACAR DE LA LITERATURA Y DE LA HISTORIOGRAFÍA HELENÍSTICA GLORIFICADORA DE ROMA, Y DE LA PROPIA INVENTIVA DEL POETA

ficadora de Roma, con la leyenda de Eneas en el origen, según ya aparece en la *Alexandra* de Licofrón acaso a mediados del siglo III a.J.), del estudio, por así decir, arqueológico de los sitios y las instituciones, y en fin, de la propia inventiva personal del escritor.

INVENCIÓN DE MUCHEDUMBRES DE GUERREROS Y DE DIOSES, DE GENEALOGÍAS Y DE NOMBRES

Tenía Virgilio que sacar de la nada (o casi) las muchedumbres de guerreros y personajes secundarios, incluído un nuevo Olimpo de dioses acomodado al caso, tenía que amasarlos con una cierta figura, descubrirles sus genealogías, descubrir incluso sus nombres (algunos de troyanos, tomándolos de Homero y los poetas; los demás y casi todos los itálicos, trayéndolos de oscuras tradiciones locales o fingiendo con alguna deformación fonémica epónimos de los apellidos nobles contemporáneos, empezando por el del hijo de Eneas, Ascanio, llamando Iulo, o sin más, creándolos por capricho, si cupiera crear un nombre por capricho). Y, por no prolongar la lista, debía incluso, por pura fidelidad a la gracia homérica, tratar de recrear en la literatura, aunque no pudiera ser sino en escasa medida y con vacilaciones, el sistema de las fórmulas épicas repetitivas, de las piezas de hexámetro montadas; para cuyo efecto, no estando el poeta encaramado sobre tradición poética viva alguna, no quedaba sino procurar que el decurso mismo del poema constituyera su propia tradición; y ay, seguramente un rey, por grande que sea, no hace dinastía.

RECREACIÓN DE FÓRMULAS ÉPICAS REPETITIVAS, HACIENDO EL POEMA SU PROPIA TRADICIÓN

Que Virgilio no quedara nunca satisfecho del fruto de ese *labor improbus* no

dice sino mucho bien de su honradez y sensibilidad. Mas, como no es cosa de recaer en distinciones de fondo y forma, conste aquí sin más que la insatisfacción virgiliana no podía referirse exclusivamente a cuestiones de arte y pulimento, como vergüenza de artesano que no quiere entregar al mundo su obra si no es tras la última mano y con el acabado que se le antoja definitivo: más bien la insatisfacción tenía igualmente que referirse a la imposibilidad en que el poeta augústeo se veía, al cumplir con las leyes de su tiempo y de su señor, de cumplir cabalmente con aquella ley de la poesía épica, de la objetividad o ingenuidad, a que arriba nos referíamos. Y no puede separarse lo uno de lo otro, por más que sospechemos que lo directamente sensible para Virgilio había de ser la deficiencia técnica y apenas podía tener sino una oscura conciencia de la ley más honda que infringía: pues esa ley de algún modo se me aparece inextricablemente enlazada por mil sutiles modos con los mecanismos técnicos de la composición, de cuyas dificultades acabo de poner algún ejemplo.

LA INSATISFACCIÓN DE VIRGILIO CON SU OBRA, REFERIDA VISIBLEMENTE A LAS DIFICULTADES TÉCNICAS, PERO A TRAVÉS DE ELLAS A LA IMPOSIBILIDAD DE LA INGENUIDAD ÉPICA

Ello es que, como es sabido, sorprendido por la muerte a vueltas de su trabajo con la *Eneida,* dispuso Virgilio en su testamento que se quemara el texto que de ella dejaba escrito; y aun parece que durante los últimos días de su enfermedad había él mismo pedido varias veces, para destruirlos, los *scrinia* en que se guardaban los originales; a tanto hubo de llegar también la impiedad del poeta para con su obra.

EL TESTAMENTO DESPIADADO DE VIRGILIO SOBRE LA QUEMA DE LA *ENEIDA*

COLACIÓN CON EL CASO DE KAFKA: LA IMPOSIBILIDAD DE ACABAR SATISFACTORIAMENTE LA OBRA, SÍMBOLO DE LA IMPOSIBILIDAD DE NARRAR LO QUE HA PASADO

Más cerca de nuestros años, recuerdo que otro narrador, Fr. Kafka, había de dejar la misma disposición testamentaria respecto de sus escritos, entre ellos los textos de sus grandes novelas inacabadas. Y semejantes testamentos despiadados como estos de Kafka o de Virgilio no deberían pasar sin reflexión: pues a buen seguro que no se trata sólo de una insatisfacción con la propia obra y un pesar por su falta de acabado (como si fuera accidental que no hubieran podido acabarse antes de la muerte), sino que esa imposibilidad misma de acabar se convierte en acto simbólico de una desesperanza respecto a la literatura en general, respecto a que sea posible una épica literaria, que sea posible contar pura y simplemente por escrito lo que ha pasado; cuando tal vez lo que se deseaba sugerir, en contra de la proclamación diaria de los noticieros de la corte o de la prensa, es que —por citar una frase del propio Kafka en sus *Diarios*— «no ha pasado nada».

AUGUSTO MISMO SE APODERA DE LA *ENEIDA* Y ORDENA SU EDICIÓN

En todo caso, tampoco el testamento de Virgilio se cumpliría. ¿Cómo podía dejar perderse aquel logro, aun incompleto que fuera, el viejo Augusto, que tan insistentemente solía en los últimos años escribirle al poeta reclamándole algunos pasajes concluidos o siquiera fragmentos de la *Eneida?* Augusto mismo tomó los manuscritos bajo su mano, y encargó de la edición a Vario y Tuca, con la recomendación —parece— de que podían ocasionalmente suprimir del texto (como se nos refiere que hicieron con la escena de Hélena del Libro II 567-88, que al fin

se nos ha conservado sin embargo), pero jamás añadir nada.

Y así se publicó la *Eneida* en una edición de cuya fidelidad nos dan testimonio los múltiples hexámetros truncos que a lo largo del texto nos encontramos. Pues se ve que Virgilio iba componiendo acá y allá por pasajes sueltos, que a veces no abarcaban un número de versos justo, como era propio de la técnica del hexámetro, no sólo la literaria, sino ya la homérica, en que la discoincidencia entre las unidades métricas y las sintácticas es parte principal del juego. Así nos quedan esos huecos en el decurso de cuando en cuando como ventanas abiertas a nuestras preguntas: ¿qué habría añadido aquí? ¿cómo habría enlazado al fin lo uno con lo otro? Y sin embargo, en nada impidió la manquedad del poema ni lo trunco de sus versos que, apenas hecha pública, quedara la *Eneida* fijada como clásica y modelo de epopeya literaria para tantos siglos.

LOS HEXÁMETROS TRUNCOS, TESTIMONIO DE LA FIDELIDAD DE LA EDICIÓN

LO CUAL NO IMPIDIÓ QUE LA *ENEIDA* QUEDARA INMEDIATAMENTE COMO CLÁSICO Y MODELO

Pero entre tanto Virgilio, aquella boca tan briosamente domada al freno de los hexámetros, estaba ya callada. Consumido por la enfermedad de la poesía y por la suya, que era una misma, por su consunción interior y la descomunal empresa en que llevaba más de once años trabajando, se había embarcado, según se nos cuenta para hacer un viaje de tres años por la Hélade, pero en Atenas se encontró con Augusto mismo, como quien dice con el Destino, que lo convenció de que se volviera con él a Italia; cayó enfermo en Mégaros, empeoró sin duda en la travesía, y

MUERE VIRGILIO A LA VUELTA DE SU VIAJE A GRECIA, CONSUMIDO POR LA ENFERMEDAD DE LA POESÍA Y SUYA

murió poco después de desembarcar en Brindis el 20 de septiembre del año 19 antes de Cristo. La resistencia, pues que había llegado a pasar de los cincuenta años, había sido bastante larga; pero el arte al fin, al parecer, más largo que la vida.

VIRGILIO, PRIVADO DE AMOR POR LA ENFERMEDAD Y EL ARTE

Y era el arte también o su enfermedad o los dos juntos lo que le había privado a Virgilio del amor, según parece por nuestras noticias. Apenas nos ha llegado, en efecto, alguna sobre amores de Virgilio, en las que suelen ser tan generosos los biógrafos o escoliastas antiguos en lo tocante a los poetas: compárense los casos de Lucrecio y de Catulo, muertos de amor en algún modo unos treinta años antes, o el de Horacio mismo, con los múltiples y promiscuos enamoramientos que en sus líricas parecen reflejarse, por no hablar de los de Tibulo, Propercio, Ovidio, cuyas elegías habrán de ser, según la convención del género, referencia de los amores del poeta.

ESCASOS RUMORES SOBRE AMORES DE VIRGILIO

De Virgilio, por el contrario, sólo nos han quedado algunos rumores, poco ciertos ni fundados, sobre amoríos homosexuales o sobre la relación con Plocia Hieria, amante de su gran amigo Vario, la cual sin embargo en su vejez contaba que Vario había invitado al poeta *ad communionem sui,* al disfrute de su amor en común, pero que él había rehusado con mucha tenacidad; y junto con ello tenemos las noticias de que se le distinguía por su especial pudor y continente virginal, que le había valido como mote el nombre griego *parthénos,* 'doncella'; y

aun es posible que las modificaciones de su nombre en la tradición (*Virgilio, Virgile, Virgil*) no sucedieran sin un influjo del nombre latino correspondiente, *uirgo*.

VIRGILIO VIRGINAL

Y con todo eso, cómo a lo largo de los versos de Virgilio fluye y hierve el conocimiento del amor; que será tal vez un conocimiento sacado de los amores de otro que podrá incluso sospecharse en algunos casos que sea amor aprendido en los libros de Teócrito o de Apolonio de Rodas; pero no obstante.

PERO CONOCIMIENTO DEL AMOR EN LOS POEMAS

Así, en la égloga VIII, Damón el jovencillo, quejándose de que dan a casar con otro a la amante de su niñez, y rememorando:

Yo en el nuestro vergel con rocío cogiendo manzanas
(yo os guiaba) te vi con tu madre a ti de pequeña.
Ya iba yo por mi año doceno entonces entrando:
ya del suelo podía alcanzar las frágiles ramas.
Verte y morir: te vi y me perdí en tan mal extravío.

(*Buc.* VIII 37-41)

Donde el fervor poético del último verso está más que nada en cómo, al traducir (pues aquí está traduciendo literalmente de uno de los *Idilios* de Teócrito), lo ha hecho con violencia de la sintaxis latina: *ut uidi, ut perii:* una violencia más expresiva del dolorido sentir que cualquier figura.

EL FERVOR ERÓTICO A TRAVÉS DE LAS IMITACIONES DE TEÓCRITO (*BUC.* VIII Y II)

Y así también amor ajeno aquel otro de la égloga II: pues nadie pensará (y menos sabiendo que también aquí se está traduciendo de la querella en Teócrito del Ciclope a Galatea) en una identificación de nuestro biografiado con ese viejo y

rústico Coridón que, aplanado bajo el sol del mediodía de Sicilia, cantaba al par de las roncas cigarras los desdenes del hermoso Alexis, encanto de su rico amo, y herido le enumeraba sus propias riquezas en su soledad:

Mil corderas el monte en Sicilia apacienta por mías;
leche fresca a mi casa en estío ni falta en el frío.

(*Buc.* II 21s)

Y aun, en el vano intento de persuadir al niño, se vuelve sobre sus propias gracias despreciadas:

Feo ni tanto lo soy: me he visto ayer en la costa,
que de la brisa yacía sereno el mar.

(*ib.* 25 s.)

EL AMOR DE MUJER; LA FURIA DE DIDÓ EN *EN.* IV

Y luego, aquel otro amor grande y también ajeno, no ya en cuanto aprendido en parte en el de Medea por Jasón en Apolonio Rodio, sino lo primero en cuanto amor de mujer enteramente (nunca tan pasivo el componente masculino de la pareja, y nunca más fielmente descrita la furia del amor de mujer, esto es, la cara femenina de la condenación de amor), el de Didó la cartaginesa por Eneas, naciente desde el final del libro I de la *Eneida,* llenando todo el IV y terminándose en los estallidos del odio al fugitivo del amor:

«¿Disimular pensabas aún, ah pérfido, crimen
tanto, y así de callada alejarte ya de mi tierra?
¿Ya ni nuestro amor o la mano que dabas un día
no te retiene o Didó y de la negra herida que muera?»

(*En.* IV 305-08)

«¿Tú huyes de mí?»

(314)

«ni ya te retengo ni más discuto razones.
Ve tras Italia, a los vientos, tu reino a buscar por las olas.
Cierto, en medio de escollos, si pueden algo los cielos,
has de tragar —lo espero— tu pena y mil veces llamarla
por su nombre a Didó. Con negros fuegos ausente.
te he de seguir».

(380-84)

«Ah cielos, ¿va a irse
él, y se habrá un forastero de mi corona burlado?»

(590 s.)

«¡Ea,
pronto, fuego traed, dad armas, ponéos al remo!
¿Qué hablo? O ¿dónde estoy? Mi razón ¿qué furia la muda?
Infeliz Didó, su impiedad ¿ahora te hiere?»

(593-96)

«Morir sin venganza,
pero morir. Así, así quiero hundirme en las sombras.
Que esta hoguera en los ojos de la alta mar se le hinque
al troyano, y que lleve de mí este agüero de muerte».

(659-62)

RETÓRICA Y AMOR

No de los libros tan sólo podía haber aprendido del deleite y penas de amor quien así sabía dejar temblar las llamas de la retórica, sino más bien del amor mismo, y si no de los suyos, mejor de los de otros, de los de

quienquiera que amores
ya de dulces los tema o ya los sufra de amargos.

(*Buc.* III 109 s.)

EL AMOR DE SU AMIGO GALO; LA TRISTEZA Y EL ARTIFICIO DE LA X BUCÓLICA

Y todavía otro amor ajeno de Virgilio rememoremos: pues cuándo poeta ha referido con tanta ternura y discernimiento el amor de un amigo como se hace en la égloga X con el de Galo (aquel ilustre desventurado en política y en amor, aquél de quien se dice que fue el creador del nuevo género amatorio de Primera Persona, la elegía romana), el amor de Galo abandonado por su amante, una actriz que ha huido, al parecer, con un oficial del ejército hacia los puestos de frontera de la Recia o la Germania; que no se sabría decir si es en la égloga el delicado arte quien amansa la pasión del amigo triste o si es la dulce tristeza de la pasión lo que alcanza a dominar la artificiosidad de la composición alejandrina; cuando yace Galo lamentoso y van acudiendo a llorar con él y consolarlo los árboles, las peñas y las fuentes, las ovejas de los rebaños;

va el mayoral también, los porqueros tardos vinieron;
de la bellota iverniza llegó mojado Menalcas:
todos «¿De dónde ese amor?» le preguntan. Apolo venía:
«Galo,» le dice «¿a qué loquear?»: tu tormento Licóride
entre nevadas y rudos cuarteles se ha ido con otro».

(*Buc.* X 19-23)

Y al fin se le hace hablar a Galo con tanta desolación y gracia:

«Lejos tú de tu tierra (¿que tenga yo que creerlo?)
ves, dura tú, de los Alpes la nieve y del Rin las heladas
sola sin mí. ¡Ah, no, no te hagan daño los fríos!
¡Ah, que tus tiernas plantas no hiera el áspero hielo!»

(*ib.* 46-49)

Todos, pues, amores infortunados en Virgilio, naturalmente (puesto que *il n'y a pas d'amour heureux*), y además todos seguramente amores ajenos de Virgilio mismo. Y sin embargo de lo infortunado, y sin embargo de lo ajeno, todavía tenía que proclamar Virgilio, acaso como fidelidad a su educación epicúrea y tal como lo proclama también Lucrecio en el poema que se dice que componía en las intermitencias de su locura de amor, todavía Virgilio tenía que proclamar también la pretensión del amor de los hombres a su condición natural, a confundirse con el efluvio venturoso de las flores abiertas y de la piel en celo de los animales: me refiero sobre todo a aquel pasaje de las *Geórgicas* (III 209-285) en que, tratando de los cuidados recomendables para economizar las fuerzas de los toros o los caballos en la época del celo, rompe en una digresión a pregonar el poder del amor, que arrastra a todos los seres vivos, que enflaquece y enbravece a los toros de la vacada, a los jabalíes de los montes, a la leona de la Libia, que lleva a través de montes y barrancos a las yeguas enfurecidas, y que asimismo mueve al joven Leandro a atravesar cada noche el Helesponto a nado para visitar a su amada Heró: así, confundidos en el mismo torrente arrebatado los hombres y mujeres con todas las otras plantas y animales, *amor omnibus idem* (III 244).

LOS AMORES EN LA POESÍA DE VIRGILIO, TODOS INFORTUNADOS Y AJENOS

PERO AÚN PROCLAMA, COMO LUCRECIO, NATURAL COMO EL DE LOS ANIMALES EL AMOR DE LOS HOMBRES

Amor para todos el mismo.



Transformaciones de la figura de Virgilio a lo largo de la Edad Media (aquí como escolar en una estatua del palacio ducal de Mántua de hacia 1215), hasta aflorar, bajo una visión no ya tradicional, sino reconstructiva, a los tiempos de la nueva burguesía y de la Historia (aquí, laureado y con toga, en la copia, de 1499, de un proyecto de Andrea Mantegna para un monumento al poeta) (v. pp. 44-48).



BIBLIOGRAFIA

La literatura sobre Virgilio es naturalmente inmensa, y por otro lado, gracias a los repertorios que la van periódicamente registrando y ante todo el de *L'Année Philologique,* una noticia bastante completa de ella está a la mano del lector. Alguna selección y ordenación se le ofrece ya en la *Römische Litteraturgeschichte* de M. Schanz y sus continuadores en el «Manual I. Müller» y en los otros grandes tratados de Literatura Latina. Para los últimos decenios pueden serle útiles reseñas críticas como las siguientes:

1) G.E. Duckworth: *Recent Work on Vergil, 1940-56*; «The Virgilian Society» New Hampshire, 1958.-Id. *Id., 1957-63,* ib. 1964.
2) *Wege zu Vergil, drei Jahrzehnte Begegnungen in Dichtung und Wissenschaft,* ed. por H. Oppermann, Darmstadt, 1966.
3) M. Squillanti: «Su alcuni recenti studi Virgiliani». *Bol. Stud. Lat.* (Nápoles) II (1972), pp. 266-77.

Hay también, a la otra punta de esto que sigue llamándose Occidente, una revista consagrada al poeta:

4) *Vergilius:* «The Vergilian Society of America». Vancouver, Univ. of British Columbia,

que revisa periódicamente las publicaciones pertinentes, así en el n.° XVIII (1972), pp. 16-30, una «Vergilian bibliography, 1971-72», por A.G. McKay.

Me limito pues en lo que sigue a ofrecer al lector más bien una especie de paisaje de la crítica, investigación y comentario en torno a Virgilio y a sus obras, atendiendo, por un lado, a dejar recuerdo de las obras más notables o vivas de otros tiempos, a dar, por otro, noticia algo más abundante de las más recientes, y a ofrecer, en fin, para el

debido contraste y prolongación del estudio, aquéllas que me parecen más representativas de las que se refieren a los puntos que más notoriamente se suscitan en la «Biografía» y los tres libros traducidos que aquí presento; pero no me asiste ningún criterio muy determinado, y habrá sin duda en la lista irregularidades y omisiones considerables. Me disculpo además de que, en mis actuales condiciones, no me es muy asequible un conocimiento sobre la marcha de los trabajos en España acerca de estos temas, una falta que al lector le será fácil remediar acudiendo a las publicaciones especializadas del país.

De las ediciones críticas de «todo Virgilio» hoy en uso recordaré como fundamental la de:

5) O. Ribbek, col. Teubneriana, Leipzig, 1866-95, en reimpresión a partir de 1966, con su volumen de *Prolegomena crítica,* ib. 1866, 467 pp. con planchas paleográficas.

Entre las más recientes, están a la mano del lector las de:

6) G. Janell, col. Teubneriana, 1920.

7) Fr. Klingner: *Bucolica, Georgica, Aeneis,* Zürich-Stuttgart, 1967, con trad. alemana.

8) A. Hirtzel, col. Oxoniense, Oxford, 1900, sucedida en la misma colección por la de R.A.B. Mynors, 1969.

9) R. Sabbadini, Roma, 1930, que aportó una minuciosa colación de nuevos manuscritos.

10) M. Geymonat, col. Paraviana, Turín, 1973.

Aparte de las ediciones de diversas obras o libros en la col. «Budé» de la Société «Les belles lettres», con traducción francesa, en la col. «Bernat Metge», de Barcelona, con traducción catalana, y otras colecciones escolares.

La edición de los comentarios atribuidos al gramático Servio y otros comentaristas antiguos la hizo:

11) G. Thilo: *Serui grammatici quae feruntur in Vergilii carmina commentarii,* Leipzig, 1881-87 (reimpresa por partes de 1923 a 1961), completada por la de H. Hagen, *Appendix Seruiana ceteros praeter Seruium et scholia Bernensia Vergilii commentatores continens,* ib., 1902.

Y una nueva edición está en marcha:

12) *Seruianorum in Vergilii carmina commentariorum editio Harvardiana* (vol. II, Eneida I-II, en 1936, continuado en Oxford, 1965, con el vol. III Eneida III-V) por varios editores.

Sobre el valor y relaciones mutuas de estos comentadores hay numerosos estudios, de los que cito:

13) E. Thomas: *Essai sur Servius et son commentaire sur Virgile,* tesis doct., París, 1879, con una tabla general de los escolios antiguos y recientes.

14) G. Funaioli: *Esegesi vergiliana antica,* Milán, 1940.

Citaré también por curiosidad, entre las viejas ediciones modernas, las de:

15) A. de Nebrija, con *ecphrases,* en dos vols., Granada, 1545-46.

16) *P. Vergili Maronis opera quae quidem extant omnia cum... commentariis Tb. Donati et Servi Honorati, quibus accesserunt etiam Probi grammatici, Pomponii Sabini... Joan. Ludovici Vivis...*, Basilea, 1575.

Y la que fue quizá la de más éxito hasta el siglo pasado:

17) *P. Virgilii Maronis Bucolica et Georgica, argumentis, explicationibus et notis illustrata a Ioanne de la Cerda Toletano,* Madrid, 1608, *...et Aeneis,* ib. 1617, con numerosas reediciones en Europa.

En cuanto a traducciones a lenguas españolas (cfr. nos. 71-75), muchas son las que se han sucedido a partir de la de la *Eneida* por don Enrique de Villena, que debe de ser la primera, y de la que no sé en este momento si se ha hecho edición moderna. Entre ellas recuerdo un poco al azar, de los siglos XVI-XVII, las de Juan de Guzmán, las de Fray Luis de León, la *Eneida* en octavas de Guzmán Hernández de Velasco; parte de éstas, junto con otras varias en prosa y verso, están reunidas en la obra

18) *P. Virgilii Maronis Opera omnia... todas las obras de Publio Virgilio Marón ilustradas con varias interpretaciones y notas en lengua castellana,* editadas por Juan-Antonio Mayáns y Siscar, Valencia, 1795, 5 volúmenes.

La de Juan de Guzmán es la traducción castellana que se incluía en las *Geórgicas* en seis lenguas:

19) *Georgica... hexaglotta,* e typ. G. Nicol, Londres, 1827.

Recordaré también las de Tomás de Iriarte (Madrid, 1787, en endecasílabos asonantes), Miguel-Antonio Caro (Eneida en octavas reales, Madrid, 1879), Ventura de la Vega (en endecasílabos blancos).

Entre las traducciones en prosa más en uso en los últimos tiempos citaré la de Lorenzo Riber, reeditada recientemente, como:

20) *Virgilio. Obras completas.* Trad. de L. Riber, con intr. de René Acuña, y bibliografía, Méjico, 1964;

y también, entre otras varias,

21) *Virgilio. Obras completas.* Trad., estudio preliminar y notas de Emilio Gómez de Miguel, Madrid, 1961.

22) *Id.* Trad. en verso castellano de A. Espinosa Pólit, Méjico, 1961.

Hay asimismo varias traducciones al catalán, entre las más recientes las de Miguel Dolç; y de las gallegas recordaré:

23) *Os catro libros das Xeorxicas, verquidos a lingoa galega,* por A. Gómez Ledo, Santiago de Compostela, 1964.

En fin, a título de curiosidad, el uno por incluir el «Virgilio» de Sainte-Beuve, el otro por las cuatro planchas de Apeles Mestres, menciono estos dos libros:

24) *Obras de Virgilio. Estudio crítico de Sainte-Beuve.* Versión castellana de Manuel Machado, París, «Garnier», 1914.

25) *La Eneida* traducida en verso libre castellano por Antonio Guiteras con dibujos de Apeles Mestres. Libros I, II, III, IV, Barcelona, 1885.

Para el estudio general de Virgilio y de su obra, hay que contar ante todo como fuente valiosa con el artículo de la *REPW:*

26) «P. Vergilius» en la *Paulys Real-Encyclopädie der class. Altertumswissenchaft* (continuada por Wissowa, Kroll, Ziegler...), 2.ª serie, 15 y 16 Halbband (1958), cols. 1021-1486, por K. Büchner, con un apéndice de E. Mehl sobre «Die Leichenspiele in der Aeneis als Turngeschichtliche Quelle», cols., 1487-93, y seguido del artículo «Vergilsportäts», por W.H. Cross, cols. 1493-1506.

Entre los artículos de enciclopedias menores y más recientes, sirve como buena introducción:

27) «Virgil» en el *Oxford classical Dictionary* (2.ª ed., 1970), por C.G. Hardie.

De los muchos libros sobre la poesía virgiliana citaré los siguientes:

28) A.M. Guillemin: *Virgile poète, artiste et penseur,* París, 1951 (la segunda parte, consagrada a las *Geórgicas*).

29) E. Paratore: *Virgilio,* Florencia, 1954.

30) R.D. Williams: *Virgil,* Oxord, 1967.

31) D.R. Dudley: *Virgil,* Londres, 1969.

En cuanto al estudio de la persona, hay que tener lo primero cuenta de las *Vitae* antiguas, cuya edición fundamental es la de:

32) J. Brummer, Leipzig, 1912; 2.ª ed. 1933,

y que pueden leerse en ediciones más recientes, como la de:

33) C.G. Hardie, en los «Oxford clasical texts», 1954, así como en la de K. Bayer (1958) o incluidas en la ed. de la *Eneida* de Heimeran (cfr. n.º 132).

Una buena revisión de las cuestiones biográgicas fue la de:

34) T. Frank: «What do we know about Vergil?« *Classical Journal.* XXVI (1930), 3-11.

Y entre las «Vidas» modernas citaremos la del mismo:

35) T. Frank: *Vergil. A Biography,* N. Y., 1922, reeditada en 1964;

junto con algunas obras interesantes por lo que toca a la persona del poeta, sus circunstancias históricas y sociales:

36) C.A. Sainte-Beuve: *Etude sur Virgile,* París, 1857 (sobre todo en torno a los temas de la *Eneida*) (cfr. n.º 24).

37) W. Y. Sellar: *The Roman poets of the Augustean age. Virgil,* Oxford, 1877.

38) A. Bellessort: *Virgile, son oeuvre et son temps,* París, 1920.

39) K. Büchner: *P. Vergilius Maro, der Dichter der Römer,* Stuttgart, 1956 (cfr. n.º 26).

40) P. Fabri: *Virgilio poeta sociale e politico,* Milán, 1929.

41) J. Bayet: «L'expérience sociale de Virgile», *Deucalion,* 1947, 197-214.

42) R. Pichon: «Virgile et César». *Revue d'Etudes Anciennes.* XIX (1917), 193-98.

43) J. Perret: *Virgile, l'homme et l'oeuvre,* París, 1952; 2.ª ed. revisada, 1965. Y el *Virgile* del mismo en la colección «Ecrivains de toujours», París, 1959.

44) J.P. Brisson: *Virgile, son temps et le notre,* París, 1961.

Y también, por lo que toca a la «herencia» o «mensaje» de Virgilio para nosotros (cfr. los nos. 64 y 65), con visión cristiana, el conocido libro de:

45) Th. Haecker: *Vergil, Vater des Abendlands,* Leipzig, 1931 (hay ed. española), reeditado junto con «Schönheit, ein Versuch» y «Metaphysik des fühlens», más un «Theodor Haecker», por Cl. Bauer, en Munich, 1967.

De las colecciones de ensayos de autores diversos en torno de Virgilio, me limito a citar, entre las recientes:

46) *Virgil, a study in civilized poetry,* ed. por B. Otis, Oxford, 1963.

47) *Virgil, a collection of critical essays,* ed por St. Commanger, Prentice-Hall, 1966.

48) *Vergiliana, Recherches sur Virgile,* ed. por H. Bardon y R. Verdière, Leiden, 1971.

49) *Virgil,* ed. por D.R. Dudley, Londres, 1969.

Y como muestra de las numerosas publicaciones surgidas con motivo del bimilenario:

50) *Il bimillenario di Virgilio a Milano,* pres. de G. Galbiati y G. Mazza, Milán, 1931.

Añado algunos estudios generales sobre la poesía de Virgilio: 51, para la relación con sus modelos; 52, para la contraposición de su actitud con la de Horacio; 53, con la idea de que el poeta a lo largo de su obra pasa de una cierta idealidad a un cierto realismo, que culmina en la figura de Eneas como representante de la nación romana; 54, como muestra (con muy minucioso registro de los datos) de los estudios sobre las sonoridades de su poesía:

51) A.M. Guillemin: *Etude sur la méthode littéraire antique,* París, 1931.

52) Th. Halter: *Vergil und Horaz, zu einer Antinomie der Erlebensform,* Berna y Munich, 1970.

53) M.C.J. Putnam: «The Virgilian achievement». *Arethusa.* V, (1972), 53-70.

54) F.X.M.J. Roiron, s.i.: *Etude sur l'imagination auditive de Virgile,* tesis, París, 1908.

Y un par de libros sobre la religión virgiliana:

55) C. Bailey: *Religion in Virgil,* Oxford, 1935.

56) P. Boyancé: *La religion de Virgile,* París, 1963.

Junto a los cuales, un estudio del poeta como encantador, y dos de los más recientes entre los numerosos que descubren en los poemas una cierta magia de números y ciertas influencias pitagóricas (cfr. t. n.° 148):

57) M. Desport: *L'incantation virgilienne, essai sur les mythes du poète enchanteur et leur influence dans l'oeuvre de Virgile.* Burdeos, 1952.

58) E.L. Brown: *Numeri Vergiliani, studies in «Eclogues» and «Georgics»,* Bruselas, 1963.

59) J. Lallermart-Maron: «Architecture et philosophie dans l'oeuvre virgilienne», *Euphrosyne* (Lisboa), 1972, 447-55.

Sobre la tradición literaria griega y latina en Virgilio, aparte lo que haya en las obras generales ya citadas, añado los siguientes trabajos especiales: sobre la tradición griega,

60) Fr. Klingner: «Virgil. Griechische Einflüsse» en los *Entretiens sur l'antiquité classique* (Fondation Hardt) II (*L'influence grecque sur la poésie latine de Catulle à Ovide*) 131-55, 1953, recogido también en los *Studien zur griech, und römischen Literatur,* Zürich y Stuttgart, 1964.

Sobre Cicerón como maestro principal de estilo para Virgilio:

61) E. Fränkel: «Vergil und Cicero». *Atti e Memorie della R. Acad. Virgiliana di Mantova,* XIX (1926), 217-27.

Y los siguientes sobre relación con la poesía latina republicana:

62) S. Stabryla: *Latin tragedy in Virgil's poetry* (= *Krakowie Prace Kom. Filol. klas.* X), Wroclaw, 1970.

62 bis) M. Wigodsky: *Vergil and early Latin poetry* (= *Hermes Einzelschr.* XXIV), Wiesbaden, 1972.

63) H. Klepl: *Lukrez und Vergil in ihren Lehrgedichten,* Leipzig, 1940.

Para la fortuna de la obra y figura de Virgilio en la Edad Media, sigue siendo la obra fundamental:

64) D. Comparetti: *Virgilio nel Medio Evo,* Livorno, 1872, 2 vols.; 2.ª ed. 1896. «Nuova edizione a cura de Giorgio Pasquali», Florencia, 1937-41, 2 vols.; otra, *ib.* 1943-55.

Enteramente consagrado a «Virgilio nel Medio Evo» está el tomo:

65) *Studi Medievali* V (1932).

Por lo demás, mucho interesante a este propósito puede sacarse del libro de E.R. Curtius *Europäische Literatur und lateinisches Mittelalter* (del que hay traducción española). Ignoro si se ha hecho estudio especial sobre las apariciones del mago Virgilio en los autores castellanos (Juan Ruiz, *La Celestina*) y el romance, muchas veces reimpreso, «Mandó el Rey prender Virgilios / y a buen recaudo poner». Véase también sobre el tema:

66) J.W. Spargo: *Virgil the Necromancer, Studies in Virgilian legends,* Cambridge (Mass.), 1943.

Y para la fortuna de Virgilio desde la alta Edad Media hasta Dante:

67) P. Renucci: *Dante disciple et juge du monde greco-latin,* París, 1954; y del mismo, *L'aventure de l'humanisme européen au Moyen Age,* París, 1953.

En cuanto a la influencia de la poesía virgiliana, en primer lugar sobre la conformación de las inscripciones poéticas del Imperio,

68) R.P. Hoogma: *Der Einfluss Vergils auf die Carmina Latina Epigraphica, eine Studie mit besonderer Bericksichtigung der metrisch-technischen Grundsätze der Entlehnung,* Amsterdam, 1959.

Y para la influencia en los poetas italianos:

69) V. Zabughin: *Vergilio nel Rinascimento italiano, da Dante a Torquato Tasso.* Bolonia, 1923.

70) H. Knittel: *Vergil bei Dante, Beobachtungen zur Nachwirkung des sechste Aneisbuches,* Diss., Freiburg, 1971.

Para influencias y traducciones en español, puede verse:

71) M. Menéndez Pelayo: «Traductores de las Eglogas y Geórgicas de Virgilio» en *P. Virg. Mar. Egl. y Georg... traducidas en verso castellano por F.M. Hidalgo y M.A. Caro,* Madrid, 1884; id., «traductores españoles de la Eneida, apuntes bibliográficos» en *P. Virg. Mar. La Eneida* id., Madrid, 1879. Recogidos ambos trabajos en la *Bibliografía hispano-latina clásica,* Santander, 1950-53.

72) M.A. Caro: «Virgilio en España». *El Repertorio colombiano* III (1879), 35-58, 150-209, 276-94, con tabla de traducciones españolas e hispanoamericanas en orden cronológico. (Cfr. nos. 18-25.)

73) A. Marasso: *Cervantes y Virgilio,* Buenos Aires, 1937.

74) M.J. Bayo: *Virgilio y la pastoral española del Renacimiento,* Madrid, 1959.

75) J. Echave Sustaeta: *Virgilio y nosotros. El libro de Troya, estudio, texto y versión. Virgilio en España; el tema troyano,* Barcelona, 1964.

Pasando ahora a los estudios particulares sobre las obras, en primer lugar los poemillas de la *Appendix Vergiliana* pueden leerse en ediciones conjuntas (entre otras muchas de las piezas por separado) como:

76) *Appendix Vergiliana* de los «Oxford classical texts», ed. de R. Ellis, 1907, sucedida por la de W.V. Clausen, F.R.D. Goodyear, E.J. Kerney, J.A. Richmond, 1966.

77) *Id.,* edición paraviana, por A. Salvatore, 2 vols., Turín, 1957.

Y para las cuestiones que ellos suscitan, y que giran mayormente en torno a la de si deben, según la tradición antigua para los más de ellos, o no atribuirse a Virgilio (generalmente, en el primer caso, a un Virgilio joven y más o menos en la escuela neotérica o de Catulo; aunque no así en alguna ocasión, como el n.º 81, que coloca la *Ciris* entre las *Geórg.* y la *En.*), sigue siendo interesante

78) A. Rostagni: *Virgilio minore, saggio sullo svolgimento della poesía virgiliana,* Turín, 1933, 2.ª ed. Roma, 1961.

Y de la predominante discordia de los resultados de los análisis recientes (p. ej., en n.º 79 se descubren tres manos bien distintas para el *Culex,* la *Ciris* y el *Aetna,*, y en n.º 82 los ecos catulianos se estiman compatibles con la autoría virgiliana del *Catalepton*, la *Ciris* y el *Culex*) pueden dar una idea algunos trabajos como los siguientes:

79) M. d'Eufemia: «Alcune osservazioni sui carmi dello Pseudo-Virgilio». *Rivista di cultura classica e medievale* (Roma) XIV (1972), 122-31.

80) *Ciris. Authenticité, hist. du texte, éd. et comm. crit.,* por D. Knecht (= *Publ. Fac. Lettr. Univ. de Gand* CL), Brujas, 1970.

81) A. Salvatore: «Ancora sulla Ciris e Virgilio». *Vichiana Rassegna di Studi classici* (Nápoles) I (1972), 68-101.

82) «Catullus und Virgil». *Proceedings of the Virgil Society* (Londres, King's College) XI (1971), 25-47.

Entre las ediciones comentadas de las *Bucólicas* que pueden ser más asequibles y útiles al lector, mencionaré las de:

83) A. Tovar: *Eglogas de Virgilio,* Madrid, 1935.

84) E. de Saint-Denis, col. «Budé», nueva edición revisada, París, 1967.

85) L. Castiglione-R. Sabbadini, col., paraviana, Turín, 1945.

86) H. Holtorf: Munich, 1959.

87) J. Perret, col. «Erasme», París, 1961, 2.ª ed. 1970.

De los estudios generales sobre el libro, recordaré algunas de las obras clásicas y alguna de las más recientes:

88) A. Cartault: *Etude sur les Bucoliques de Virgile,* París, 1897 (útil sobre todo para las relaciones con Teócrito).

89) G. Rohde: *De Vergilii eclogarum forma et indole* (= *Klassich-philologische Studien.* Heft 5), Berlín, 1925; reeditado en *Studien und Interpretationen,* Berlín, 1963, 11-70.

90) H.J. Rose: *The eclogues of Vergil,* 1942.

91) G. Stégen: *Etude sur cinq bucoliques de Virgile* (1, 2, 4, 5, 7), Namur, 1955, y *Commentaire sur cinq buc. de Virg.* (3, 6, 8, 9, 10), Namur, 1957.

92) E.A. Schmidt: *Poetische reflexion. Vergils Bukokik,* Munich, 1972.

Y también, entre las que se fijan sobre todo en el carácter de «poesía pastoril» de las *Buc.* o las toman como ejemplo para el entendimiento de ese género poético:

93) J. Duchemin: *La Houlette et la lyre, recherche sur les origines pastorales de la poésie,* t. I, París, 1960.

94) V. Pöschl: *Die Hirtendichtung Virgils,* Heidelberg, 1964.

95) M.C.J. Putnam: *Virgil's pastoral art, studies in the Eclogues,* Princeton Univ. Press. 1970.

96) B. Snell: «Arkadien, die Entdeckung einer geistigen Landschaft». *Antike und Abendlad* I (1945), 26-41.

Algunos estudios más particulares, sobre la función del espacio en las *Buc.* (n.º 97), sobre el progreso de Virg. sobre Teócrito en el procedimiento bucólico de usar los sitios y objetos como indicadores de los estados de ánimo (n.º 98), sobre que el estilo *humiilis* de *las Buc.* no implica el uso del lenguaje vulgar y los vulgarismos están en la tradición neotérica (n.º 99):

97) M.A.M. Shaw: *Place in the Eclogues,* Diss. Univ. de Texas, Austin, 1971: sumario en los *Dissertations abstracts,* Ann Arbor, Mich., Univ. Microfilm, 292 A-293 A.

98) Z. Pavlovskis: «Man in a poetic landscape. Humanization of nature in Virgil's Eclogues» *Class. Phil.* LXVI (1971), 151-68».

99) P. Fedeli: «Sulla prima bucolica di Virgilio». *Giornale it. di Filol.* (Nápoles) XXIV (1972), 273-300.

Sobre los cantos amebeos o contiendas poéticas, he aquí dos estudios recientes con resultados bien distintos: en n.º 100 las atribuciones de la victoria a uno de los contendientes se deben (como se ve sobre todo cuando se innova sobre Teócrito) a la busca de contrastes y equilibrios en el libro de las *Buc.;* en n.º 101 la victoria se debe a la actitud frente al amor de cada contendiente.

100) O. Skutsch: «The singing matches in Virgil and Theocritus and the design of Virgil's book of Eclogues». *Bulletin of the Institute of class. studies. Univ. of London.* XVIII (1971), 26-29.

101) J.V.F. Waite. «The contests in Vergil's seventh Eclogue». *Class. Philol.* LXVII (1972), 121-23.

Otros estudios particulares sobre alguna de las églogas:

102) Fr. Klingner: «Virgils erste Ekloge», recogido en sus *Studien...* (v. n.º 60).

103) J. Veremans: *Eléments symboliques dans la III Bucolique de Virgile, essai d'interprétation* (= col. «Latomus» CIV), Bruselas, 1969.

104) E.A. Schmidt: «Poesia e politica nella nona egloga di Virgilio», *Maia* XXIV (1972), 99-119.

105) H.C. Rutledge: «The sensualist tenth Eclogue» *Vergilius* XVIII (1972), 2-9.

En fin, de la larga literatura sobre los misterios de la cuarta égloga y su interpretación cristiana recojo por ejemplo:

106) E. Norden: «Die Geburt des Kindes», Leipzig, 1924, recogido en *Kleine Schriften zum klass. Altertum,* Berlín, 1966.

107) W.Weber: *Der Prophet und sein Gott,* Leipzig 1925.

108) H. Jeanmaire: *Le messianisme de Virgile,* París, 1930.

109) J. Carcopino: *Virgile et le mystère de la IV égloque,* 2.ª ed. París, 1930.

110) P. Courcelle: «Les exégèses chrétiennes de la quatrième Eglogue». *Revue des Etudes Anciennes* LIX (1957), 294-319.

Para las *Geórgicas,* mencionaré, de las ediciones con traducción y comentario más recientes, las de:

111) E. de Saint-Denis, col. «Budé», 3.ª ed. París, 1963, 5.ª reimpr. 1968.

112) M. Dolç, col. «Bernat Metge». Barcelona, 1963.

De los estudios generales (cfr. n.º 28) sobre el libro, los de:

113) Fr. Klingner: *Virgils Georgica*, Zürich, 1963.

114) L.P. Wilkinson: *The «Georgics» of Virgil, a critical survey*, Cambridge, 1969.

K.H. Pridik: *Vergils Georgica, strukturalanalytische Interpretationen*, diss., Tübingen, 1971.

Sobre la relación del libro con la política del tiempo:

115) R.M. Wilhem: *The Georgics, a study of the emergence of Augustus as moderator rei publicae*, diss. Ohio Stat Univ.: sumario en los *Diss. Abstr.* (cfr. n.º 97) XXXII (1972), 6400 A-6401 A.

Los problemas de la intención didáctica que anima al poema (descripción del arte de sobrevivir contra las dificultades naturales: número 116), de la valoración del trabajo (n.º 117), y del sentido de la alabanza de la vida campesina (n.º 118) se tocan, entre otros, en los estudios de:

116) A. Parry: «The idea of art in Virgil's Georgics». *Arethusa* V (1972), 35-52.

117) A. Ruiz de Elvira: «El contenido ideológico del *labor omnia uicit*» *Cuad. de Filol. Clás.* (Madrid) III (1972), 9-33.

118) Fr. Klingner: «Uber das Lob des Landlebens in Virgils Georgica», recogido en sus *Studien* (v. n.º 60).

La investigación de las fuentes técnicas de las *Geórg.* la llevó a cabo cuidadosamente:

119) P. Jahn; para *Georg.*, IV 1-280, en «Aus Vergils Dichterwekstätte». *Philologus* LXIII (1904), 66-93.

Y el estudio de la influencia de Hesîodo (para la rel. con Lucrecio cfr. n.º 63):

120) A. La Penna, en el vol. *Hésiode et son influence* de los *Entretiens sur l'antiquité classique*, VII (1962).

Para la identificación de las plantas (cfr. nota al «Apéndice» del presente libro) puede ayudar:

121) E. Abbe: *The plants of Virgil's «Georgics»*, con numerosas xilografías, Nueva York, 1965.

Un estudio sobre los mitos, en:

122) W. Frentz: *Mythologisches in Vergils Georgica* (= *Beitr. zur klass. Philol.* XXI), 1967.

Y sobre las cuestiones de la doble redacción de las *Geórg.* (cf. n.º 128) y de la relación con Cornelio Galo:

123) J. Bayet: «Les premières Géorgiques de Virgile». *Revue de Philol.*, 1930.

124) F. Skutsch *Gallus und Vergil*, 1906.

En especial sobre el libro IV, los valores representativos o simbólicos del mundo de las abejas, y el mito de Eurídice y Orfeo, pueden verse:

125) H. Dahlmann: *Der Biennenstaat in Vergils Georgica* (=

Abhand. d. Akad. d. Wisensch. in Mainz, Geisteswiss. Kl., Heft 10), 1954.

126) D.E.W. Wormell: «Apibus quanta experientia parcis. Virgil Georgics IV, 1-227» en *Vergiliana* (v. n.º 48).

127) L. Herrmann: «Le quatrième livre des Géorgiques et les abeilles d'Actium». *Revue des Etudes Anciennes* XXXIII (1931), 219-24.

128) E. Norden: «Orpheus und Eurydice: ein nachtragliches Gedenkblatt für Vergil». *Sitzungber. der preuss. Akad. d. Wissensch.*, 1934, 626-83; recogido en *Kleine Schr.* (v. n.º 106) (Donde, de paso, no acepta que haya habido una primera redacción con la loa de Galo: cfr. nos. 123-124).

129) F. Moya del Baño: «Orfeo y Eurídice en el Culex y en las Geórgicas». *Cuad. de Filol. clás.* IV (1972), 187-211. (Que apunta que en la primera redacción, con la loa de Galo, las alusiones egipcias debieron de ser más importantes.)

De la *Eneida,* ediciones comentadas y asequibles son, entre otras:

130) La de la col. «Budé, 2 vols., texto de H. Goelzer y trad. de A. Bellessort.

131) La de la col. «Bernat Metge», comenzada nueva ed. a cargo de M. Dolç (I-III 1972).

132) *Virgil, Aenesis, und die Vergilviten,* por E. Heimeran, Munich, 1951.

133) *Virgil, Aeneid,* 2 vol., ed., intr. y notas de R.D. Williams, Londres, 1972-73.

De los estudios generales sobre el poema o sus relaciones con la política del tiempo, citaré, sobre todo entre los recientes:

134) W.A. Camps: *An introduction to Virgil's «Aeneid»,* Oxford, 1969.

135) E. Kraggerud *Aeneisstudien* (= *Symbolae Osloenses, Suppl.* XXII), Oslo, 1968.

136) K. Quinn: *Virgil's Aeneid, a critical description.* Londres, 1968.

137) A.J. Boyle: *The meaning of the Aeneid, a critical inquiry,* 1972. (El tema central es la relación entre individuo e imperio, y el libro VI la clave para esa interpretación.)

138) E. Norden: «Virgils Aeneis im Lichte ihrer Zeit». *Neue Jahrb. für das klass. Altertum* VII (1901): y del mismo «Ein Panegyrikus auf Augustus in Vergils Aeneis» (1909); ambos recogidos en sus *Kleine Schr.* (v. n.º 106).

Sobre la composición de la *En.*, su género literario y su arte épica, recordaré:

139) A.H.F. Thornton: «Why did Virgil compose a Homeric epic?» *Prudentia* (Univ. de Auckland, Nueva Zelanda) III (1971), 75-98.

140) M.M. Crump: *The growth of the Aeneid,* 1920.

141) Fr. J. Worstbrock: *Elemente einer Poetik der Aeneis, Untersuchungen zum Gattungsstil vergilianischer Epik,* Munich, 1963.

142) R. Heinze: *Vergils epische Technik,* Leipzig, 1903; 4.ª edición *ib.* 1928.

143) W.S. Anderson: *The art of the Aeneid,* Englewood Cliffs, N.J., 1969.

Y acerca de algunos otros aspectos del arte de la *Eneida:*

144) V. Pöschl: *Die Dichtkunst Virgils, Bild und Symbol in der Aeneis,* Wiesbaden, 1950 (trad. inglesa, *The art of Vergil,* Ann Arbor 1962). (Las imágenes como claves para la interpretación simbólica del poema).

145) J.P. Brisson: «Temps historique et temps mythique dans l'Enéide» en *Vergiliana* (v. n.º 48), 56-59.

146) M.C.J. Putnam: *The poetry of the Aeneid, four studies in imaginative unity and design,* Cambridge (Mass.), 1965.

147) R.A. Hornsby: *Patterns of action in the Aeneid, an interpretation of Vergil's epic similes.* Iowa City, 1970.

148) G.E. Duckworth: *Structural patterns and proportions in Vergil's Aeneid, a study in mathematical composition,* Ann Arbor, 1962 (cfr. nos. 58-59).

Para las relaciones con el modelo homérico por un lado y con Enio y la tradición épica romana por el otro, puede verse:

149) J. Wickert: «Homerisches und römisches im Kriegswesen der Aeneis». *Philologus* LXXXV (1930), 285-302-437-62.

150) G.N. Knauer: *Die Aeneis und Homer,* 1964.

151) H.A. Nehrkorn: «A homeric episode in Vergil's Aeneid». *American Journal of Philology* XCII (1971), 566-84. (El episodio de *Il.* V 239-470 retorna a lo largo de la *En.* como *leit-motiv* de la caracterización de Eneas.)

152) E. Norden: *Ennius und Vergilius, Kriegsbilder aus Roms grosser Zeit,* Leipzig-Berlín, 1915; reproducción: Stuttgart, 1966.

Para el mito histórico de los orígenes de Roma en Troya:

153) J. Perret: *Les origines de la légende troyenne de Rome* (281-31), París, 1942.

154) F. Bömer: *Rom und Troia* 1951.

Sobre el uso poético de los parajes y el tratamiento del mundo itálico primitivo.

155) P.G. van Wees: *Poetische Geographie in Vergilius' Aeneis,* Tilburg (Holanda), 1970.

156) A.G. McKay: *Vergil's Italy,* Greenwich (Conn.), N.Y., 1970.

157) G.K. Galinsky: *Aeneas, Sicily and Rome,* Princeton, 1969.

158) P. Couissin: «Virgile et l'Italie primitive». *Rev. de cours et conf.* XXXIII (1931-32), 1 y 2.

159) A. Montenegro Duque: *La onomástica de Virgilio y la antigüedad preitálica* I, Salamanca, 1949.

160) H.J. Schweizer: *Vergil und Italien, Interpretationen zu den italischen Gestalten der Aeneis,* Aarn, 1967.

161) W. Wimmel: *Hirtenkrieg und arkadisches Rom, Reduktions-*

medien in Virgilis Aeneis (= *Abh. Marburger Gelehrten Ges.*, 1972, 1), Munich, 1972).

En cuanto a la formación de la figura de Eneas (cfr. n.° 151), su etopeya, su *pietas* y su enfrentamiento con Didó, pueden leerse:

162) C. Hild: *La légende d'Enée avant Virgile,* París, 1883 (cfr. nos. 153-54).

163) G. Garsson: «The hero and fate in Vergil's Aeneid». *Eranos* XLIII (1945), 111-135. (La *pietas* de Eneas en relación con la virtud estoica.)

164) J.P. Brisson: «'Le pieux Enée'!». *Latomus* XXXI (1972), 379-412. (La *pietas* como virtud del héroe, que semejante a Augusto pacificador actúa por un orden en el mundo.)

165) K. McLeish: «Dido, Aeneas, and the concept of pietas», *Greece & Rome* (Oxford) XIX (1972), 127-35. (La traición a Didó pone de relieve el desarrollo de la *pietas* de Eneas en V y VI.)

Por lo demás, pueden leerse extractos de los pasajes referentes a Didó en:

166) A. Lebois: *Didon dans l'Eneide de Virgile,* Aviñón, 1969.

Y para la pervivencia medieval de su figura, pueden verse, entre algunas otras canciones de la colección, las lamentaciones de Didó en el n.° 100 de los *Carmina Burana.*

En fin, de los innumerables estudios particulares sobre libros o pasajes, recordaré algunos: para el libro II (caída de Troya y huída de Eneas; aquí también el motivo de arranque del *Laocoonte* de Lessing):

167) *Aeneidos liber secundus,* con comentario de R.G. Austin, Oxford, 1964.

168) C.E. Murgia: «More on the Helen episode» *California Stud. in class. Antiquity* IV (1971), 203-17. (Los vv. II 567-88 que tenemos, suprimido el pasaje en la edición de Vario y Tuca, serían obra de un imitador hábil, aunque profuso.)

Para la segunda parte de la *Eneida,* la «Iliada itálica»:

169) G. Binder: *Aeneas und Augustus, Interpretationen zum 8. Buch der Aeneis* (= *Beiträger zur klass. Philol.* XXXVIII), 1971.

170) M.A. Cesare: «Aeneid IX, the failure of strategy» *Riv. di studi class.* (Turín) XX (1972), 411-22. (Sobre la evidencia de la falta de razón de ser de la guerra épica.)

171) D.T. Stephens: «L'homme absurde», *Bull. de l'Assoc. Guill. Budé,* 1972, 157-68. (Sobre Turno tomando conciencia del caos en que le hunde su destino.)

Y para el libro VI (cfr. t. n.° 137), la organización del mundo subterráneo y la sobrevivencia de las ánimas, su repercusión en posteriores infiernos, neoplatónicos o cristianos (cfr. n.° 70) y el resto de sus temas, cito, junto al precioso comentario de Norden y una edición escolar, no más que un par de estudios:

172) *P. Virgilius Maro, Aeneis, Buch VI,* erkl. von E. Norden, Leipzig, 1903 (3.ª ed., *ib.*, 1927, 4.ª ed. 1957).

173) *Virgil, Aeneid VI,* intr. y com. de Sir Frank Fletcher, Oxford, 1941, reimpr. 1962.

174) F. Solmsen: «The world of the dead in book 6 of the Aeneid». *Classical Philology* (Chicago) LXVII (1972) 31-41. (No hay tres partes de los infiernos, sino dos, Tártaro y Elisio, cuyas escenas se equilibran.)

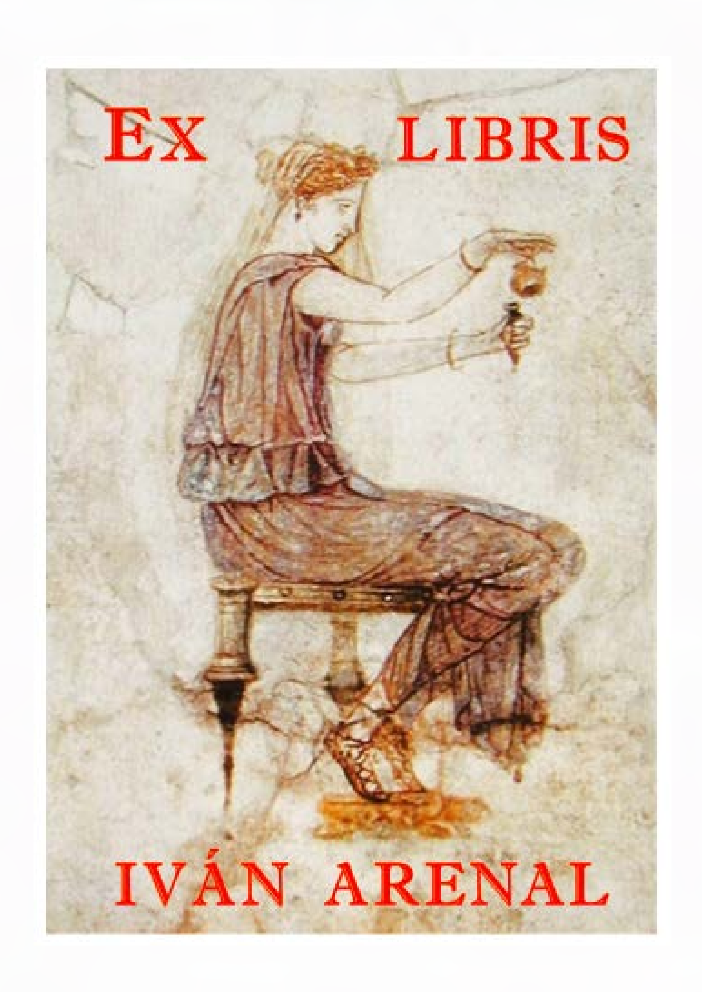
175) P. Courcelle: «Interprétations neóplatonisantes du livre VI de l'Enéide» en *Recherches sur la tradition platonicienne* (= *Entretiens sur l'Antiqu. class.* III), 1955, 93-136.

176) Id. «Les pères de l'Eglise devant les enfers virgiliens». *Archives d'hist. doctrinale et litt. du Moyen Age* XXX (1955), 5-74.



Había muerto Virgilio asistiendo a la «parálisis del tiempo» en la paz augústea (p. 43). En el monumento de esa paz, el *ara pacis Augustae,* desfilan el viejo Augusto y los personajes de su familia vestidos de la toga y de la dignidad tradicional reconstituida.

VERSIONES RITMICAS DE
LAS *BUCOLICAS,* LIBRO IV
DE LAS *GEORGICAS* Y
LIBRO VI DE *LA ENEIDA*





«... a Hécate a voces llamando, en cielo y Erebo reina» *(Eneida* VI 247). Hécate Trivia (de las encrucijadas de tres caminos), que viene por ello a ser la triple Hécate, es una de las apariciones de la divinidad femenina preolímpica, que bajo el orden de Zeus sigue administrando los misterios de la muerte.





Los relieves de esqueletos en las copas de vino y bajo guirnaldas de flores conviviales: «la angustia de la muerte late bajo las repetidas apremiantes invitaciones que los versos de Horacio nos hacen a vivir *[...]*, un tono de fúnebre alegría que habrá de generalizarse y vulgarizarse en el Imperio». «No caerá Virgilio en tan impudosa manifestación del amor y pena de la vida» (p. 62).

BUCOLICAS

I

Melibeo

Títiro, tú, al amparo
de la ancha haya acostado,
voz de Musas de bosque
en delgadas flautas ensayas.
Lindes nosotros del pueblo
y dulces surcos dejamos:
patria perdemos nosotros.
Tú, Títiro, lento, a la sombra,
«Linda Amarílide, linda»
a sonar enseñas al bosque.

Títiro

Ah Melibeo, un dios tal paz
nos la ha regalado.
Sí, que un dios para mí
será siempre aquél: sus altares
de mi redil teñirá a menudo
un tierno cordero.
Él vagar, como ves,
a mis vacas dejó, y a mí mismo
en campesina caña
enhilar los sones que quiera.

MELIBEO
No de cierto me duele tu bien:
me pasma; que todo
anda el campo revuelto.
Ve aquí, mis cabras doliente
tráigolas yo por delante;
aun ésta apenas la arrastro:
que entre el espeso avellano
recién mellizos que tuvo
—ay, esperanza del hato—
en pelada peña dejólos.
Más de una vez este mal,
si no anda el seso tan torpe,
lo predecía —me acuerdo—
del cielo herida la encina;
más de una vez la corneja
del hueco roble lo dijo.
Ah, pero en fin, ese dios
quién es, tú, Títiro, cuenta.

TÍTIRO
Ésa que llaman Roma
ciudad la creí, Melibeo,
necio de mí, semejante a la nuestra,
a donde solemos
tierna bajar a vender los pastores
cría de ovejas:
tal al perro parejo el cachorro,
el chivo a su madre
víalos yo, y parear a lo chico
lo grande solía.
Ah, pero ésta así saca cabeza
a las otras ciudades
cuanto del mimbreral perezoso
se ve a los cipreses.

MELIBEO
¿Y la razón tan fuerte
que a verte en Roma te trajo?

Títiro

Libertad: que, tardía,
aun así me miró en mi descuido,
luego que ya más blanca al rapar
mi barba caía;
mas me miró aun así
y tras largo tiempo allegóse,
desque nos tiene Amarílide
y nos dejó Galatea.
Pues —lo confieso—
en tanto que Galatea me ataba,
ni esperanza de libertad
ni cuidado de ahorros:
más que reses de altar
de mi majada saliesen,
más que a la ingrata ciudad
36 cremoso queso escurriera,
nunca pesada de cobre
la bolsa a casa tornaba.

Melibeo

Ya me decía, Amarílide,
a qué tan triste rezabas,
o para quién en su rama colgar
dejabas la fruta:
Títiro habíase ido.
A tí, Títiro, mismos los pinos,
mismas las fuentes a tí,
ese mismo zarzal te llamaban.

Titiro

¿Qué iba a hacer?:
ni salir se me daba de servidumbre
ni conocer tan presentes
en otro sitio los dioses.
Fue donde ví, Melibeo,
al mozo aquel, que a su honra
dos veces seis cada año
los mis altares humean;

fue donde aquél repuso el primero
a nuestra demanda:
«Vacas, como antes, zagales, paced; 48
domad a los toros».

MELIBEO

¡Viejo tú venturoso!
Así pués tu campo te queda.
Y para tí es bastante,
por más que peña pelada
y en fangoso juncal
cierre todo el pasto la charca.
Ni a tus lentas paridas
las tentará nueva yerba
ni dañará de vecino rebaño
un mal pegadizo.
¡Viejo tú venturoso!
Aquí entre arroyos sabidos
y aguas sagradas aquí
tomarás frescura sombría,
y ora lo oirás de la linde vecina
el seto de siempre,
por abejuelas de Hibla su flor
pacida de sauces,
convidarte a menudo
con suave al sueño susurro,
ya al podador cantar
bajo el hondo roquedo a los vientos,
ni sin embargo en tanto cesar
las roncas palomas,
hechas a tí, de gemir
ni del olmo la tórtola airoso.

TITIRO

Antes pués pacerán
sin peso en el cielo los ciervos
y dejará desnudo en la playa 60
al pez la marina,

antes irán, cada cual al confín
del propio destierro,
o del Arar el persa a beber
o Germania del Tigris,
que de mi alma borrado se esfume
aquél ni su cara.

MELIBEO

Mas nosotros de aquí
a la sedienta Africa unos,
parte a Escitia irá
y al Oaxe ciego de gredas
y a los Britanos,
del mundo entero a tajo partidos.
Ay, ¿una vez mi heredad
—tras cuánto tiempo— y su linde
y la techumbre del pobre chocillo
apretada de césped
—reino mío— pasmado veré,
72 unas cuantas espigas?
¿Un desalmado oficial
tendrá tan arados barbechos?
¿Estas mieses un bárbaro? ¡Ay,
discordia a los hombres,
míseros, dónde los trae!
¡Para quién sembramos el campo!
Ve, Melibeo, enjerta peral,
conceña las vides.
Ale, mi hato, feliz otro tiempo,
ale, cabrillas.
Nunca ya de hoy más
en verde gruta tumbado
del roquedal breñoso os veré
colgar a lo lejos;
copla ninguna haré;
ya nunca a mi guarda, cabrillas,
más roeréis de florido codeso
y sauces amargos.

TITIRO

Esta noche con todo
dormir conmigo podías
sobre la hoja fresca:
hay ahí manzanas sabrosas, 84
hay castañas mollares
y copia de leche cuajada.
Y de las granjas ya
de allá los techos humean,
y de los montes ya
más y más caen largas las sombras.

II

Por su hermoso el pastor Coridón
por Alexis ardía,
él, encanto del amo;
ni qué esperar le cabía;
entre el hayedo espeso no más,
su fronda sombrosa,
día por dìa acudía:
allí daba sus quejas a solas
desaliñadas en vano afán
a los montes y bosques:

Ah, mi Alexis cruel,
¿mi canción no tienes en nada?
¿nada te dueles de mí?
A morir al fin me condenas. 12
Ya hasta el ganado va
de la sombra y fresco gozando,
hasta los verdes lagaratos
al espinar se guarecen;
ya para los segadores
del sol rabioso cansados

ajos maja y serpollo Testílide,
agrestes olores;
ah, pero a mí,
bajo el cielo ardiente siguiendo tus huellas,
el matorral me hace eco
al par que a las roncas cigarras,
¿No fue más que bastante
el desdén de Amarílide hosco,
su agrio enojo sufrir?;
¿no fue bastante Menalcas,
bien que él fuera tan negro
y que tú tan blanco te seas?
Oh, mi hermoso rapaz,
del color no tanto te fíes:
blanca la alheña se seca,
se coge el negro jacinto.
Tiénesme en desdén:
quién soy ni cuidas, Alexis,
cuánto rico en ganado
ni cuánto en leche espumosa.
Mil corderas el monte en Sicilia
apacienta por mías;
leche fresca a mi casa en estío
ni falta en el frío;
canto al son que solía,
si a su vacada llamaba,
Anfïón dirceo
en el monte Aracinto del Acte.
Feo ni tanto lo soy:
24 me he visto ayer en la costa,
que de la brisa yacía sereno
el mar, y ni a Dafnis
ante tu juicio le temo,
si nunca engaña reflejo.
Ah, que te agrade conmigo no más
la pobre campiña
o la chocilla humilde habitar,
y herir a los ciervos

o ir al verde malvar
a echar el hato cabrío.
Remedarás a mi lado
a Pan en el bosque tañendo:
Pan el primero
con cera a juntar los varios cañutos
nos enseñó;
Pan cuida de oveja y guarda de ovejas.
Qué, ni te pese
que llague tu tierno labio la caña:
por saber eso mismo
¿qué ya no hacía el Amintas?
Tengo, trabada de las desiguales
siete cañuelas,
una zampoña,
que en don una vez al darme Dametas 36
dijo al morir
«La que tuve primero, segundo la tienes»;
dijo Dametas;
miró de mal ojo el necio de Amintas.
Y hay además
(que me los encontré en peligrosa cañada)
dos corcillos,
aún la su piel salpicada de blanco:
secan al día dos ubres de oveja:
por tí es que los crío;
tiempo ha ya que Testílide en mí
por llevarlos porfía;
sí, y que lo hará:
que pa tí mis regalos tienen la tiña.
Llégate aquí, mi hermoso rapaz:
a tí lirios las ninfas
traen ve aquí a canastillos;
a tí la náyade blanca,
violas palidecientes
y al paso segando amapolas,
junta narcisos 48
y flor de los bienolientes eneldos,

y entretejiendo además
de jara y yerba olorosa,
va los tiernos jacintos
con gualda hiniesta pintando.
Yo por mí,
cogeré de pelusa cana membrillos,
nueces también,
que gustaban a mi Amarílide tanto,
y aun ciruelas,
que no se le hará a tal fruto desprecio;
y os pelaré, laureles,
y a tí, arrayán, a su lado,
pues que, plantados así,
mezcláis los suaves aromas.
Rústico estás, Coridón:
ni cuida en regalos Alexis,
ni, si a regalos compites,
¿le vas a ganar a Iolas?
Ay, ¿qué quise, el triste de mí?:
el solano entre flores,
loco, metí
y en fuentes de puro cristal jabalíes.
¿Qué huyes de mí, tontuelo?:
también en bosque moraron
dioses y Paris troyano.
Que Atena habite el alcázar
que ella fundó:
a nosotros del mundo el bosque nos plazca.
Torvo va tras la loba el león,
tras la cabra la loba,
tras el florido codeso se va
la traviesa cabrilla,
yo, mi Alexis, tras tí:
a cada uno arrastra su gusto.
Mira: ya tornan los bueyes,
colgado al yugo el arado;
ya crecientes las sombras
el sol huyéndose alarga;

y aún me abrasa mi amor:
al amor ¿quién linde le pone?
Ah, Coridón, Coridón,
¿qué es ya el delirio que tienes?:
medio podada ahí tienes la vid
en el olmo frondoso;
¿qué no te da por hacer
de lo que hace falta a la casa
algo al menos, 72
de mimbre tejiendo y de húmedo junco?
Otro Alexis habrá
si te hace Alexis desdenes.

III

MENALCAS
Dime, Dametas, ¿de quién el ganao?
¿Del buen Melibeo?

DAMETAS
No, que de Egón.
Ha poco que Egón lo puso a mi guarda.

MENALCAS
Siempre, ovejuelas, rebaño infeliz:
mientras él a Neera
tiene abrazada, al temor que por mí
plantado lo deje,
un extraño os guarda
y dos veces por hora os ordeña;
tal se le hurta el jugo al ganado,
al cordero la leche.

DAMETAS
Más despacio, zagal,
para así insultar a los hombres.

Sé muy bien los que a tí...
(que miraban de lado las cabras),
sé en qué gruta también...
(y rieron sin pena las ninfas).

MENALCAS

Eso sería cuando ellas
con hoz rabiosa me vieron
—¿no?— troncharle el retoño a Micón
y las vides recientes.

DAMETAS

Sí, o si no, ahí en Hayas Antiguas,
que a Dafnis el arco
con sus varicas quebraste;
que tú, torcido Menalcas,
ver que al rapaz se lo dieran,
te recomía la envidia,
y que si no le haces alguna,
de fijo te mueres.

MENALCAS

¿Qué no harán los amos,
sí a tanto osáis los... ladrones?
¿No te vi yo, mal bicho,
atrapar al macho cabrío
—dí— de Damón en un cepo?:
que echó a ladrar la Licisca,
y como yo gritaba
«¿Adónde va ese perdido?
¡Títiro, ajunta el ganado!»,
en el carrizal te escondías.

DAMETAS

¿Qué?, y después de vencerle a cantar,
¿no me iba a pagarlo,
macho que había ganado
con su canción mi zampoña?

Has de saber que mío era el macho:
y lo reconocía
mismo Damón;
sólo que él no podía darlo —decía.

MENALCAS
¿Tú a cantar? ¿Tú a él?
Pero ¿viste nunca en tus manos
tú una zampoña? O ¿no se te oía,
inorante, en las eras
asesinar una pobre canción
con tu flauta chillona?

DAMETAS
¿Quieres pués tú y yo
que cada uno pruebe a su turno
ver lo que vale? Y yo esta vaquilla
(no hagas reparo:
viene a ordeño dos veces,
dos crías a su ubre amamanta)
pongo de apuesta:
tú dí con qué prenda conmigo porfías.

MENALCAS
De la manada a apostar no me atrevo
nada contigo:
téngome padre y madrastra
de mala ley: cada día
cuentan el hato dos veces los dos,
uno de ellos los chivos.
Bien, pero cosa que tú has de venir
en que es de más precio
(ya que te da por así loquear),
dos cuencos te pongo 36
de haya tallados,
trabajo del genio de Alcimedonte:
que hay una vid perezosa,
de fácil torno labrada,

que sus ralos corimbos
enreda en pálida hiedra,
y en la mitad, dos hombres,
Conón y... ¿quién era el otro,
que diseñó a su compás
el cielo entero a los pueblos,
al segar qué tiempo,
qué tiempo al arar se guardara?
Y aún los labios ni les arrimé:
guardados los tengo.

DAMETAS
Alcimedonte a mí también
dos cuencos me hizo,
y les ciñó las asas
con hoja en torno de cardo;
en la mitad a Orfeo talló
y siguiéndole el bosque.
Y aún los labios ni les arrimé:
guardados los tengo.
48 Si a mi vaquilla atiendes,
¿de qué tus cuencos alabas?

MENALCAS
Hoy no escapas de mí:
acudiré dondequiera que llames.
Que oiga no más... pues ahí Palemón,
él mismo, que llega.
Conseguiré de hoy más
que tu voz a nadie le rasque.

DAMETAS
Eh, pues a ver lo que sabes.
Por mí que no haya demora,
ni huyo de nadie. No más, Palemón
paisano, tú mismo
pon lo que oirás (no es grano de anís)
en lo hondo del alma.

PALEMÓN
Ea, cantad; pues a bien
que en blanda yerba posamos;
y hoy todo campo ya,
todo árbol quiere ya cría,
y echa ya hoja el bosque,
y el año nunca más dulce.
Tú, Dametas, empieza;
respondes luego, Menalcas:
canto por turno haréis:
por turno a las Musas agrada.

DAMETAS
Dé por Jove principio el cantar:
todo lleno de Jove:
él por el mundo vela:
se cuida él de mis cantos.

MENALCAS
Febo me guarda a mí:
para Febo siempre su ofrenda
téngole en casa: el laurel
y el sonrojado jacinto.

DAMETAS
Cintia me tira con una manzana,
la muy juguetona,
y huye a los sauces,
y cuida que se le vea que huye.

MENALCAS
Ah, pues a mí mi amado
sin más se me ofrece, mi Amintas,
tal que ya nunca
conozcan la luz de Delia mis perros.

DAMETAS
Ya ha nacido agasajo
para mi amor: pues el sitio
he señalado
en que alto a lo alto la tórtola anida.

MENALCAS
Yo, lo que pude, a mi niño,
de rama brava cogidos,
nísperos diez le mandé;
otros diez mandaréle mañana.

DAMETAS
Ah, ¡qué de cosas a mí
72 y qué cosas mi Cintia me dijo!
De ellas alguna, oh vientos,
llevéis al oído a los dioses.

MENALCAS
¿Qué aprovecha que no me desdeñe,
Amintas, tu alma,
si, en lo que acosas tú al jabalí,
yo estoy a las redes?

DAMETAS
Mándame a Fílide a casa,
que son Carnavales, Iolas:
a celebrar después la Cuaresma
a tí te convido.

MENALCAS
Fílide más me agrada que otra;
lloró al despedirme
ella y decía de lejos «Adiós,
buen mozo,... Iolas

DAMETAS
Duelo al establo el lobo,
al trigal granado la lluvia,
al arbolillo el viento,
a mí Amarílide airada.

MENALCAS
Gozo al sembrado el riego,
el madroño al chivo sin teta,
la mimbrera a la cabra parida,
a mí solo mi Amintas.

DAMETAS

Gusta Polión, campesina y todo,
de mi poesía. 84
Musas mías, a él que os lee
pacelde novilla.

MENALCAS

Hace Polión nuevo verso también:
pacelde torillo,
ya de su cuerno que embista
y su pata escarbe la arena.

DAMETAS

Que el que te ama, Polión,
donde goza de verte se vea:
fluya miel para él,
eche mirra el áspero espino.

MENALCAS

Que el que de Bavio no huye
aguante, oh Mevio, tus versos,
y unza zorras al carro
y ordeñe machos cabríos.

DAMETAS

Los que cogéis las flores
y a ras de tierra las fresas,
sierpe heladora —muchachos, huíd—
se esconde en la yerba.

MENALCAS

Guarda que más las ovejas avancen:
no hay que fiarse
mucho al ribazo:
el carnero está aún sus vedijas secando.

DAMETAS

Títiro, aquellas cabrillas
del pasto aparta del río: 96
todas, de que haya lugar,
yo iré a la fuente a bañarlas.

Menalcas
Junta, zagal, las ovejas:
si el sol les corta la leche,
tal como ayer,
ya podéis apretar a dos manos las ubres.

Dametas
Ay, ¡qué flaco mi toro
en tan grueso pasto se queda!
Pierde al ganado el amor,
el amor al guardián del ganado.

Menalcas
Éstos, ni aun es culpa de amor,
y están en los huesos:
no sé yo qué mal ojo hechizó
mis tiernos borregos.

Dametas
Dí en qué tierra (y serás para mí
tan dios como Apolo)
abre su haz no más de tres codos
el campo del cielo.

Menalcas
Dí en qué tierra
con nombre de rey en ellas escrito
nacen las flores,
y ten para tí a tu Fílide solo.

Palemón
No está en mí entre los dos
dirimir tamaña contienda.
108 De la vaquilla él digno y tú digno
y quienquiera que amores
ya de dulces los tema
o ya los sufra de amargos.
Ea, cortad ya el riego, zagal:
ya el prado rezuma.

IV

Musas las de Sicilia,
cantemos algo más grande:
no les placen a todos
jaral o zarza rastrera:
si es de monte el cantar,
sea monte digno de un cónsul.
La Ūltima Edad, que anunció la Sibila,
héla llegada:
ya de raíz nace nueva
una grande rueda de siglos.
Vuelve la Virgen ya,
a reinar ya vuelve Saturno;
ya nueva raza
nos es del alto cielo mandada.
Tú a ese niño que nace,
en quien la era de hierro
terminará y brotará por el mundo
el pueblo de oro,
casta Lucina, ampáralo tú:
ya reina tu Apolo.
Tu año, será: en tu año, Polión,
tal gloria del tiempo
se entrará, y vendrán
los grandes meses andando; 12
bajo tu ley,
toda huella de nuestro pecado que quede
se borrará,
librando del miedo eterno la tierra.
Él tendrá de los dioses la vida,
y verá entre los dioses
los semidioses mezclados,
y a él han ellos de verlo;
ya apaciguado el confín regirá
en la ley de su padre.
Ah, para tí, sin arar,
regalillos primeros, oh niño,

hiedras de nardo cargadas
doquiera errantes la tierra,
loto enredado con cardo real
esparce a tu risa.
Solas a casa tornando,
hinchada de leche la ubre
traen las cabras,
ni tiembla del gran león la vacada;
sola por sí
para tí blanda flor la cuna derrama.
24 Aun morirá la culebra,
y la yerba que miente ponzoña
aun morirá:
nacerá a cada paso mirra de Asiria.
Mas, de que ya de los héroes tú
y de tu padre las gestas
puedas leer
y saber cuál es valor verdadero,
se enrubiarán poco a poco
de mansa espiga los yermos;
ya de bravío espinar
colgará sonrojado racimo,
ya sudarán las duras encinas
rocío de mieles.
Pocas habrá, pero huellas habrá
del yerro primero,
que aún tentar con remo la mar,
que ceñir de muralla
plazas aún,
que aún manden hender la tierra de surcos.
Otro Jasón será allí,
otra Argó que porte elegidos
cien semidioses;
aún habrá otras guerras segundas,
36 y otra vez llevarán
al gran Aquiles a Troya.
Luego, que ya robusta la edad
un hombre te haga,

se apartará el timonel de la mar,
y el pino bogante
no trocará mercancía:
dará todo ya toda tierra.
Ni sufrirá rastrillos el campo
ni hoces la viña;
ya el membrudo arador
al buey desunce del yugo
Ni aprenderá a mentir
color variada la lana,
no, sino que el carnero en los prados
ya sus vedijas
él mudará de grana encendida
y él de azafranes:
yerbarrubia al cordero al pacer
teñirá de su grado.
«Tales siglos hilad»
a su huso «hilad» le cantaron
a una las Tres Hermanas,
con hado y sinos acordes.
Entra, oh (ya el tiempo llegó),
a los altos oficios, 48
cría de dioses querida,
corona del dios del cielo.
Mira el mundo que te hace señal
con su peso redondo,
y esas tierras y trechos de mar
y el cielo profundo:
mira del siglo que está al venir
cómo todo se alegra.
Oh, para mí, que postrera porción
de vida me reste
larga bastante
y aliento que baste a decir tus hazañas:
no ha de vencerme a cantar
ni el mismo Orfeo de Tracia,
Lino tampoco,
aunque a uno la madre, el padre le asista

a otro, a Orfeo Calíope,
a Lino Apolo fermoso.
Pan el dios si, la Arcadia por juez,
conmigo compite,
Pan el dios que, la Arcadia por juez,
se dé por vencido.
Niño pequeño, empieza a reír
conociendo a tu madre,
madre a la cual
diez meses trajeron largos hastíos;
niño pequeño, empieza:
al que no se le ríen los padres
ni lo convida a su mesa el dios
ni la diosa a su lecho.

V

MENALCAS
Mopso, ¿por qué, pues nos hemos juntado
entrambos maestros,
tú en hilar de flautas el aire
y yo de canciones,
no estás ya entre los olmos conmigo
y los avellanos?

MOPSO
Tú eres mayor: es justo
que te obedezca, Menalcas,
ya a las inquietas sombras
que el airecillo menea,
ya a esa gruta entremos mejor:
repara la gruta
cómo la borda de ralos racimos
parra bravía.

MENALCAS
Sólo Amintas compite
en nuestros valles contigo.

MOPSO
Qué, como que ése a cantar
aun compitiera con Febo.

MENALCAS
Ea tú, Mopso, empieza,
que ya de Fílide amores
traigas o loas de Alcón
o bien escarnios a Codro,
ea tú pués. Las cabras 12
que Títiro al pasto las lleve.

MOPSO
No, que mejor la canción
que hace poco en verde corteza
de haya grabé,
y también la marqué con música a trechos,
voy a tentar.
Tú a Amintas después llámalo a que compita.

MENALCAS
Cuanto le cede el saúz desmayado
al pálido olivo,
cuanto la jara rastrera
a los milgranados rosales,
tanto en nuestro sentir
a tu arte Amintas le cede.
Bien, pero déjate de eso rapaz:
ya entraste a la gruta.

MOPSO
Yerta su sangre,
las Ninfas en negros duelos a Dafnis
plañen (testigo a las Ninfas,
arroyo, almendros, vosotros),

cuando, abrazada al cuerpo
tan lastimoso del hijo,
llama a los dioses y llama cruel
al cielo la madre.
24 No hubo pastor que del pasto
aquellos días llevara,
Dafnis, al fresco arroyo vacada;
no hubo ovejuela
que ni rozara el río
o de grama un brote tocara,
Dafnis: si aun los leones del Africa
en duelo rugieron
—ay— de tu muerte:
el áspero monte y bosque lo cuentan.
Dafnis fue el que a uncir
armenias tigres al carro
nos enseñó,
Dafnis era quien trajo el rito de Baco
y entretejer
corvados de blanda fronda los tirsos.
Como a los árboles gala la vid,
a la vid el racimo,
como al ganado el toro,
la mies al negro terruño,
tú toda gala a tu pueblo:
de que ir el cielo te hizo,
36 Pales misma dejó
y Apolo mismo los campos.
Surcos adonde echamos tal vez
tan gruesas cebadas,
nace en ellos cizaña maldita
y locas avenas;
se alza en vez de blanda violeta,
en vez de narciso
purpureciente, el cardo
y de hirientes púas espinos.
Alfombrad el suelo de hoja,
a la fuente, pastores,

sombra meted:
tal Dafnis encarga hacer a su honra.
Tumba de tierra alzad,
y añadid tal verso a la tierra:
«Dafnis yo por el monte,
de aquí hasta el cielo nombrado,
de un hermoso ganado
guardián no menos hermoso».

MENALCAS

Tal tu canción para mí
como es, divino poeta,
al cansado en la grama la siesta,
como es por estío
el apagar la sed
del agua dulce que brota.
No en las flautas ya,
en la voz al maestro te igualas;
venturoso rapaz, 48
tú serás tras él su segundo.
Yo, con todo, a mi vez,
como quiera que sea, mis versos
voy a decirte,
y te alzaré a las estrellas a Dafnis:
Dafnis a las estrellas:
también me quiso a mí Dafnis.

MOPSO

Y ¿es que habría mejor para mí
que no ese regalo?
Bien mereció el zagal
que se le cantara, y los versos
ya Estimicón me los alabó
esos tuyos un día.

MENALCAS

Blanco de luz,
ante el nunca hollado umbral del Olimpo

pásmase y ve a sus pies
estrellas Dafnis y nubes.
Viva alegría por ende
el bosque y toda campiña
llena y a los pastores
y a Pan y a las Dríades verdes.
Ni al rebaño el lobo traición
ni engaño a los corzos
60 tiende la red: la paz
a Dafnis bueno le agrada.
Aun el monte, del hacha olvidado,
en puro alborozo
alza al cielo la voz,
aun ya las peñas el canto,
aun lo repite el jaral:
«Él dios, dios él, oh Menalcas.»
¡Seas bueno a tu pueblo y feliz!
Ve aquí cuatro aras:
Dafnis, dos para ti,
las dos altares a Febo.
Cáliz doble
espumante de leche fresca cada año,
dos copones pondré para ti
de lígrimos olios;
y lo primero,
convites de largo vino alegrando
(ante el hogar, si en nieves;
si en mieses cae, a la sombra),
72 mosto de Quíos
del cesto lo haré nuevo néctar que fluya;
cántico harán a mi rito
Egón de Licto y Dametas;
remedará danzando a los sátiros
Alfesibeo.
Tal será siempre tu fiesta,
así al pagar a las Ninfas
nuestra ofrenda anual
como al bendecir de los campos.

Mientras al ciervo el collado le agrade,
el río a los peces,
vaya la abeja tomillo a pacer,
la cigarra rocío,
siempre tu honor seguirá
y tu nombre vivo y tu gloria.
Tal como a Baco y a Ceres,
a ti promesa cada año
los labradores harán;
también tú harás que la cumplan.

MOPSO

¿Qué te daré?
por tal canción ¿qué pago te diera?
Pues ni susurro en la hoja
al venir de la brisa me agrada
tanto ni tanto batida la costa
de olas o tanto
agua que baje por el pedregoso 84
valle brincando.

MENALCAS

Antes yo regalo te haré
de mi flaca cañuela:
ella a mí me enseñó
«Coridón por Alexis ardía»,
ella también
«¿De quién el ganao? ¿Del buen Melibeo?».

MOPSO

Ea, pues tú toma este cayado,
que más que Salicio
me lo pidió
(y merecía entonces amor), no lo tuvo,
bien de nudos iguales galano
y de cobre, Menalcas.

VI

Ella se avino a danzar la primera
al son siciliano
nuestra Talía,
ni tuvo a sonrojo morar en el monte.
Cuando cantaba batallas y reyes,
Cintio la oreja
me pellizcó y avisó
«Bien está al pastor las ovejas,
Títiro, gruesas pacer,
la canción hilarla delgada».
Ora pués
(que de sobra habrá quien quiera tus glorias,
Varo, cantar
y dejar las amargas guerras escritas)
rústica arte aquí ensayaré
en mi flaca cañuela.
Canto y no a tu mandado:
mas si uno aun esto, si uno
preso de amor lo lee,
de ti, Varo, mis tamarindos,
todo bosque de ti sonará.
Ni a Febo más grata
hoja le es que la que ha encabezado
el nombre de Varo.
12 Musas, pues, adelante.
Mnasilo y Cromis lo vieron,
niños los dos, a Sileno en la gruta
hundido en el sueño,
del ofertorio de ayer, como siempre,
hinchadas sus venas;
sólo escurrida a su frente
yacía al pie la guirnalda
y por el asa gastada
pesado el jarro colgaba.
Yéndose a él
(cien veces el viejo había burlado

su ansia de oírle cantar),
de la misma guirnalda lo atan;
úneseles de aliada
y miedosos ayúdales Egle,
Egle, de las ondinas hermosa,
y a ojos abiertos
ya con moras sangrantes
la frente y sienes le unta.
Él, de la trampa riendo,
«¿A qué ataduras?» les dice
«Niños, soltad:
que se diga que habéis podido ya basta. 24
Las canciones oíd que queréis:
canción a vosotros:
a ésa ya le daré otro jornal».
Y al punto comienza.
Vieras allí danzar al compás
y faunos y fieras,
vieras allí menear la cabeza
las duras encinas;
que ni del canto de Febo
se goza el monte Parnaso
tanto ni tanto al Ródope asombra
y al Ísmaro Orfeo.
Pues cantaba de cómo
en el gran vacío se habían
y de la tierra y de aire y de mar
semillas unido
y la del claro fuego a la vez;
cómo de este principio
todas las cosas,
y tierno se cuaja el globo del mundo;
luego a afirmarse el suelo
y cerrar en mar a Nereo
cómo empezó,
y a tomar poco a poco forma de cosas;
cómo la tierra se pasma 36
que el sol reciente más alto

luzca ya y que, alejadas las nubes,
lluvia le caiga,
cuando bosques empiezan
a ir alzándose, y cuando
vagan escasas bestias
por montes nunca sabidos.
Luego las piedras que Pirra arrojó,
el reinado saturnio
cuenta, el buitre caucasio,
el hurto del gran Prometeo.
A esto hilvana en qué fuente perdido
por Hilas gritaban
los marineros,
que toda la costa «Hilas, Hilas» sonaba.
Y a la que fuera feliz
si nunca hubiera vacadas,
del amor la consuela
del blanco toro a Pasífae:
«Ah muchacha infeliz,
¿qué te entró tan mala locura?
48 Sí, las hijas de Preto
al campo falsos mugidos
dieron también,
mas ninguna a coyunda torpe con bestias
se sometió,
por más que en su cuello arado temiera
y se buscase a menudo
en la lisa frente los cuernos.
Ah muchacha infeliz,
por el monte yerras ahora:
él, recostado el flanco nevado
en blando jacinto,
bajo la negra encina
las yerbas pálidas rumia,
o en la grande vacada
persigue a alguna. 'Cerraldo,
ninfas! Ninfas del Dicte,
cerrad ya el soto del bosque,

por si se ofrecen acá o alla
tal vez a mis ojos
las errabundas huellas
de mi novillo; y acaso,
ya con cebo de verde hinojar,
ya en pos del ganado,
lo hagan tornar al establo gortinio 60
algunas vaquillas,».
Canta la novia después
de las pomas de Hesperia pasmada;
luego a las de Faetón
de corteza amarga de musgo
va revistiendo,
y las hace crecer esbeltos alisos.
Canta después
cabe el río Permeso a Galo errabundo,
que una de las Hermanas
al monte aonio guióle,
y a él, mortal, todo el coro de Febo
en pie se le puso;
cómo Lino le habló,
pastor de canto divino,
que, aderezado el pelo
de flores y apios amargos,
dijo «Aquí esta cañuela te dan
(ten, ea) las Musas,
que antes le dieran al viejo de Ascra,
con que solía
él cantando
hacer bajar del monte a los olmos;
cante a su son
el origen tu voz del bosque Grineo,
no haya sagrado 72
que más se gloríe Apolo que de ése».
¿Qué he de deciros de Escila de Niso,
a quien se le achaca
que, de ladrantes mostros
las blancas ingles ceñida,

hizo las naves duliquias crujir
y en vértigos hondos
—ay— destrozó con sus perros de mar
los trémulos náutas,
o de Tereo
cómo contó el trocarse sus miembros,
qué manjar le guisó
y qué don Filomela, y por dónde
ella al vuelo a los yermos huyó,
y al huir, de qué alas
infeliz revoló
sobre aquel que fue su tejado?
Todo lo que, ensayándolo Apolo
antaño, dichoso
pudo el Eurotas oír
y aprender mandó a sus laureles,
84 cántalo él (resonando lo dan
al cielo los valles),
hasta que ovejas cerrar al redil
mandó y recontarlas,
hasta que mal su grado
dejó el Olimpo el Lucero.

VII

MELIBEO
Bajo habladora encina
por caso habíase Dafnis
puesto y juntado ganao
Coridón con Tirsis en uno,
Tirsis ovejas,
hinchadas de leche el otro sus cabras,
ambos de verde edad florecientes,
árcades ambos,
tanto a cantar a la par
como así por turno dispuestos:

yo, se me había,
al cubrir los tiernos mirtos del frío,
ido hacia allá
del hato el macho y señor; conque a Dafnis
véolo allí;
de que él me ve a su vez, «Ven aprisa»
dice «aquí, Melibeo;
tu macho a salvo y tus chivos;
y, si sazón te queda de holgar,
reposa a la sombra;
solos aquí por el prado a beber
vendrán los novillos;
verde reteje aquí
de tierna caña su orilla
Mincio, y aquí 12
del roble sagrado zumban enjambres.»
¿Qué iba a hacer?:
ni tenía a Alcipa o Fílide a mano,
que a los corderos de destetar
en casa cerrara,
y era porfía a cantar
—Coridón con Tirsis— famosa.
Por su juego, en fin,
les dí a mis deberes de mano.
Conque empezaron allí a competir
por turno de versos
ambos: por turno
acordarse las Musas de ello querían.
Tal Coridón,
así respondía Tirsis en orden.

«CORIDON
Ninfas, amores, oh ninfas de Tracia,
o ya regaladme
tal canción como dais a mi Codro
(al de Febo segundo
va el poder de su verso),
o si ya no todos podemos,

quede mi flauta habladora
del santo pino colgada.

TIRSIS

Ea pastores, de hiedra ceñid
al poeta que nace,
árcades ea,
y reviéntele el bazo a Codro de envidia;
o si le alaba más de lo justo,
de salvia su frente
id a velar,
mala lengua no dañe al cantor que os crece.

CORIDON

Esta testuz de feroz jabalí,
diosa Delia, te ofrenda
chico Micón
y de ciervo vivaz la cuerna ramosa;
tú, si tal se le otorga,
de liso mármol entera
puesta serás,
la pierna en coturno atada de grana.

TIRSIS

Cuenco de leche y estos bodigos
cada año, Priapo,
bástete a ti esperar:
eres guarda en huerto de pobre;
hoy, según andan los tiempos,
de mármol te hice; mas luego,
si una camada acrecienta el rebaño,
seas de oro.

CORIDON

Gala nerina,
oh más para mí que tomillo del Hibla
dulce, más blanca que cisne,
mejor que hiedras albares,

cuando del pasto al pesebre
los toros tornen apenas,
si algo de tu Coridón
te da cuidados, acude.

TIRSIS
Ah, pues yo
séate más que hiel de hiniestas amargo,
áspero más que el abrojo,
más vil que el alga en la arena,
si para mí esta luz
no es ya más larga que un año.
Íos del pasto, íos ya
(¿no os da vergüenza?), novillos.

CORIDON
Fuente musgosa, y césped allí
más blando que sueño,
y ese madroño
que verde de rala sombra os cubre,
de la calor al rebaño guardad:
ya llega el estío
abrasador,
ya se hincha la vid perezosa de yemas.

TIRSIS 48
Brasas y leña aquí resinosa
y fuego abundante
siempre, y de capa y capa de hollín
denegridas las vigas:
tanto nos da
de los fríos del Cierzo aquí como el cuento
del rebaño al lobo,
la orilla al río crecido.

CORIDON
Se alzan enebros aquí,
aquí erizados castaños;
cubre la tierra doquier
cada fruto bajo su árbol;

todo ahora sonríe:
pero, ay, si Alexis hermoso
de estos montes se va,
verás aun secas las fuentes.

TIRSIS
Seco el campo;
de sed del mal aire muere la yerba;
Líbero el dios
su sombra parral le niega al collado:
sólo llegar mi Fílide,
el bosque será todo verde,
Júpiter bajará
en la leda lluvia abundoso.

CORIDÓN
A Hércules grato el álamo le es,
la vid a Iaco,
el arrayán a Venus gentil,
sus lauros a Febo:
Fílide quiere avellanos;
en tanto a Fílide agrade,
ni al avellano arrayán vencerá
ni lauro de Febo.

TIRSIS
Fresno en el bosque la gala mejor
y pino en la huerta,
junto a los ríos álamo,
abeto en la alta montiña;
pero si a verme a menudo,
gentil mi Lícidas, vienes,
ceda en el bosque el fresno ante ti
y el pino en la huerta.»

MELIBEO
De esto me acuerdo,
y que ya porfiaba Tirsis en vano.
Desde entonces es Coridón
Coridón a mis ojos.

VIII

De unos pastores el son,
de Damón y de Alfesibeo,
que por oír
la novilla paró olvidada del pasto
en su porfía,
y pasmadas al son las linces quedaron,
y aun, mudada su faz,
la corriente el río detuvo,
pues de Damón diremos el son
y de Alfesibeo.
Tú, sea ya que las peñas
del ancho Timavo remontes,
ya te me tornes al mar de la Iliria
(¿al fin veré día,
día aquel que dado me sea
cantar tus hazañas?
Ay, ¿me será al fin dado llevar
por el cerco del mundo
dignas tus obras
del alto chapín de Sófocles solas?
Tú su principio: a ti su final),
recibe los versos
a tu mandar comenzados, 12
y deja en torno a tus sienes
que entre el verdor vencedor del laurel
mi hiedra se enrede.

Fría del cielo
apenas había alzado la noche,
cuando más grato a la oveja
en la tierna yerba el rocío:
a un torneado olivo
empezó Damón recostado.

DAMÓN
Nace, y tráete delante, Lucero,
el aliento del día,

mientras yo,
del amor de mi novia Nisa burlado,
lloro sin pago
y los dioses, si bien de nada su gracia
me aprovechó,
al morir los llamo en mi última hora.
Ea, mi flauta,
tonada menalia entona conmigo.
Ménalo el monte
su bosque hablador, sus pinos parlantes
siempre los ve,
siempre él de pastores oye amoríos
24 y oye a Pan,
que el primero mandó penar a las cañas.
Ea, mi flauta,
tonada menalia entona conmigo.
Nisa a·Mopso la dan:
¿qué no hay que en amor esperemos?:
se ayuntará ya el grifo a la yegua;
al curso del siglo,
con el mastín a beber bajará
la corza medrosa.
Mopso, tú corta verdes antorchas:
esposa te llevan;
nueces, marido, reparte:
a tu gozo Véspero surge.
Ea, mi flauta,
tonada menalia entona conmigo.
Oh, bien unida a tan digno señor,
pues a todos desdeñas,
pues que a desdén mi flauta la tienes,
pues que mis cabras
y este mi crespo ceño
y mi barba así de crecida,
pues ni crees que haya dios
que de pena humana se cuide.
36 Ea, mi flauta,
tonada menalia entona conmigo.

Yo en el nuestro vergel
con rocío cogiendo manzanas
(yo os guiaba) te vi con tu madre
a ti de pequeña.
Ya iba yo
por mi año doceno entonces entrando:
ya del suelo podía alcanzar
las frágiles ramas.
Verte y morir:
te vi y me perdí en tan mal extravío.
Ea, mi flauta,
tonada menalia entona conmigo.
Hoy ya sé lo que es el amor:
en ásperas breñas
monte de Epiro o de Tracia
o los garamantes remotos
niño lo crían de raza no nuestra
ni nuestro de sangre.
Ea, mi flauta,
tonada menalia entona conmigo.
Fiero el amor
a la madre enseñó con sangre de hijos
a enrojecer sus manos.
Cruel tu amor y tú, madre.
¿Más la madre cruel 48
o aquel tal niño malvado?
Niño malvado aquel:
cruel tu amor y tú, madre.
Ea, mi flauta,
tonada menalia entona conmigo.
Ya sin más huya el lobo a la oveja,
pomas de oro
den las duras encinas,
claveles eche el aliso,
ámbares por su corteza que suden
los tamarindos;
ya con el cisne el buho compita,
Títiro Orfeo

sea, Orfeo en la selva,
Arión en mar de delfines.
Ea, mi flauta,
tonada menalia entona conmigo.
Hágase todo aunque sea alta mar.
Tú vive, mi bosque:
yo de cabeza
del nicho del monte airoso a las olas
voy a caer.
De mí este regalo, el último, guarda.
Deja, mi flauta, ya,
deja ya la tonada menalia.

Esto Damón.
Vosotras lo que Alfesibeo repuso,
Musas, decid a su vez:
no todos todo podemos.

ALFESIBEO

Saca el agua,
y ciñe el altar de cintas de lana,
quema el incienso macho sobre él
y aceitosa verbena,
como por mágicas artes
su sano juicio a mi novio
le haga tornar.
Nada falta, si no son ya mis ensalmos.
De la ciudad a casa traedme,
ensalmos, a Dafnis.
Pueden hacer ensalmos
bajar del cielo la luna;
con ensalmos la Circe trocó
los hombres de Ulises;
canta la bruja,
y revienta en el prado la fría culebra.
De la ciudad a casa traedme,
ensalmos, a Dafnis.

Estos triples hilados
de tres colores primero
ciño en torno de ti,
y alredor tres veces del ara
paso tu imagen:
del número non el dios se complace.
De la ciudad a casa traedme,
ensalmos, a Dafnis.
Ata con nudos tres, Amarilis,
los triples colores:
ata, Amarilis, no más,
y di «Ato lazo de amores.»
De la ciudad a casa traedme, 84
ensalmos, a Dafnis.
Tal este barro endurece
y tal esta cera derrite
uno y el mismo fuego,
y tal mi amor para Dafnis.
Vierte el salvado,
el laurel quebradizo quémalo en brea:
Dafnis me abrasa cruel:
yo en Dafnis estos laureles.
De la ciudad a casa traedme,
ensalmos, a Dafnis.
Tal el amor a Dafnis
como a cansada vaquilla
que por el bosque el becerro
y los hondos sotos buscando
cabe regato de agua
en las verdes ovas se postra
toda perdida,
y ni acuerda a la noche tarde acogerse,
tal el amor lo domine,
y yo de curarle no cuide.
De la ciudad a casa traedme,
ensalmos, a Dafnis.
Estos despojos el pérfido aquel 96
una vez me dejara,

prendas caras de él:
mi umbral yo ahora cavando,
Tierra, a ti te los doy:
prendas son que me deben a Dafnis.
De la ciudad a casa, traedme,
ensalmos a Dafnis.
Estas yerbas
y filtros del Ponto aquestos cogidos
diómelas Meris mismo
(en el Ponto nacen espesas):
ya con éstas
en lobo mudarse y meterse en el bosque
vi yo a Meris, y ya
sacar de los hondos sepulcros
ánimas, y cambiar de lugar
sembrados de mieses.
De la ciudad a casa traedme,
ensalmos, a Dafnis.
Saca, Amarilis, allá las cenizas:
tira al arroyo
tras tu cabeza, y no mires atrás:
con éstas a Dafnis
voy a atacar:
él nada de ensalmos cuida ni dioses.
De la ciudad a casa traedme,
ensalmos, a Dafnis.
¡Mira!: prendió, al tardarla en sacar,
con trémula llama
sola y por sí el altar la ceniza.
¡Sea por bueno!
Yo no sé: algo sucede,
y el Hílax ladra a la puerta.
108 ¿Puedo creer?
¿O quien ama se inventa ensueños acaso?
Basta: ya viene de allí
—ya basta, ensalmos— mi Dafnis.

IX

LÍCIDAS

Meris, ¿adónde tus pies?:
¿a la villa, igual que el camino?

MERIS

Lícidas, hénos llegados con vida
a que un forastero
—lo que jamás temimos—,
de nuestra quinta adueñado
diga «Mío es esto:
emigrad los viejos colonos.»
Hoy, vencidos, amargos,
pues todo torna Fortuna,
estos chivos (¡que mal le aproveche!)
a él le llevamos.

LÍCIDAS

Pues en verdad que había yo oído
que desde los cerros,
donde a domarse empiezan al llano
en blando repecho,
hasta el agua y los troncos rajados
de Hayas Antiguas,
todo logró salvar con sus cantos
vuestro Menalcas.

MERIS

Sí que lo oíste, y corrió ese rumor;
pero, Lícidas, tanto 12
valen nuestras canciones
entre armas bárbaras cuanto
diz que palomas de Epiro
viniendo el águila valen.
Conque, si no me avisa
del pleito aquel, como fuese,
pronto atajarlo
corneja del hueco roble a siniestra,

ni este tu Meris
ni mismo sería vivo Menalcas.

LÍCIDAS
¿Eh? ¿Puede en alguien caber tal delito?
¡Ay!, ¿tus alivios
arrebatarnos por poco
a la par contigo, Menalcas?
¿Quién cantaría las ninfas?
El suelo en yerba florida
¿quién tapizara,
o tiñera de verde sombra las fuentes?
O la canción
que ha poco a hurtadillas pude cogerte,
día que a ver a Amarílide,
encanto nuestro, marchabas:
«Títiro, en tanto que vuelvo
(el viaje es corto) las cabras
pace, y pacidas vete a abrevarlas,
Títiro, y yendo,
24 guarda el macho (que embiste de cuerno)
no te lo topes.»

MERIS
O si no, aquélla que a Varo,
aun medio a hacer, le cantaba:
«Varo, tu nombre,
con sólo que Mántua a mí sobreviva,
Mántua —ay—,
de Cremona infeliz demasiado vecina,
lo elevarán cantando
al firmamento los cisnes.»

LÍCIDAS
Ah, ojalá tus enjambres
el tejo corso rehuyan,
ah, de codeso pacidas
perhinchan ubre tus vacas,

canta, a ver lo que sabes.
También me hicieron poeta
las de Pieria, y mis coplas me sé;
también los pastores
inspirado me dicen:
mas yo no fío de ellos:
pues todavía
ni nada que aprueben Vario ni Cina
creo decir, 36
sino ganso graznar entre cisnes canoros.

MERIS
A ello le ando,
y callado conmigo, Lícidas, vueltas
doyle a ver si recuerdo;
y no es el canto sin gracia.
«Vente aquí, Galatea:
¿qué juego es ése en las olas?
Bulle aquí primavera
y del agua al par variegadas
flores derrama la tierra;
a la gruta el álamo albo
yérguese aquí y perezosa
sombrajos teje la parra.
Vente aquí: que las olas rabiosas
batan la costa.»

LÍCIDAS
Oye, y ¿aquello que solo
a la clara noche cantando
yo te lo oí?
Recuerdo el son: si tuviera la letra...
«Dafnis, ¿a qué las miras nacer
las viejas estrellas?:
hélo que avanza el astro de César,
nieto de Venus,
astro que al verlo se goce 48
la mies en grano y al verlo

por soleados collados
su tinta tienda la uva.
Dafnis, enjerta peral:
cogerán tu fruta tus nietos.»

MERIS
Todo se lleva la edad, y los ánimos.
Bien que me acuerdo
cómo de largos de mozo
en cantar se me iban los soles.
¡Tanta canción ahora olvidada!
A Meris le huye
ya hasta la voz:
mirada hechizó de lobos a Meris.
Bah, y además
te lo ha de cantar mil veces Menalcas.

LÍCIDAS
Con tus excusas
demoras a largo fin mis amores.
Ya todo el llano tendido a tus pies
se calla, y las brisas
todas —atiende— están
de murmullo de viento caídas.
Y aún mitad de camino nos queda:
apenas la tumba
va de Biánor ahora a asomar.
Aquí, donde pelan
los labradores la hoja frondosa,
aquí, Meris, cantemos;
deja tus chivos aquí:
a la villa al fin llegaremos.
O si tememos que antes
se cierre en lluvia la noche,
sea, cantando
(el camino se siente menos) andemos;
yo, porque andemos cantando,
del haz que traes te descargo.

MERIS
Déjalo ya, muchacho,
y lo que ahora urge aviemos:
lo de cantar,
mejor de que venga él cantaremos.

X

Última ya, Aretusa,
concédeme esta fatiga:
versos pocos,
mas versos que lea Licóride misma,
debo a mi Galo decir:
¿quién niega versos a Galo?
Tú ojalá
al deslizarte por bajo el mar siciliano,
nunca Dóride amarga
sus ondas mezcle contigo.
Ea, empieza:
digamos de Galo amores y cuitas,
mientras tiernos retoños
las chatas cabras arrapan.
No cantamos a sordos:
a todo el bosque responde.

¿Qué robledal, qué soto os retuvo,
Náyades niñas,
cuando de amor de tanto desdén
moríase Galo?;
pues collado alguno
ni del Parnaso ni el Pindo
fue el que así os demoró
ni la fuente Aganipe de Aonia.
Aun los laureles por él, 12
aun los tamarindos lloraron;
en su pinar por él

bajo sola roca acostado
Ménalo el monte lloró
y las peñas del fresco Liceo.
Van las ovejas ante él
(de nosotros ni ellas se afrentan,
ni del ganado te afrentes tú,
divino poeta:
trajo a abrevar hermoso también
ovejas Adonis),
va el mayoral también,
los porqueros tardos vinieron;
de la bellota iverniza
llegó mojado Menalcas:
todos «¿De dónde ese amor?» le preguntan.
Apolo venía:
«Galo», le dice «¿a qué loquear?:
tu tormento Licóride
entre nevadas y rudos cuarteles
se ha ido con otro.»
24 Vino Silvano,
ceñida la sien de gala del campo,
cañas floridas temblando a su paso
y lirios crecidos.
Pan, el dios de la Arcadia, llegó,
que lo vieron mis ojos,
rojo en cinabrio teñido
y sangrientas bayas de yezgo:
«¿No ha de cesar?» le dice
«Amor no cuida de duelos:
no, ni de llanto Amor el cruel
ni la grama de riego
se harta jamás
ni la abeja de flor ni la cabra de hoja».
Triste así él
«Cantaréis sin embargo, Árcades», dice
esto a los montes de mí,
en cantar oh solos maestros,
Árcades; ¡ah,

cuán blando hallarán mis huesos reposo,
vuestra flauta un día
si mis amores dijere!
Fuera ojalá uno yo de vosotros,
de vuestro rebaño
fuera zagal 36
o vendimiador de la uva madura:
cierto que así,
ya Fílide fuera o fuéralo Amintas
u otro cualquiera mi cuita
(y ¿qué si Amintas moreno?:
negra también la violeta,
también es negro el endrino),
entre los sauces conmigo
so lánguida parra yoguiera:
Fílide me apañara guirlanda,
cantárame Amintas.
Frescas fuentes aquí,
aquí blando, Licóride, el prado,
bosques aquí: aquí contigo
de pura vejez moriría.
Ora amor rabïoso
en armas de áspero Marte
tiéneme preso en medio del hierro
y hueste enemiga:
lejos tú de tu tierra
(¿que tenga yo que creerlo?)
ves, dura tú,
de los Alpes la nieve y del Rin las heladas
sola sin mí.
¡Ah no, no te hagan daño los fríos!
¡Ah, que tus tiernas plantas 48
no hiera el áspero hielo!
Voy, ya voy
y el canto que tengo en verso calcidio
puesto a la flauta lo entonaré
del pastor siciliano.
Tengo resuelto

en el bosque y entre cubiles de fieras
irlo sufriendo mejor,
y grabar mis amores en tiernos
árboles; y crecerán,
y así creceréis, mis amores.
Ojearé con las ninfas en tropa
el Ménalo en tanto
o al feroz jabalí batiré;
no hay frío tan recio
que la cañada arcadia
me vede acosar de jauría.
Ya entre roquedos me veo
y por los ecos del bosque
yendo; ya gana me da
de tender del arco de cuerno
flechas... ¡Ay,
como si eso a mi fiebre fuera remedio
o si supiera ese dios
ablandarse a penas de hombres!
Ya tampoco las dríades, no,
ni el canto tampoco
mismo me place;
tú mismo otra vez despídete, bosque.
No, no puede hacerle mudar
al dios mi fatiga,
ni aunque en mitad del frío
del Hebro helado bebamos
y en aguanoso invierno
a las nieves tracias entremos
ni aun, cuando hasta el meollo
de sed el olmo se muere,
que ande bajo el rechisol
rodeando en África ovejas.
Todo vence el amor:
al amor cedamos nosotros.»

Baste lo que ha cantado,
Piérides, vuestro poeta,

mientras sentado
cestillo de fina malva tejía,
diosas: vosotras lo haréis
crecido don para Galo,
Galo, de quien el amor 72
crece tanto en mí hora por hora
cuanto en abril medrar se los ve
los verdes alisos.
Ea, y en pie:
suele ser al que canta mala la sombra:
mala la sombra de enebro:
a las mieses daña la sombra.
Ale del pasto, que asoma el Lucero,
ale a casa, cabrillas.



«Ale mi hato, feliz otro tiempo, ale, cabrillas. Nunca ya de hoy más en verde gruta tumbado del roquedal breñoso os veré colgar a lo lejos; copla ninguna haré; ya nunca a mi guarda, cabrillas, más roeréis de florido codeso y sauces amargos» (Melibeo a Títiro en *Bucólica* I 78-81). El destierro político renueva el sentimiento de la pérdida de la Arcadia pastoril. Esta lucerna, en que el fabricante ha confundido seguramente a Títiro con Melibeo, muestra la popularidad de los pastores de Virgilio.

LIBRO IV

Sigo adelante a decir de la miel,
rocío del aire,
don celestial.
También hacia aquí tus ojos, Mecenas,
torna: en chico asunto
ilustre acción que te pasme
y valerosos jefes
y en orden mañas y afanes
de la nación entera diré
y sus pueblos y guerras:
obra en delgado metal:
mas no delgada la gloria,
si a uno le dejan los genios del mal
y Apolo le oye.

A las abejas hay que buscar
lo primero morada,
donde ni entrada a los vientos se dé
(los vientos estorban
el acarreo del pasto)
ni oveja o chivo travieso
entre las flores trisquen

o la novilla la vega
cruce y sacuda el rocío
y las yerbas huelle nacientes.
Lejos también
los de lomo escamoso pintos lagartos
de su jugoso establo,
y los paros y pájaros otros
y la del pecho
de zarpas aseñalado sangrientas,
que a la redonda arrasándolo todo,
al vuelo atrapadas
llévanselas,
cebo dulce en el pico a sus nidos crueles.
No, pero claras fuentes
y en flor de musgo lagunas
haya al pie
y arroyo en la grama huyendo delgado,
y una palmera la puerta sombree
o un grande acebuche;
que de que avancen
guiando los nuevos reyes enjambre
a su sazón
y rebulla de los panales la tropa,
las convide a dejar la calor
la orilla vecina
y en frondoso hospedaje
las tenga el árbol al paso.
En la mitad
ya sea del agua quieta o corriente,
echa al través
o troncos de sauce o gruesos peñascos,
tantas puentes que tengan
en donde posarse y las alas
desplegar al sol del estío,
en caso que el Euro
al retrasarse las moje
o ya en sus olas las hunda.
Alrededor florezca

gallarda jara y serpollo
lejos oliente
y copia de la del áspero aroma
flor de ajedrea,
y beba el violar de regatos de fuente.

Cuanto a las mismas colmenas,
o ya las tengas de hueco
corcho ajustadas
o ya en perezosa mimbre tejidas,
sea su entrada angosta:
que con el frío las mieles
cuaja el ivierno
y lo mismo el calor desleídas las suelta;
lo uno y lo otro al par
para abejas malo; y no en vano
ellas ya en su mansión
a porfía las finas hendijas
untan de cera
y atascan de pasta y flores las juntas
de la pared,
y a solo tal fin recogida una goma
guardan más pegajosa
que liga o pez asïana;
y aun a menudo, cavando,
si el cuento es cierto, guaridas,
han abrigado so tierra el hogar,
y se hallaron en hondo
hueco de piedra pómez
o de árboles carcomidos.
Tú con todo,
abrigando sus hendijosas alcobas
unta de barro alisado
y de rala fronda sotecha.
Ni consientas el tejo al pie,
ni abrases al rojo
cancros en la hoguera,
ni fíes de honda laguna

o donde apeste el hedor del cieno
o cóncava al golpe
suene la peña
y fantasma de voz al choque rebote.
Por lo demás,
de que ya al invierno ha hundido el dorado
sol bajo tierra
y abierto el cielo a la luz veraniega,
ellas al punto por sotos y bosques
van de las flores
purpurecientes al vuelo segando,
a flor de los ríos
leves bebiendo; de ahí,
no sé en qué dulzura gozosas,
van sus nidos y cría abrigando;
de ahí con su arte
labran cera reciente
y espesas mieles amasan.
Ya que de ahí,
de su hura lanzado a la luz de los cielos,
veas su ejército allá
por el limpio estío nadando
y de la oscura nube
que el viento arrastra te pasmes,
pára mientes:
es siempre agua dulce y cobijo frondoso
tras lo que van:
tú esparce allí prescritas esencias,
el toronjil molido
y la humilde yerba borraja
y haz retiñir y alredor
cibelino címbalo tañe:
solas se posarán
en el sitio que cebes, y solas
se meterán a su modo
a lo hondo allá en sus alcobas.
Mas si a batalla en cambio salieren
(que es que a menudo

hay dos reyes,
y surge discordia y fiero tumulto;
y de seguido el tenor de la tropa,
hirvientes de guerra
sus corazones,
es dado sentir de lejos: a filas
llama el estruendo marcial
del ronco bronce, y se oye
72 son que remeda
aquella quebrada voz de trompetas;
luego entre sí rebullendo se apiñan,
crispan las alas,
con las trompas aguzan el dardo,
amañan los brazos
y alrededor del rey
cabe los reales se juntan
prietas, y al enemigo
con fuerte grita provocan;
conque, si ya primavera serena
el campo despeja,
rompen puertas afuera;
se viene al choque; en el alto
cielo retumba;
se apiñan en vasta bola mezcladas;
precipitadas caen:
no más de la nube granizo,
de sacudida encina no tanto
llueve bellotas;
ellos por entre las filas,
los reyes de alas señeras,
van, remejiendo en el pecho angosto
inmenso coraje,
84 empeñados en nunca ceder
hasta tanto que a unos
u otros arroje el vencedor
a huída cobarde),
tanto arrebato de furia
y contiendas tan tremebundas

con arrojar un puño de polvo
en paz se aquïetan.
Bien, pero tú,
de la liza a los dos caudillos sacando,
al que estimes peor,
no estorbe con su demasía,
dale la muerte:
que reine el mejor en libre palacio.
Uno será de pecas de oro
ardiente en escamas
(que es que hay dos linajes):
ése es el mejor, señalado
por su cabeza y malla de fuego;
el otro, en desidia
despelufado,
arrastra innoble la ancha barriga.
Doble la faz de los reyes:
el pueblo doble de traza;
que unas feas se erizan, 96
como es de gran polvareda
cuando viajero sale
y a tierra escupe de boca
seca de sed;
las otras de clara chispa rebrillan
de oro ardientes,
pintado a parejas gotas el cuerpo:
ésta es cría mejor:
de ahí, al tiempo del cielo
justo, destilarás dulce miel,
y no tanto de dulce
cuanto de clara
y que amanse el acerbo gusto del vino.

Mas si el enjambre de acá para allá
por el cielo retoza,
desdeñando panales,
dejando fría la casa,
su ánimo volandero

de vanos juegos aleja;
ni es un gran trabajo alejarlo:
a los reyes las alas
quita: en titubeando así ellos,
ni una a lo alto
108 se atreverá a lanzarse
o del campo alzar las enseñas.

Las convide a su aura
jardín de flor de alazores;
guarda del pájaro y del ladrón
con verga de leño,
sea Priapo el dios helespóntico
buen amparo;
traiga él mismo tomillos
y pino de alta montiña
plante en torno a la casa,
al que llamen tales cuidados;
roce al duro trabajo su mano;
él mismo granados
brotes atolle en tierra
y de amiga lluvia los riegue.

Y aun de cierto,
si yo no viniese hacia el fin de mis penas
velas cogiendo
y de prisa tornando a tierra la proa,
puede que aún cantase
qué arte y cuido los huertos
engalana y abona,
y las rosaledas de Pesto
120 dobles de flor,
cómo goza en beber la endivia regatos
y con el apio la verde ribera
y crece en la yerba
contra su vientre el cohombro;
y ni el narciso de tardo
cabellecer callaría
o la corva tenca del cardo

ni la pálida hiedra
y el mirto, amor de la riba.

Que es que recuerdo
que bajo las torres de la alta Tarento,
donde las flavas mieses
las baña el negro Galeso,
vi a un anciano coricio,
el cual unas pocas yugadas
de desecho tenía,
ni mies para yunta de arada
ni para ovejas pacer
ni propia a labor de viñedo;
él pero entre abrojales
su ralas coles y blancos
lirios en torno plantando
y verbenas y dormideras,
lujos de rey igualaba en su fe, 132
y a casa tornando
tarde, la mesa cargaba
de no comprados manjares.
En primavera la rosa el primero,
al otoño las pomas
era a coger,
y si aún el acerbo invierno de frío
peñas hendía y frenaba el hielo
el correr de las aguas,
él ya estaba afeitando el mechón
de la tierna gamona,
tardo al verano gruñendo
y los zéfiros perezosos.
Conque también de cría de abejas
y mucho de enjambres
era el primero en bien abundar
y exprimir de panales
miel espumosa;
sus tilos tenía y pinos de fruto,
y de la fruta

que en flor de primero el árbol se había
engalanado,
otra tanta a sazón de otoño guardaba.
144 Él también ya grandes
dispuso en fila los olmos
y el ya recio peral,
el endrino echando ya prunas,
ya brindando el pládano sombra
a los bebedores.
Ah, pero yo,
por ley de la estrecha linde forzado,
paso de aquí,
y tras mí se lo dejo a que otros lo traten.

Ea, ahora las mañas diré
que Júpiter mismo
en las abejas sembró,
merced de que ellas, el canto
de los Curetes siguiendo
y los bronces tintineantes,
en la gruta de Dicte
al rey del cielo nutrieron.
Solas tienen sus hijos comunes
y públicos techos
de una ciudad
y someten a grandes leyes su vida;
solas ellas
su patria y hogares ciertos conocen,
156 y recordando el ivierno futuro,
en verano se ponen
a la labor
y en común lo que han ganado almacenan.
Que es que las unas a hacer provisión,
en firme contrato,
por el campo trajinan;
las otras en su recinto
lágrima de narciso
y de leño espesa resina

echan, primer cimiento
de los panales, y luego
cuelgan las firmes ceras;
las hay que, esperanza del pueblo,
sacan las crías crecidas;
las hay que límpidas mieles
van estibando
y perhinchen de néctar puro las celdas;
hay a las que en sorteo tocó
la guardia a las puertas,
conque por turno vigilan
el agua y nubes del cielo
o a las que llegan les toman la carga
o, formadas en cuadro,
echan del comedero a los zánganos, 168
torpe cuadrilla.
Bulle la obra,
y trasciende la miel fragante a tomillo.

Y como los Ciclopes,
de lentas masas el rayo
cuando fabrican
(los unos con recio fuelle los vientos
sorben y arrojan,
los otros en el pilón chirriando
mojan el bronce;
a fuerza de yunques cruje la cueva;
ellos en corro
los brazos en bruta fuerza levantan
a su compás
y de firme tenaza tuercen el hierro),
bien como así
(si es dado aponer lo chico a lo grande)
a las abejas
ínsito amor de tener las aguija,
en su labor cada cual.
La ciudad las ancianas la cuidan
y el armar los panales

y obrar sus artesonados;
180 las menores, cansadas,
de noche entrada se vuelven,
mucho tomillo en las patas:
doquiera pacen madroños
y azuleantes sauces y jara,
alazor rubicundo
y el untoso tilo
y la herrumbrosa gamona.
Uno el reposo a todas,
a todas uno el trabajo:
se echan allá de mañana;
y no hay quien pare; y lo mismo
cuando el lucero
del pasto a dejar al fin la campiña
llama, entonces a casa,
entonces cena y reposo:
zumba alrededor,
susurran en torno a muros y umbrales;
luego, que ya en sus alcobas
se han hacinado, silencio
noche adentro,
y los miembros los vence el sueño debido.
Pero si lluvia amenaza,
ni de su estancia se alejan
192 mucho ni, suspirando el Euro,
al cielo se fían,
sino arrimadas al muro
de su ciudad, a la aguada
van o tantean breves salidas,
y a veces chinitas,
como con mar movida
inestables barcas el lastre,
alzan consigo,
y con ello en las vanas nubes se rigen.
Una costumbre por cierto
te asombrará en las abejas,
que ni al acoplamiento se dan

ni el cuerpo relajan
lánguidas en amor
o pasan pena de partos;
no, sino que ellas
lamiendo de hojas y húmeda yerba
toman sus hijos:
su rey y sus ciudadanos pequeños
ellas se dan,
y la corte y reino de cera rehacen.
Y aun a menudo en su afán
contra áspera lonja las alas
se han quebrado, y sin más 204
bajo el fardo el alma rendido:
tanto el honor de criar la miel
y el amor de las flores.
Es así que, aunque a ellas la edad
en término estrecho
lleve a su fin
(que ni más se les da de siete veranos),
ah, pero queda la raza inmortal,
muchos años la casa
dura en prosperidad
y se cuentan abuelos de abuelos.
Por lo demás, al rey
no más el Egipto y la vasta
Lidia ni el pueblo pártico así
ni el Hidaspes de Media
honran: a salvo el rey,
una es el alma de todas;
él perdido, quebrantan la fe,
los armados panales
ellas por sí derruyen
y el enrejado de mieles;
él guardián de las obras,
a él veneran y todas
de un bordoneo espeso rodean 216
y escoltan en masa,
lo alzan a veces en hombros

o con sus cuerpos escudo
le hacen en guerra
y, heridas, a hermosa muerte se arrojan.
Hay quienes, de estas señas
y a tanta prueba atendiendo,
parte del alma divina
y celeste efluvio dijeron
que en las abejas hay:
que es que Dios se influye doquiera
por las tierras y trechos de mar
y el cielo profundo;
de él las bestias, rebaños y gente
y linajes de fieras
van sacando al nacer cada cual
sus ténües vidas,
cierto, a su vez para a él volver
y en él disolverse
todos, ni hay para muerte lugar,
que al número vuelan
vivos de las estrellas
y en hondo cielo se pierden.

228 Si la morada augusta
y de sus bodegas las mieles
fueres a descuajar,
mójate y un buche de agua
templa en la boca
y delante échales sin tregua humareda.
Doble acopio de fruto
y dos sus mieses al año:
cuando la Pléyade el rostro gentil
descubre a las tierras
dando del pie al caudal del Océano
desdeñosa,
o de que ella, huyendo del Pez,
lluviosas estrellas,
triste del cielo
a las invernales olas desciende.

Es sin medida en ellas la ira:
ofendidas, insuflan
al mordisco veneno
y los ciegos dardos hincados
dejan en las venas
y en una herida su alma.
Pero si miedo el invierno te da
y, cuidando el futuro,
lástima de su ruina 240
y sus abatidas haciendas,
pues sahumar tomillo
y segar la cera vacía
¿qué ha de costar?:
que oculta royó tal vez los panales
la salamandra
y rebosan de negras bratas las celdas,
y al ajeno festín
el zángano tan tranquilo
o el abejorro
con armas allí se entró desiguales
o las polillas, horrible ralea,
o la que odia Minerva
en la puerta colgó
sus flojas redes la araña.
Más que estén diezmadas,
con tanto más ímpetu todas
a reparar se echarán
de la raza hundida los daños
y a repoblar la plaza
y tender el granero de flores.

Pero si (pues que también
les dio a las abejas la vida
nuestros azares) 252
sucumben de enfermedad afligidas
(cosa que ya notarás
por no dudosas señales:
malas, al punto les muda el color;

hirsuta flacura
desfigura su bulto;
los cuerpos de los difuntos
luego les ves sacar
y marchar en fúnebre pompa;
o de las patas trabadas,
en el umbral se rescuelgan,
o titubean adentro
en las cerradas estancias
todas tardas de hambre
y de lento frío encogidas;
se oye más grave entonces el zumbo,
arrastra el susurro,
tal como el Ábrego frío
cuando en el bosque solloza,
como la mar crispada
cuando al reflujo resuella,
como en el horno cerrado
restalla el fuego a rebato),
264 luego allí te amonesto a quemar
de gálbano aromas
y, aportando por tubos de caña
miel, animarlas
tú de por ti
y al solido manjar llamar su desgana.
Bueno también
mezclar molido sabor de abujacos,
rosas secas también
y espeso de mucha cochura
mosto con miel
o racimos de vid icárica pasos
y el tomillo de Himeto
y la rudoliente genciana.
Hay una flor en los prados también,
que nombre de mielga
diéronle labradores,
espiga a la búsqueda fácil:
que de su sola cepa

enorme fronda levanta;
de oro la flor,
pero en las hojuelas mil que derrama
alrededor
un tinte de negra viola trasluce; 276
mucho altar de los dioses ornó
en trenzada guirnalda;
acre a la boca el sabor;
allá en los valles segados
la recogen pastores
y en los recodos del Mela:
cuece de sus raíces
en vino bien aromado;
de ello manjar a su puerta
a canastos llenos arrima.

Mas si de pronto a uno
la cría entera fallece
ni hay de donde llamar
linaje nuevo a la vida,
hora es ya
que el hallazgo inmortal del maestre de Arcadia
dé a conocer,
cómo a veces de degollados novillos
ya la podrida sangre
abejas crió. La leyenda
voy a tomar de atrás,
remontando a la fuente primera.
Que es que por donde el pueblo
del venturoso Canopo
vive del Nilo al par 288
de sus ciénagas desbordado
y esos sus campos va
en pintados esquifes rondando,
donde las lindes roza
de Persia armada de aljabas
y dividiéndose avanza
y en siete bocas se arroja

y que la verde Egipto
de negra arena fecunda,
río caudal
venido desde los indios tostados,
todo el país
su remedio en esta maña lo fía.
Un angosto lugar lo primero
y bien para el caso
justo se elige:
de teja en estrecho vano lo cercan
y entre apretadas paredes,
y añaden cuatro ventanas
desde los cuatro vientos
tomando al sesgo las luces.
Luego novillo
que ya dos años le corven la cuerna
buscan, y ambos ollares
y de la boca el resuello
mal de su grado le tapan;
y ya abatido a mazazos
túndenlo y, entera la piel,
las entrañas le muelen.
Puesto así, en lo cerrado lo dejan
y trizas de ramas
le echan bajo el costado,
tomillo y jaras recientes.
Esto se cumple
al rizar los primeros zéfiros olas,
antes que el prado
se pinte de nuevas púrpuras, antes
que golondrina chillona
su nido cuelgue al alero.
Van los jugos en tanto
al calor de los tiernos huesos
borboteando, y bichos
de maravilla de verlos,
mancos de pies primero,
ya pronto hirviendo de alas,

bullen allí,
y más y más a los claros aires aspiran,
hasta que igual que chubasco 312
de nubarrones de estío
rompen o como flechas
de cuerdas mil arrojadas,
cuando ligeros los partos
a abrir batalla disparan.

Musas, ¿qué dios,
quién fue el que nos forjó la artimaña,
de donde el nuevo ensayo
se abrió en los hombres camino?
El pastor Aristeo,
el val del Peneo dejando,
tras perder sus abejas —se cuenta—
de hambre y de morbo,
triste al par del santo venero
del río parado,
tal con largo gemido
alzó la voz a su madre:
«Madre, madre Cirena,
que en este turbio cabozo
moras al hondo,
¿a qué de preclara estirpe de dioses
(si es que mi padre el que dices lo es,
Apolo timbreo)
dísteme a luz, a los hados odioso? 324
o ¿dónde se ha ido
ese tu amor?
¿Por qué esperanza de cielo me dabas?
Héme que aun esta gala
de mi vivir moridero
que una curiosa guarda
de mies y bestias apenas
tras de mil pruebas me dio,
siendo tú mi madre, la pierdo.
Ea, pues ¿qué?

de tu mano arranca en flor mis viveros,
fuego rabioso mete al establo,
arrasa mis mieses,
quema sembrados,
derrueca a mandobles de hacha mi viña,
si de mi buena fama
te entraron tantos hastíos».

Pero la madre
en las salas del hondo río las quejas
vino a sentir.
En torno, vellones finos las ninfas
iban hilando,
bañados en blavo tinte de vidrio,
336 que eran Drimó y Jantó
y Filódoca con Ligea,
la cabellera sedosa
a los cuellos cándidos suelta,
[y aun Espió y Nesea
y Cimódoca con Talía]
y aun Cidipa y la flava Licóride,
la una doncella,
la otra recién pasado
primer dolor de Lucina,
Béroa allí y su hermana Clió,
las oceaninas,
ambas de oro y ceñidas
de pintas pieles entrambas,
y Ēfira allí, con Ōpide
y Deyopea asïana
y, olvidadas sus flechas al fin,
la rauda Aretusa.
Clímena en medio
narraba el vano afán de Vulcano,
la artimaña de Marte
y furtivos gozos, y tantos
iba del Caos acá
contando amores de dioses.

Que a su canción prendidas, 348
al ir los husos el muelle
copo estirando,
otra vez el materno oído a su queja
hiere Aristeo,
y a todas en su escabel cristalino
pasmo tomó;
a sus hermanas adelantando Aretusa
la áurea cabeza a mirar sacó
del somo del agua,
conque de allí: «Ay,
no en vano de tal gemido asustada,
él, hermana Cirena, él es,
tu cuido primero,
que a la orilla del padre Peneo
Aristeo doliente
se ha parado a llorarte
y cruel por nombre te llama».
Su alma herida de extraño pavor
responde la madre:
«Tráelo ya, tráelo aquí:
es de ley que estancias divinas
pueda pisar».
Dice, y manda a lo ancho abrirse los hondos
flujos, que paso al mozo le den. 360
Y he aquí que plegada
como a manera de valle
lo cerca quieta la onda,
tómalo en vasto manto
y por bajo el río lo mete.

Ya la mansión de su madre admirando
y húmedos reinos,
lagos allí en cavernas cerrados,
bosques rugientes,
iba, y pasmado allí
del tumulto inmenso de aguas,
todos los ríos

que bajo la ancha tierra remanan
hacia diversos rumbos veía,
el Fasis, el Lico
y el manantial de que brota a nacer
el hondo Enipeo,
de donde el padre Tíber
y el raudo Aniëne de donde,
Hípanis guijarroso rugiente
y Caíco de Misia
y de su doble cuerna
la faz de toro dorada,
372 río el Erídano,
que otro no hay que entre negros sembrados
corra más poderoso
a las mares purpurecientes.
Luego que ya a la sala
de hueca bóveda en roca
se hubo llegado
y lo vano de tanto llanto del hijo
supo Cirena,
a las manos por orden limpios raudales
dan las hermanas
y traen de rasos flecos manteles;
colman aquí de manjares las mesas,
allí las copas
sirven al ras;
de incienso panqueo humean las aras.
Conque la madre
«Ea, alza el lidio cáliz de Baco:
por el Océano» dice «brindemos»,
y ella a seguido
reza a Océano padre del mundo
y las ninfas hermanas
cien que los bosques
y ciento que los arroyos amparan.
384 Tres el ardiente hogar
roció por veces del néctar,
tres la llama brincó a relumbrar

en la bóveda alta.
Que del agüero aliento tomando,
así ella comienza:

«Hay en los golfos del mar de Cárpato
un adivino,
el celiazul Proteo,
que el ancho piélago en carro
cruza uncido de peces
o de corcel de dos patas.
Él va ahora los puertos de Emacia
y su patria Palena
revisitando.
A él las ninfas lo respetamos y mismo
aun el anciano Nereo;
pues todo, adivino, lo sabe
todo lo que es,
lo que fue y lo que por venir se demora;
como que así a Neptuno le plugo,
cuyo rebaño
descomunal bajo el golfo apacienta
y lúridas focas.
A él lo primero, hijo mío, 396
habrás de amarrarlo, que toda
causa del morbo explique
y le dé a tu suerte bonanza.
Que si a la fuerza no es,
ni dará consejo ni ruegos
no lo doblegarán:
dura fuerza y, cazado, en amarras
ténlo: con ellas sus mañas al fin
ya vanas se quiebran.
Yo, de que el sol
atorre la siesta en llamas, y cuando
cae la yerba de sed
y el ganado busca la sombra,
te guiaré a la guarida del viejo,
adonde cansado

torna del mar,
que en el sueño a placer tumbado lo ataques.
Pero, de que agarrado
y en red trabado lo tengas,
te ha de burlar
varïable apariencia y caras de fieras:
que es que de pronto
se hará jabalí erizado y sombría
408 tigre y dragón escamoso
y de rubia testa leona;
o se echará a crepitar
como viva llama, del lazo
por escapar,
o se irá en delgadas aguas deshecho.
Mas cuanto él más y más
en toda forma se mude,
tanto tú, hijo, más firme
las ataduras aprieta,
hasta que tal,
mudando de cuerpos, sea de nuevo
cual de primero lo vieras
cerrar al sueño los ojos».

Dice, y derrama del vino de dioses
flúido aroma,
con que bañó de su hijo
el cuerpo entero: y al punto
dulce le traspiró
de los quietos cabellos el aura
y ágil vigor a sus miembros subió.
Hay una caverna
vasta, al flanco de hueco cantil,
adonde del viento
420 la ola hinchada se amasa
y se rompe en revueltas corrientes,
fondeadero antaño seguro
a perdidos marinos.
Dentro se esconde Proteo

de enorme roca al abrigo.
A esta guarida al mozo,
de contra luz desviado,
mete la ninfa;
ella aparte se queda oscura de nieblas.
Ya arrebatado el Perro
que torra al indio sediento
alto ardía en el cielo
y el sol medio había de fuego
su arco pasado,
amustiaba la yerba, y los ríos, de secas
fauces cavados,
su fuego hasta el cieno los recocía:
ya de las olas Proteo
hacia la gruta sabida
iba; del vasto piélago en torno
el húmedo pueblo
al retozar salpica a lo ancho
amargo rocío.

Caen al sueño acá y allá 432
en la costa las focas;
él, como un guardián de establo
un día en el monte,
cuando el Lucero
del pasto recoge a casa las vacas,
cuando al lobo
balido de los corderos aguija,
en su escollo se asienta en el medio
y recuenta su hato.
Que, como ya a Aristeo
se le ha ofrecido a la mano,
lasos los huesos al viejo aposar
dejándole apenas,
de alto grito se arroja
y, tumbado en tierra, los brazos
se echa a amarrarle.
Él, no olvidado a su vez de sus mañas,

transformándose va
en todas las maravillas,
fuego y fiera tremenda
y escurridiza corriente.

Mas, de que engaño ninguno
a huír le acierta, vencido
444 torna a sí mismo, y al fin
por boca hablando de hombre,
«Pero pues ¿quién,
rapaz el más insolente, a mis sedes
te ha mandado venir?
o ¿qué buscas?» dice; y el mozo
«Tú, Proteo, lo sabes;
y nada ocultársete puede;
deja ya de fingir.
Por voz guiados de dioses,
hemos venido
en la ruina a pedir divina respuesta».
No más habló. A lo que el adivino
al fin a gran fuerza
contratorció los ojos
ardiendo en luz azulenca
y rechinando rabiosa
abrió la boca a los hados:
"No es sin ira de un dios
el que tal quebranto te aflija:
purgas grave pecado:
tal pena el mísero Orfeo,
no medida a tus méritos, no,
si el sino no ceja,
456 trae sobre ti,
y se venga cruel por esposa perdida.
Sí, que ella, al ir huyendo de ti
del río al barranco,
descomunal culebra,
a su muerte corriendo la niña,
guarda del río, a sus pies

no la vio entre la alta junceda.
Ah, sus amigas a coro las Dríades
todos los montes
de su clamor llenaron;
lloró la sierra de Ródope,
la escarpada Pangea,
el país guerrero de Reso,
los de Danubio, y el Hebro,
y en Ática, Oritía.
Él con la hueca lira
el doliente amor consolando,
dulce esposa, a ti,
en la sola orilla consigo,
«Tú» al venir el día
y «tú» al marcharse cantaba.

Aun a las fauces del Ténaro,
a la honda puerta de Dite,
y al nubloso de negros espantos 468
lóbrego bosque
vino a entrar
y a las Ánimas fue y al rey tremebundo,
almas que a rezo humano
no saben enternecerse.
Ah, pero al canto movidas,
del reino del Érebo hondo
sombras iban delgadas,
imágenes de difuntos,
tantas como a las hojas
los pájaros huyen a miles,
cuando el Lucero los echa del monte
o frío chubasco,
madres y hombres de pro
y sin vida cuerpos de fuertes
campeadores y niños
y niñas de boda privadas
y ante sus padres muchachos
a ardientes piras echados;

que alrededor lodo negro
y la infeliz cañavera
del Cocito, aguas lentas
de ciénaga malquerida
480 los aprisiona
y Estige arramada en nueve reflujos.
¡Si aun a la misma mansión de la Muerte
y Tártaros hondos
pasmo tomó
y a las Furias de crin de azules culebras
enratijada,
y se heló en tres bocas Cérbero abiertas
y de Ixión la rueda
quedó en su viento parada!

Ya volvía a salir,
todo trance había salvado,
ya devuelta a la vida
llegaba Eurídica al aire,
yendo tras él
(pues esto por ley Prosérpina puso),
cuando de pronto
al amante a traición le entró una locura,
perdonable,
si perdonar los Muertos supieran:
párase y a su Eurídica,
ya a las puertas del día,
ay, olvidado y vencido de amor
la miró. Todo al punto
492 el trabajo perdido,
y la paz del crudo monarca
rota; tres veces fragor resonó
en las charcas avernas.
Ella «¿Qué fue» dice «qué,
que me pierde, Orfeo, y te pierde,
tal arrebato?
Ve aquí que otra vez me llaman los fieros
hados atrás,

y mis ojos flotando en sueño se anegan.
Ya, ya adiós:
me llevan de inmensa noche cercada,
flojas tendiendo hacia ti,
ay, ya no tuya, las manos».
Dijo, y de pronto a sus ojos,
como en los ténües aires
humo perdiéndose,
allá de su lado huyó; ni, queriendo
él las sombras en vano agarrar
y cosas decirle
tantas, lo vio más tiempo;
ni ya el barquero del Orco
más le dejó pasar
la contrapuesta laguna.

¿Qué iba a hacer? ¿Dónde ir, 504
con su amor dos veces robado?
¿Qué llorar a los Muertos?
Su rezo alzar ¿a qué dioses?
Ella en verdad ya fría
en la barca estigia bogaba.
Meses siete se cuenta
y mes tras mes que llorando
so el altivo roquedo,
del yermo Estrimón a la orilla,
solo quedó
y esta queja enhiló en las grutas heladas,
tigres enterneciendo,
arrastrando a su canto los robles,
tal como Filomela afligida
a la sombra del álamo
por sus crías perdidas se queja,
que duro labriego,
puesto al acecho,
sin pluma arrancó del nido; mas ella
llora la noche,
y posada en la rama el canto de penas

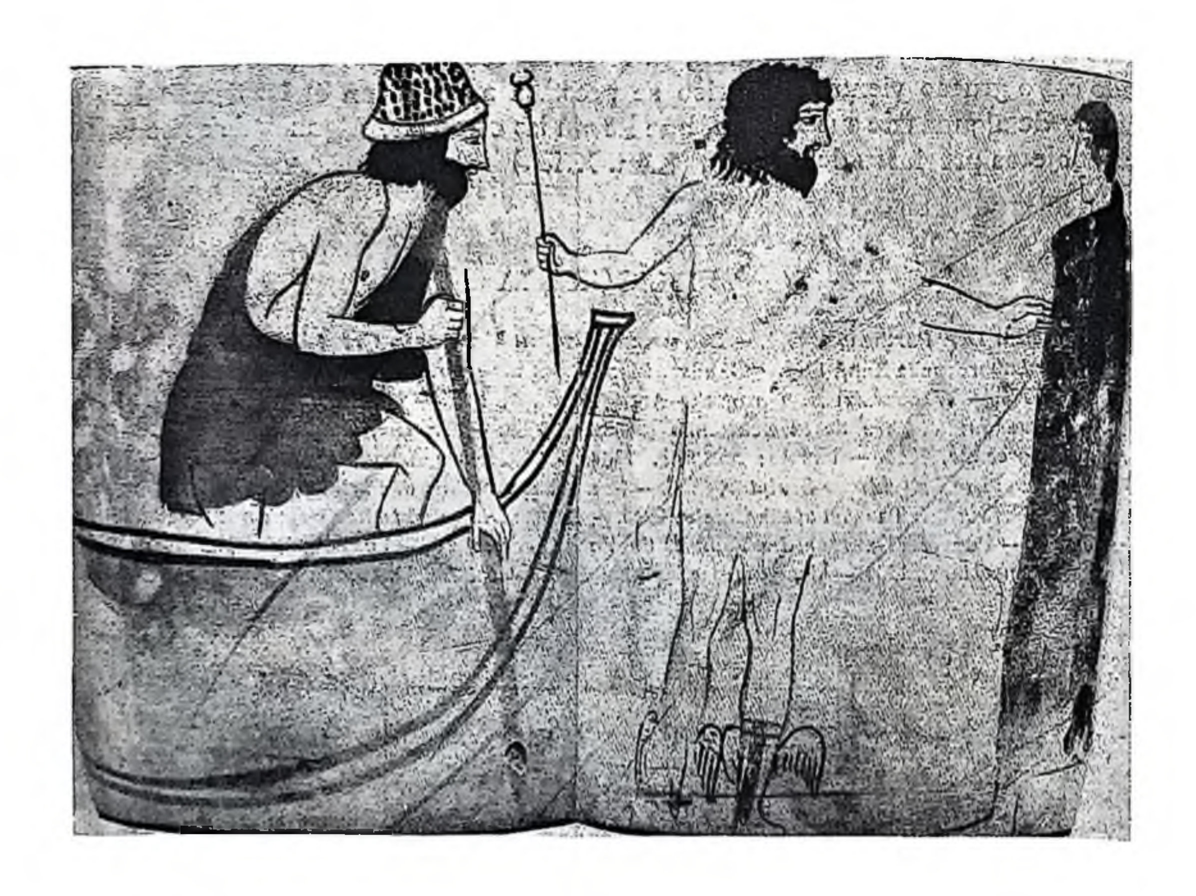
ya reanuda
y de queja dolida llena los campos.
516 Ni un amor doblegó su pasión
ni boda ninguna:
solo, los hielos del Norte
y el Tánais neviscoso
y la llanura
que nunca la escarcha escita abandona
él recorría,
llorando perdida a Eurídica, el vano
don de Plutón.
Despechadas de tal honor, las señoras
tracias, en medio del rito y orgía
de Baco nocturno,
descuartizado al mozo
por la ancha vega esparcieron.
Y aun después,
la cabeza del claro cuello arrancada,
cuando por sus cabozos
rodando el Hebro de Tracia
iba llevándola,
«Eurídica» el frío son de la lengua,
«Ay Eurídica triste»
exhalando el alma llamaba;
río abajo sonaba en la orilla
«Eurídica» el eco.'»

528 Esto Proteo,
y de un salto se echó a los piélagos hondos;
donde cayó,
removió al zambullir torbellino de espumas.
Ah, pero no Cirena;
y sin más, medroso le hablaba:
«Hijo, es bien que descargues
la amarga cuita del pecho:
ésta es toda la causa del mal.
Por eso las Ninfas,
con quienes ella en coro danzaba

en lo hondo del bosque,
dieron a tus abejas mal fin.
Tú ofrendas de hinojos
alza pidiéndoles gracia
y adora a las Ninfas afables:
pues te darán al rezo perdón,
cejarán de su ira.
Pero de cómo adorar,
te diré uno por uno los modos.
Cuatro toros de espléndida traza
escoge señeros
que en tu vacada
la cumbre del verde monte de Arcadia
pacen, y no tocadas del yugo,
otras tantas novillas.
Cuatro altares
ante el sagrado portal de las diosas
pónles allí,
y de sus gorjas la santa sangre derrama,
mas sus cuerpos allí
en el espeso bosque abandona.
Luego que ya la aurora
novena asome, a la sombra
consagrarás de Orfeo
letales adormideras;
inmolarás negra oveja;
y a ver el bosque retorna:
ya apaciguada, a Eurídica
ofréndale una becerra».
Sin tardar, obedece al punto
la voz de su madre:
llega al sagrado portal,
los altares alza prescritos,
cuatro toros de espléndida traza
en fila señeros
lleva y, no tocadas del yugo,
otras tantas novillas.
Luego, que ya la aurora

novena asomaba, a la sombra
le hace ofrenda de Orfeo,
y a ver el bosque retorna.
Ah, pero aquí —maravilla—
de pronto —el solo contarlo—
ven milagro:
en la entraña hecha pus de las reses abejas
todo en el vientre zumbar
y bullir de las rotas costillas,
nubes inmensas tender,
y ya en lo alto del árbol
juntas, colgar su racimo
del ramo bamboleante.

Esto sobre labranza del campo
y ganados cantaba
y de vergeles,
en tanto que César grande hacia el hondo
Éufrates lanza el rayo de guerra
y de grado a los pueblos
leyes da vencedor
y se abre vía al Olimpo.
Era sazón que a mí, Virgilio,
criábame dulce
564 Nápoles, en tareas
de oscura holganza florido,
yo que imité el cantar pastoril
y, audaz como joven,
Títiro, te canté
al amparo del haya acostado.
Cuxá-París 17 Ag. 74



«Guarda ese agua *[...]* Carón: cae larga de canas despeinada su barba, los ojos velan en llamas, sucia del hombro le cuelga atada en nudo la capa. El de varal empuja la barca, atiende a las velas, y en herrumbroso esquife los cuerpos va trasegando» *(Eneida* VI 298-303). Las figuras tradicionales de las leyendas de ultratumba (he aquí Hermes conduciendo un ánima a la barca de Carón, en un vaso de figuras rojas) se funden en el descenso de Eneas con las ideas místicas sobre la muerte, juicio y vida de las ánimas en el otro mundo.

LIBRO SEXTO

Tal llorando le habla;
a la flota suelta la rienda,
y ella vuela
a rozar al fin la costa de Cumas.
Tornan proas al piélago;
el ancla en firme mordisco
ya fondeaba las naves,
y la ribera de corvas
popas se orla.
Cuadrilla de mozos salta fogosa
al litoral de Hesperia;
unos sacan de entre las venas
del pedernal semilla de fuego,
otros huras de fieras
bosque cerrado recorren
y fuentes que hallan enseñan.
Mientras, el justo Eneas
al cerro en que hizo su alcázar
alto Apolo camina,
a la vasta gruta y retiro

de la Sibila terrible,
en quien su espíritu alienta
y alma el dios adivino,
y lo porvenir le descubre.
Entran al bosque ya de la Trivia,
a los techos de oro.
Dédalo —así se cuenta—
al huir del reino de Minos,
con presurosas plumas
al cielo osando lanzarse,
por la región no sabida bogó
hacia las gélidas Osas,
y en el alcázar al fin
se posó ligero de Cumas;
donde primero la tierra tocó,
a ti, Febo, te ofrenda
las remadoras alas
y vasto templo te funda.
En las puertas
la muerte de Andrógeo graba, y la pena
que sobre Atenas cayera
—dolor—, siete cuerpos cada año
de hijos del pueblo:
está puesta para el sorteo la urna;
frente por frente,
del mar en relieve la ínsula Gnosia;
donde el amor cruel
y Pasífae gacha furtiva
bajo su toro,
y la raza mezclada y la híbrida cría,
Minotauro, se ve,
de amoroso crimen recuerdo;
donde la casa penosa
y aquel sin fin laberinto,
sólo que al grande amor de la reina
compadecido
Dédalo mismo guió
por recovecos y trampas

con su ovillo los pasos sin luz.
También en la obra
Icaro, habrías tenido
(el dolor le dejara) tu parte:
dos veces ya
en el oro intentó labrar la aventura,
dos cayeron sus manos de padre.
En fin, así todo
lo recorrieran los ojos,
si no es que Acates de dentro
vuelve y Deífobe al par, la de Glauco,
santa oficiante
de Hécate trivia y de Febo, 36
que tal al príncipe habla:
«No es mirar ese arte
lo que hoy el tiempo requiere:
ya inmolar de intacta vacada
siete novillos
fuera mejor,
otras tantas al rito gratas ovejas».
Tal a Eneas hablando
(y al punto el rito ordenado
cumple su gente),
a los teucros los llama a lo hondo del templo.
Hay en la roca eubea
caverna enorme cavada,
adonde dan cien anchas veredas,
donde, por bocas
cien, cien voces retumban,
de la Sibila respuestas.
Sólo al umbral llegar,
«Hora es» la virgen «que el hado
se haga saber. El dios,
hélo aquí el dios», y diciendo,
ante la puerta
la cara de pronto, el color se le muda,
se alborota su pelo; 48
anheloso el pecho, y de rabia

se hincha el feroz corazón,
y ya parece más grande,
ya sobrehumana su voz,
alentada que es por el genio
más cercano del dios.
«¿Tus votos tardan y rezos?
¿Tardan, Eneas?» dice
«Pues no han de abrirse sin eso
de la asombrada mansión
las anchas bocas»; y dicho,
muda quedó.
Corrió por el duro hueso a los teucros
escalofrío;
y reza el rey de lo hondo del pecho:
«Febo, a quien siempre dolieron
las graves penas de Troya,
tú que la mano de Paris y el dardo
al cuerpo de Aquiles
bien le guiaste,
en mares a vastas tierras abiertos
tantos entré con tu guía,
y al pueblo lejos hundido
de los masilos,
y al yermo que orla el mar de las Sirtes:
ya alcanzamos al fin
la huidiza orilla de Italia:
sea hasta aquí no más
que me acose el sino troyano.
Ya también es ley perdonar
al pueblo dardanio,
dioses y diosas todos,
a quienes Ilio se opuso
con su altiva grandeza.
Y tú, oh santa adivina,
sabia de porvenir, consiente
(reino no pido
más que el que el sino me debe)
que asiente el teucro en el Lacio

los errabundos dioses
tan trasteados de Troya.
Luego a Febo y la Trivia
de mármol templo macizo
he de alzar
y fiesta sagrada al nombre de Febo.
Gran capilla también
a ti en mi reino te aguarda:
sí, que yo allí 72
tus cifras de azar y la arcana ventura
dicha a mi pueblo pondré
y escogidos prestes, oh madre,
consagraré.
Tú no más a las hojas fíes tus versos,
no alborotados vuelen,
juguete a rachas del viento:
cante, te ruego, tu voz».
Y cerró al discurso su boca.
Ah, pero aún rebelde a su dios
la adivina en la cueva
descomunal se agita,
el divino genio del pecho
por sacudirse;
y tanto más él le cansa la boca
espumeante,
el feroz corazón refrenando le doma.
Ya las enormes puertas del antro
ciento se abrieron
solas sin más,
y su voz inspirada arrojan al aire:
«Oh tú al fin
que pasaste del piélago tantos peligros
(sí, pero más te aguardan en tierra), 84
al reino lavinio
han los troyanos de entrar
(echa ya ese afán de tu pecho),
pero ni haber entrado querrán:
guerra, hórrida guerra

y espumante el Tíber
de tanta sangre lo veo;
ni un Simunte ni un Janto
ni campamentos aqueos
te han de faltar:
otro Aquiles te tiene el Lacio criado,
hijo de diosa también;
ni a los teucros Juno de encima
se les irá;
tú en tanto ¡a qué pueblo ítalo en ruegos
y en tu abandono a cuánta ciudad
no habrás acudido!
Causa del mal,
otra vez una esposa amable a los teucros
y otra vez forastero amor.
Tú no cedas al mal,
sino más osado lo afrontes,
96 más que tu suerte te deje.
Primer camino de vida,
de donde menos esperas,
vendrá de alcázares griegos».
Tales palabras
del sacro cubil la Sibila de Cumas
canta en espeluznante misterio,
y muge en el antro,
de oscuridad cubriendo verdad:
tal tira del freno
a su locura
y aijada en su pecho Apolo retuerce.
Ya que cedió el furor
y paró espumante la boca,
habla Eneas divino:
«Visión ninguna de penas,
virgen, nueva a mis ojos
o no esperada aparece:
todo de antes lo oí
y cavilé en mi alma conmigo.
Sólo te ruego

que, ya que el umbral del dios soterraño
diz que es aquí
y que Aqueronte en nublosa charca rebosa,
ir delante del padre querido 108
y ver su semblante
séame dado,
y me guíes y la alta puerta me abras.
Yo por las llamas a él
y por tiros mil acosado
lo arrebaté en mis hombros
por entre el campo enemigo;
él siguiendo mi rumbo,
los mares todos conmigo,
toda amenaza de piélago y cielo
al par soportaba
desfallecido,
por sobre la fuerza y ley de sus años;
sí, y que a ti suplicante acudiese
y viniese a tu puerta
él mandarme solía y pedir.
Del hijo y del padre,
santa, apiádate tú:
pues puedes todo, y por algo
Hécate a ti te puso
a regir el bosque de Averno.
Si hizo salir de allá
de su esposa el ánima Orfeo
con la virtud de su cítara tracia 120
y lira vibrante,
si alternando la muerte
libró Poluce al hermano
y anda y desanda mil veces la vía
(¿Qué de Teseo,
de Hércules qué recordar?),
yo también desciendo de Jove».
Tal rogaba diciendo
y su mano el ara tenía,

no más llegar, lo ven,
de oscura muerte segado,
al eolio Miseno,
que nadie más poderoso
que él a llamar al clarín
y avivar la guerra a sus sones.
Él del gran Héctor fuera compaña:
al lado de Héctor
con trompeta y lanza señero
entraba a la lucha;
168 luego que a aquél le robó vencedor
Aquiles la vida,
al dardanio Eneas
el campeador valeroso
fuera a aliarse
y seguir no menos noble partido.
Ay, ese día,
al hacer resonar con su caracola,
loco, la mar
y desafiar a tañer a los dioses,
fuerte rival, Tritón lo agarró
y —si es fuerza creerlo—
entre las rocas al mozo hundió
en la espuma y las olas.
Todos pués con gran vocerío
en torno rugían
y el piadoso Eneas por él.
Lo que dijo la santa
luego, sin más, ejecutan llorando,
y la fúnebre ara
a amontonar de troncos
y al cielo alzarla porfían.
Entran a antiguo bosque,
de fieras honda guarida;
180 caen abetos allí,
suena herida al hacha la encina,
suenan vigas de fresno,
rajado el roble de cuñas

hiéndese y ruedan olmos enormes
montes abajo.
Ni entre ajetreo tal
deja Eneas de ir el primero
dando a sus hombres la voz,
y de iguales armas se apresta.
Mas para sí en su pecho afligido
un ansia revuelve
contemplando el bosque sin fin,
y un rezo le sale:
«Si se nos muestra ahora
aquel ramo de oro en el árbol
en tan espesa foresta,
una vez que todo verdades
—ay, demasiado—, Miseno,
de ti anunció la adivina!»
Esto dijera apenas,
y al caso un par de palomas
ante su faz vinieron a él
volando del cielo
verde en el suelo a posar: 192
las aves allí de su madre
luego el divino rey reconoce,
y reza gozoso:
«Sed al camino que sea mis guías,
el rumbo en el aire
enderezad al bosque
que el rico ramo la gruesa
tierra sombrea.
Y tú en mis dudas no me abandones,
diosa mi madre».
Así que hubo dicho, andando con tiento
mira qué señas le dan,
adónde tienden el vuelo.
Ellas acá picando y allá
van sólo volando
cuanto que pueda el ojo llegar
de sus seguidores.

Ya que a las hoces al fin
del hediondo Averno llegaron,
alzan raudas el vuelo,
y por aire claro bogando
en la ansiada mansión
sobre árbol doble se posan,
donde brilló resaltando en la fronda
el oreo del oro.
Tal como en medio del frío en el bosque
el muérdago suele
dar sorpresa de hojas,
de savia ajena criadas,
y de su gualdo retoño
los lisos troncos ceñirse,
tal era allí de ver
en el roble oscuro la fronda
de oro; así crepitaba
al blando viento la chapa.
Rápido Eneas lo agarra
y con ansia el tallo moroso
quiebra, y lo lleva al techo
de la adivina Sibila.
No dejaban en tanto en la costa
de hacerle a Miseno
planto, y echaban el último don
a la sorda ceniza.
Para empezar,
resinosa de pino y alta de tanto
roble aserrado armaron la pira;
de fronda de luto
le entretejen los flancos
y mortüorios cipreses
plantan al pie,
y los cuelgan por gala de armas bruñidas;
mientras que onda hirviente
y del fuego bullentes calderos
otros aprestan,
y lavan el frío cuerpo y lo ungen.

Alzan el llanto.
Después, los llorados miembros de nuevo
traen a su lecho,
sus ropas de grana bien conocidas
le echan encima.
El gran ataúd ya alzaron en hombros
—triste servicio—,
y por bajo la leña, en ritos antiguos,
vuelta la faz tendieron la antorcha.
En masa se queman
dones de incienso,
manjares, vertidas jarras de olios.
Luego que se arrumbó la ceniza
y duerme la llama,
los despojos, sedienta pavesa,
en vino bañaron,
y recogió Corineo los huesos 228
en urna de bronce.
Él también
agua pura arredor pasando tres veces
los salpicó de rocío
de ramo de oliva granado,
y la mesnada limpió,
y las palabras últimas dijo.
Ah, pero el justo Eneas
ingente mole de tumba
pone sobre el guerrero y sus armas,
remo y trompeta,
bajo el altivo monte
que hoy la gente Miseno
llama por él
y por siglos de siglos guarda su nombre.
Esto acabado,
apresúrase a hacer lo que dijo la santa.
Hubo una honda caverna,
pasmosa en vasto bostezo,
áspera, en negra charca cerrada
y tiniebla de bosques;

sobre la cual
ningún ser alado a salvo volando
240 rumbo podía trazar:
tan hediondo vaho su negra
boca alentando
subía a la bóveda clara del día;
de donde nombre al lugar
los griegos dieron Aorno.
Cuatro primero novillos aquí
de lomo azabache
hace poner
y vino en su frente vierte oficiante;
luego en mitad de la cuerna
rapando flor de las cerdas
la echa al fuego sagrado
para primicia de ofrenda,
a Hécate a voces llamando,
en cielo y Érebo reina.
Meten otros cuchillo a la gorja,
y tibia la sangre
toman en páteras.
Él por su mano Eneas oveja
negra a la Madre de Furias en don
y a su Gran Hermana
hiere de espada,
y a ti, Prosérpina, vaca machorra;
252 luego al Rey de Estigia
nocturnas aras estrena,
y una entraña de toro
arroja entera a las llamas,
lento aceite virtiendo
sobre la víscera ardiente.
Y hélo aquí que,
al umbral del sol primero y el alba,
bajo los pies el suelo
empezó a mugir y los sotos
a retemblar,
y se oyó como aullar la sombra de perras,

yendo la diosa a llegar.
«Lejos oh, lejos oh, los profanos»,
grita allí la adivina
«y del bosque entero apartáos.
Lánzate tú al camino
y arranca el hierro a la vaina:
ahora hace falta, Eneas, valor,
firme ánimo ahora».
No más habló;
arrebatada se entró a la abierta caverna;
él a su guía
con paso sin miedo iguala los pasos.
Dioses que cetro tenéis 264
sobre sombras y ánimas mudas,
Caos y tu, Flegetón,
noche y campo de ancho silencio,
séame ley cantar lo que oí,
venia vuestra me valga
a revelar lo que yace
bajo honda tierra y tinieblas.
Iban oscuros
por bajo la sola noche por entre
sombra y la yerma mansión de Plutón
y el reino vacío,
tal como en luna incierta
bajo la luz hechizada
se entra al bosque,
a la hora que hundió en las sombras el cielo
Júpiter y el color
robó a las cosas la noche.
Ante el mismo portal
y al entrar al túnel del Orco
tiene cubil el Duelo
y las vengadoras Angustias,
pálidas moran las Pestes
y la Vejez cariagria,
Miedo y Hambre alevosa 276
y la afrentosa Pobreza,

espantables visiones,
y Muerte y Pena y Trabajo;
luego el Sueño hermano de Muerte,
y negros los malos
Gozos del alma,
y frente al umbral la fúnebre Guerra
y en su alcoba de hierro las Furias,
y loca Discordia,
el viboreño cabello
ceñido en cinta sangrienta.
En la mitad,
sus ramos y añosos brazos alarga
olmo espeso gigante,
mansión que los vanos Ensueños
diz que habitan en banda,
de todas las hojas colgados.
Muchos allí también
vestiglos de híbridas fieras,
ante el umbral Centauros en cuadra,
Escilas perrunas,
y Briareo el centimembrudo,
y la sierpe de Lerna
288 de hórrido silbo,
y la bestia Quimera armada de llamas,
las Gorgonas y Harpías,
la sombra del triple gigante.
Saca aquí,
en repentino terror temblando, la espada
rey Eneas,
y opone al embate el filo desnudo;
y aun si su guía avisada
no le hace ver que sutiles
vidas revuelan sin cuerpo
en hueca ilusión de figura,
fuera a atacar
y a mandobles en vano hiriera las sombras.
Lleva de aquí el camino
a la onda del negro Aqueronte.

Turbio el cual remolino de cieno
en vasto cabozo
hierve, y toda su arena
sobre el Cocito regüelda.
Guarda ese agua y corrientes
espeluznante barquero,
el de la roña horrenda, Carón:
cae larga de canas
despeinada su barba, 300
los ojos velan en llamas,
sucia del hombro le cuelga
atada en nudo la capa.
Él de varal empuja la barca,
atiende a las velas,
y en herrumbroso esquife
los cuerpos va trasegando,
viejo el dios,
pero cruda vejez y verde la suya.
Todo tropel allá a la ribera
en tromba acudía,
madres y hombres de pro
y sin vida cuerpos de fuertes
campeadores,
y niños y niñas de boda privadas,
y ante sus padres muchachos
a ardientes piras echados,
cuantas se ven en el bosque
al primer temblor del Otoño
hojas flotando caer,
o del hondo golfo a la costa
pájaros cuantos en bando venir,
que el frío del año
tras de la mar espanta 312
y arroja a tierra abrigada,
todos en pie pedían
cruzar los primeros el río,
todos tendían la mano
en amor de la otra ribera;

ah, pero hosco el marino
ora a éstos acoge, ora a aquéllos,
y a otros lejos aparta
y de la arena los echa.
Rey Eneas,
pasmado y de tal tumulto dolido,
«Díme, oh virgen», le dice
«¿a qué esa carrera a las ondas?
¿Dónde las ánimas van?
O ¿qué orden hace que unas
dejen la orilla,
otras surquen a remo el lívido vado?».
Tal brevemente le habló
la sacerdotisa longeva:
«Sangre de Anquises, oh tú,
retoño cierto del cielo,
ves el Cocito en hondo remanso
y la charca de Estige,
324 por quien temen los dioses jurar
malusando su nombre.
Ésta que miras,
la tropa de míseros insepultos;
ese barquero, Carón;
los que bogan, los enterrados;
ni antes es dado
la orilla horrenda y ronca corriente
trasbordar
de que en su mansión los huesos reposen:
van cien años errando
y por esta costa revuelan,
hasta que al fin
los acoge al tornar la charca anhelada».
Quieto el hijo de Anquises quedó,
y el paso detuvo
tanto pensando
y del desigual azar condolido.
Mira afligidos allí
y del honor de la tumba privados

ve a Leucaspis
y al guía de naves licias Orontes,
los que de Troya a la par
por mar ventosa bogando,
trajo el ábrego a pique, 336
anegando y naves y hombres.
Hélo que se acercaba
el timonel Palinuro,
que en los rumbos de Libia recién,
mirando los astros,
desde la popa cayera,
allá entre las olas perdido.
Lo conoció desolado
en espesas sombras apenas,
que él se adelanta a hablarle:
«¿Qué dios a ti, Palinuro,
te arrebató de mí
y te hundió en mitad de las aguas?
Díme, oh di:
pues el que antes jamás me fuera engañoso,
sólo en tu profecía
burló mis mientes Apolo,
que de la mar
cantaba que sano y salvo vendrías
al confín de Ausonia.
¿Ēsa es la fe prometida?»
Ēl a su vez:
«Ni a ti te burló en su oráculo Febo,
príncipe Eneas, 348
ni dios me hundió en las olas alguno.
Que es que el timón
por azar de recio golpe arrancado,
al que apegado velaba
y regía el rumbo, cayendo
lo arrastré de cabeza conmigo.
A las mares amargas
juro que miedo
no tanto me entró por mí como miedo

cuerpos vivos no pueden pasar
la barca de Estigia.
Ni a Hércules en verdad
me alegré en su viaje de haberlo
en la laguna acogido,
a Pirítoo no, ni a Teseo,
aunque nacidos de dioses
y nunca en fuerza vencidos:
él acosó al Mastín del Tártaro
a echarle cadenas
396 hasta el pie del trono del Rey,
y arrastrólo temblante;
ellos la esposa de Dite
arrancar de su alcoba quisieron».
Ante lo cual
brevemente habló la adivina de Anfrisio:
«No hay asechanzas tales aquí
—deja ya de afanarte:
guerra no trae la aljaba;
en su antro el fiero Portero
con eterno ladrido
espante a las sombras sin sangre;
casta Prosérpina guarde en paz
el umbral de su tío:
rey Eneas troyano,
en amor señero y en armas,
baja a ver a su padre
a las sombras del Érebo hondas.
Si para nada te mueve
el ejemplo de tanto cariño,
ea, este ramo»
(el ramo descubre oculto en el manto)
«mira y conoce».
Se asienta de rabia hinchado su pecho;
408 ni habla ya más:
pasmado aquél del don venerable
de la fadada vara,
que ve tras tiempo tan largo,

torna la turbia balsa hacia allí
y la arrima a la orilla;
de ella a las otras almas,
que en largos bancos yacían,
las desaloja y el puente despeja;
a Eneas acoge
descomunal en su vientre:
gimió bajo el peso la quilla
desvencijada,
y le entró rendijosa a tragos la charca.
Sanos y salvos al fin
tras el río al hombre y la santa
en cenagoso embrollo
y verduzcas ovas los deja.
Cérbero asorda esos reinos
ladrando a triple garganta
descomunal, tremendo
en su cueva enfrente tendido;
ya como ve la adivina
encrisparse el cuello de sierpes,
torta con miel
de sueño cargada y mágicas yerbas
échale: en hambre rabiosa
las tres gargantas abriendo,
cógela al vuelo;
y por tierra los vastos lomos relaja
desjarretado,
y se estira gigante en toda la cueva.
Lánzase Eneas,
hundido el guardián en sueño, a la puerta,
y presuroso se aleja
del río no rebogable.
Luego se oyeron voces
y vasto son de vagidos
y ánimas niñas allí
en la primera entrada llorando,
los que arrancados al pecho,
sin ver sorteo de vida,

se los llevó negro día,
en luto amargo anegados.
De éstos al par,
los caídos a injusta pena de muerte.
Ni este lugar
tampoco sin juez se da ni sorteo:
432 inquisidor mueve Minos la urna,
y él la asamblea
de silenciosos convoca,
y conoce en vidas y cargos.
Tienen al pie los tristes lugar
que a su mano y sin culpa
muerte se dieron
y que, a la luz tomándole odio,
su alma arrojaron de sí.
¡Cómo ahora en el aire de arriba
ya pobreza querrían sufrir,
ya duras fatigas!
Ley se lo veda,
y amarga la charca de agua sin gracia
tiénelos presos,
los ata la Estigia en nueve revueltas.
Cerca de ahí
ya asoman a todo lo ancho tendidos
Campos de los Sollozos
(así por nombre los llaman):
a los que duro amor
corroyó de podre sangrienta,
cubren allí soledosos viales,
bosque los cerca
444 de arrayán;
sus cuitas ni aun en la muerte los dejan.
Ve en ese campo a Fedra y a Prócride,
ve a Erifila
triste mostrando
del hijo cruel las llagas abiertas,
ve a Evadna y Pasífae,
y junta Laödamía

pasa y aquélla que, mozo una vez,
de nuevo Ceneo
ahora mujer,
el hado volvió en su forma primera.
Entre las cuales,
fresca su herida, Didó la fenicia
iba en el vasto bosque sin rumbo.
El noble troyano,
de que a su lado paró
y la reconoció entre tinieblas
entrenublosa
(como el que, al entrar del mes, asomando
ve o piensa que vio
por entre nubes la luna),
lágrimas derramó,
y con dulce amor le decía:
«Ah infeliz Didó, 456
así pues ¿fue cierta la nueva
que de tu fin me llegó
y que segaste a hierro tu vida?
Causa yo de muerte te fuí.
Por los dioses lo juro,
por las estrellas,
o fe la que haya aquí bajo tierra,
mal de mi grado, reina,
me separé de tu costa;
pero mandato del cielo,
que entre estas sombras me fuerza
hoy a cruzar
mohoso abrojal y noche sin fondo,
bajo su ley me arrastró.
Ni nunca pude creerlo
que a este tan gran dolor
con mi partida te hundía.
Ah, tu paso detén;
no te huyas así de mis ojos.
Huyes ¿de quién?
Por mi sino es la última vez que te hablo».

Tal de su voz Eneas
al ánima ardiente y su torvo
468 ceño quería ablandar
y moverla a llanto quería.
Ella al suelo los ojos tenía
a un lado clavados,
ni de la voz que se alza
su rostro un punto se turba
más que si roca estuviera allí
o si escollo de mármol.
Quítase al fin de ante él,
y huyó a esconderse enemiga
en la sombrosa selva,
donde el esposo primero
paga su amor con amor
y a su fe Siqueo responde.
Pero Eneas aún,
del azar maljusto aturdido,
lejos la sigue con llanto
y se duele al verla alejarse.
Torna de allí al camino fijado.
Y ya los remotos
campos hollaban
que pueblan los claros guerreros aparte.
Sale aquí Tideo a su paso
y célebre en lides
480 Partenopeo,
aquí la visión del pálido Adrasto;
muchos allí segados de guerra
y arriba llorados
dárdanos tanto,
a los que él en larga hilera mirando,
dio un sollozo,
Medonte y Tersíloco y Glauco y los hijos
tres de Anténor
y aquel Polibotes preste de Ceres
y aún Ideo al carro agarrado,
aún a las armas.

Ánimas lo rodean
a izquierda y derecha apiñadas;
ni aun les basta con verlo una vez:
sin fin deternerlo
quieren y andar a su lado
y saber por qué de su viaje.
Pero los nobles dánaos y
las tropas atridas,
de que lo ven al rey
y fulgir en la sombra sus armas,
se echan de inmenso miedo a temblar:
unos darse a la fuga
(como a las naves huyeron antaño), 492
alzar la voz otros
floja, menguada:
el grito al nacer boquiabiertos les falla.
Vió al de Príamo allí,
por todo el cuerpo llagado,
vió a Deífobo,
desgarrada en sangre la cara,
cara y manos también,
y malarrasadas las sienes
rasas de orejas,
de herida soez la nariz cercenada.
Lo reconoce apenas temblante
queriendo las negras
llagas cubrir,
y sin más en la voz de antaño le habla:
«Tú, aguerrido Deífobo,
estirpe y sangre de Teucro,
¿quién te quiso infligir
tan encarnizada venganza?,
¿quién pudo tanto osar sobre ti?
En la última noche
vino rumor que,
cansado de enorme estrago de aqueos,
sobre el montón caíste 504
de la confusa matanza.

Luego yo mismo
en la costa Retea tumba vacía
te hice alzar,
y tres veces clamé por tu ánima en alto.
Nombre y armas te guardan el sitio:
a ti ya no pude
verte, amigo, y al irme
de tierra patria cubrirte».
A esto el de Príamo así:
«Nada, amigo, quedó de tu parte:
bien lo debido pagaste a Deífobo
y bien a su sombra.
Fue mi sino
y el crimen de la Espartana maldito
lo que me hundió:
ella aquí su recuerdo así me ha dejado.
Que es que la última noche
en vano alborozo tú sabes
cómo pasamos
(y harto no es forzoso acordarnos),
cuando el caballo fatal
al alto alcázar a salto
516 vino a traer
cargado de tropa armada su vientre:
ella, fingiendo una danza,
en sagrada ebriedad a las frigias
alrededor guiaba:
ella en medio antorcha agitaba
descomunal,
y llamaba de la alta almena a los dánaos.
Yo, de cuidados rendido
y pesado entonces de sueño,
me acogí a mi alcoba fatal,
y caí como tronco
de hondo y dulce sopor,
parigual de muerte serena.
La ejemplar esposa en tanto
limpia la casa

de armas, y del cabezal
la fiel espada me hurta;
llama al palacio allí a Menelao
y le abre las puertas,
—claro— esperando así
gran don de amor ofrecerle
y aun con ello apagar el rumor
de las viejas afrentas.
Bien, ¿a qué más?: 528
a la alcoba se arrojan; con ellos el nieto
de Éolo al par, aguijando a torturas...
Dioses, que tales
paguen los griegos,
si clamo con limpia boca venganza.
Pero a tu vez,
¿qué azar —ea, di— aquí te ha traído
vivo?: ¿te empuja
por rumbo el piélago errado?
¿o es voluntad de los dioses?
O ¿qué fortuna te acosa
a visitar moradas sin sol,
país lóbrego y turbio?»
Tal cambiando razones,
Aurora en corceles de rosas
ya en su ruta celeste
mitad del eje doblaba,
y aun tal vez todo el tiempo otorgado
así pasarían,
sino que al lado avisó
y brevemente habló la Sibila:
«Huye la noche, Eneas:
llorando agotamos las horas.
Éste es el sitio 540
que hiende a doble rumbo la vía:
uno a derecha
que corre so las murallas de Dite:
ruta al Elisio por él se nos da;
el izquierdo a los malos

penas les hace pagar
y al maldito Tártaro lleva.»
A esto Deífobo:
«No te me aíres, gran adivina:
ya me alejo a mi puesto en la fila
y torno a tinieblas.
Ve, gloria mía, ve:
goza tú de un sino más claro.»
No más habló,
y diciendo torció sus pasos aparte.
Mira Eneas atrás,
y bajo un roquedo a la izquierda
vasto recinto ve,
de muralla triple ceñido,
que arrebatado rodea
torrente de hórridas llamas,
infernal Flegetón
y rugientes peñas arrolla;
552 puerta ingente ante él,
de macizo acero las jambas,
tal que ni fuerza de hombre
ni ejércitos celestiales
bastan a desquiciar;
torre al aire se alza de hierro,
donde Venganza posada,
ceñida en manto sangriento,
guarda con ojo sin sueño el portal
los días y noches.
Quejas en esto se dan en oír,
crujir rabïosos
látigos, y un chirrïar de hierro
y rozar de cadenas;
párase Eneas,
y le penetró el rüido aterrado:
«¿Qué manera de crimen?,
oh virgen, dime, ¿qué penas
los torturan? o ¿qué
tan gran quejumbre a los aires?»

Y la adivina así comenzó:
«Claro guía de teucros,
nadie en gracia es ley
que el umbral maldito lo huelle;
mas cuando Hécate el cargo me dio 564
de los bosques Avernos,
ella las penas del cielo
una a una a ver me condujo.
Rige aquí Radamante el gnosio
el reino más duro,
y hace purgar y escucha la culpa
y fuerza a cada uno
a declarar lo que arriba ocultó
y ufanándose en vano
la expiación requerida aplazó
hasta la muerte tardía.
Luego a los tristes,
armada de látigo, vengadora
salta y sacude Tisífone,
y con la izquierda alargando
torvas culebras,
llama a sus fieras hermanas al arma.
Ya por fin,
chirrïando en el ronco gozne, las santas
puertas se abren de par en par:
¿tú ves qué atalaya
vela bajo el portal?,
¿el umbral qué mostro lo guarda?:
descomunal 576
de cincuenta bostezos negros la Hidra
harto feroz mora dentro.
Detrás el Tártaro mismo
dos veces tanto al abismo se abre
y húndese en sombras
cuanto a la clara bóveda alcanza
la vista de cielo.
Cría antigua allí de la Tierra,
los mozos Titanes,

derrocados del rayo,
revuélcanse abajo a lo hondo.
Vi allí a Oto y Efialtes mellizos,
descomunales
cuerpos, que por sus manos
el vasto cielo tentaron
de ir a asaltar
y a Jove arrojar del trono celeste.
Vi a Salmoneo también
pagando cruda condena,
por remedar la chispa de Jove,
el estruendo del cielo:
él, montado en carro de a cuatro,
agitando la antorcha,
588 por los pueblos de Grecia
y las calles de Élide en medio
iba en triunfo,
y se hacía adorar con honras divinas,
loco, que los nublados
y el rayo nunca imitable
con el bronce
y los casos de los caballos fingía;
ah, pero el Padre todopoderoso
allá entre las nubes
su arma blandió
(no antorchas él ni humosas de teas
llamas), y ya en torbellino feroz
lo hundió en el abismo.
Titio allí también se veía,
engendro de Tierra
madre de todo,
su cuerpo por nueve enteras yugadas
desparramado:
un buitre atroz con pico recorvo
rapa su hígado no moridero,
entraña de penas
siempre fecunda;
escarba en su pasto, en lo hondo del pecho

mora, y jamás da tregua a las fibras 600
que van renaciendo.
¿Qué de los Lápitas he de decir,
de Ixión y Pirítoo?
¿Qué de al que negro peñón
casi casi escurriéndose y siempre
pronto a caer amenaza?:
en divanes altos de gala
lucen barras de oro
y manjares prestos delante
de esplendor real:
la mayor allí de las Furias
vela al pie,
y no deja llegar la mano a la mesa,
se incorpora alzando la antorcha,
y su boca retumba.
Todos allí
los que odiaron a sus hermanos en vida,
o arrojaron al padre,
o tendieron lazo al pupilo,
o el que durmió solo él
sobre la riqueza amasada,
sin guardar a los suyos su parte
(y cuántos hay de ésos),
y al que en negro adulterio mataron, 612
y los que siguieron
bando traidor
y osaron burlar la ley de sus amos,
encerrados aguardan castigo;
saber no me pidas
qué castigo
o qué modo y azar ha hundido a los hombres:
peña enorme arrastran los unos,
en rayos de rueda
cuelgan descuartizados;
eternamente en el potro
yace Teseo infeliz;
y Flegias mísero a todos

muestra ejemplo
y avisa con recia voz por las sombras
'Ved justicia en mí
y aprended a temer a los dioses'.
Éste vendió por oro su patria
y dueño soberbio
puso sobre ella,
clavó y desclavó a dinero las leyes;
éste el lecho asaltó de su hija
y la boda vedada:
624 todos osaron pecado atroz,
y lo osado lograron.
Ni aunque ciento de lenguas en mí,
cien bocas hubiera,
voz de hierro,
abarcar del delito podría las formas
todas y todos los nombres
de los castigos contarte.»
Ya que hubo hablado así
la oficiante añosa de Febo,
«Ea, pero al camino,
y cumple el cargo que debes;
démonos prisa:» le dice
«ya veo el muro de forja,
obra de los Ciclopes,
y enfrente el arco y las puertas
donde nos es mandado dejar
el don que llevamos.»
Dijo, y cruzando al par
por las veredas de sombra,
cortan el trecho que falta,
y a los portones se acercan.
Ya a la entrada Eneas avanza:
su cuerpo con agua
636 fresca rocía,
y el ramo al umbral al frente lo clava.
Esto al fin cumplido,
ofrecido el don a la diosa,

fueron a dar
a la lieda pradera y amenos vergeles
de la floresta feliz
y a las venturosas moradas.
Cielo más largo los llanos allí
y de lumbre los viste
purpureciente,
y su sol y estrellas suyas conocen.
Unos el cuerpo ejercitan allí
en herbosa palestra,
compitiendo a jugar,
y en dorada arena pelean;
otros en danza baten el suelo,
y dicen canciones;
y aun también con manto talar
el preste de Tracia
al compás siete grados de voz
entona, y los mismos
ya de los dedos
o ya a marfileña púa los tañe.
Cerca, el linaje antiguo de Teucro, 648
lígrima prole,
campeadores de pro,
en mejores siglos nacidos,
Ilo y Asáraco
y grande el que a Troya Dárdano hizo.
Mira asombrado sus armas al pie
y sus carros de sombra;
picas en tierra hincadas se ven,
desuncidos doquiera
por la llanura caballos paciendo:
el gusto que en armas
tuvo y en carros en vida cada uno,
el placer de lucidos
potros criar,
el mismo les sigue hundidos en tierra.
Otros he ahí los ve por la yerba
a izquierda y derecha

banqueteando
y a coro peán gozoso cantando
entre aromoso vial de laurel,
de donde a lo alto
va por el bosque caudal del Erídano
grueso rodando.
660 Tropa allí
los que en pro de la patria heridas sufrieron,
los que oficiantes sin mancha
mientras duraba la vida,
los que adivinos sin dolo
y que en gracia hablaron de Febo,
o que por sus hallazgos
la vida alumbraron de artes,
y los que en otros
recuerdo de sí por su obra dejaron:
a ésos todos
las sienes nevada cinta les ciñe.
Que apiñados en torno,
así les habló la Sibila,
y ante todo a Museo
(que en medio gran muchedumbre
tiénelo a él,
y señero en sus altos hombros lo miran):
«Ánimas venturosas, decid,
y tú, alto poeta,
¿dónde Anquises?
¿en qué paraje está? Que a su busca
hemos venido
y cruzado los anchos del Érebo ríos.»
672 Y el semidiós
en breve palabra así le repuso:
«Casa no hay para nadie:
en oscuros sotos moramos,
y es el tapiz de la orilla
y de arroyos fresca pradera
nuestra mansión.
Mas si el corazón os guía de grado,

de este collado pasad,
y de allí os pondré en buena vía.»
Dijo, y delante el paso movió,
y un llano riente
muestra del alto;
de allí la airosa cumbre dejaron.
Padre Anquises en tanto
a las ánimas hondo en el verde
valle cerradas
y que han de venir a la luz del día
las repasaba con ojo amoroso,
y cuenta llevaba
por ventura de todos los suyos,
nietos queridos,
sinos y azares de hombres
y tantas honras y obras.
Que de que vio 684
venir por el prado a Eneas andando
frente a él,
gozosas tendió las palmas abiertas,
llanto rodó a su mejilla
y voló la voz de su boca:
«¿Has venido al fin,
y tu amor, que tu padre esperaba,
ha vencido el duro camino?
¿Es dado tu cara,
hijo, mirar,
y hablar y sentir tu voz como antes?
Cierto que así lo sabía en mi fe,
y contando los días,
que iba a ser me decía;
y mi afán no ha sido por vano.
¡Qué de tierras
y cuántas cruzando mares inmensas
llegas a mí!
¡Por cuántos peligros, hijo, acosado!
¡Cómo temí
que te fuera a perder el reino de Libia!»

Él a su vez:
«Tú, padre, tu triste sombra viniendo
696 más de una vez
me trajo a llegar hasta estos umbrales.
Ancla en el mar Tirreno la flota.
Tu mano a mi mano
déjame unir, deja, padre,
y no mi abrazo rehuyas.»
Tal diciendo,
regaba el llanto su faz generoso:
tres veces él tentó
de echarle al cuello los brazos:
tres la visión, en vano abarcada,
huyó entre sus manos,
par del viento ligero
y pareja a los sueños alados.
Mira en éstas Eneas allá
en un valle apartado,
soto secreto
y bosque remurmurante de jaras,
la apacible morada lamiendo
el río Leteo.
A su redor un pueblo sin número
y gente volaban,
tal como, cuando en el prado
en estío abejas sereno
708 por pintadas flores se posan,
en torno a los albos
lirios rebullen,
y todo se asorda el campo al susurro.
Tiembla a la repentina visión
y demanda razones
todo Eneas ignaro,
qué río aquél que parece,
quiénes los hombres
que llenan de tanta tropa la orilla.
Luego Anquises:
«Las almas a quien por ley de su sino

otros cuerpos se deben
al par del río Leteo
onda de descuidanza
y beben largos olvidos.
Ah, que nombrártelas hace ya mucho
y mostrar a tus ojos
vengo anhelando
y contar los que han de ser mi linaje,
para que más conmigo
de hallar tu Italia te alegres.»
«Padre, entonces
¿será de creer que de aquí almas algunas
vuelan a ver el cielo 720
y a lentos cuerpos de nuevo
tornan? ¿Qué ansia de luz
a las tristes tanto las ciega?»
«Óyeme pues,
que no te tendré, hijo mío, dudoso»
sigue Anquises,
y cosa por cosa en orden revela.
«Es lo primero
que al cielo y la tierra y llanos marinos
y a ese globo de luz de la luna
y titánicos astros
nutre espíritu dentro,
y por miembros flúida todo
alma mueve su peso
y al vasto cuerpo se junta.
Raza de ahí
de bestias y hombres y vidas aladas
y esos que mostros bajo onda de mármol
el piélago cría:
ramo de fuego en ellos alienta,
estirpe celeste
en su semilla,
en tanto no pesa el cuerpo dañado
ni terrenal los embota 732
la carnazón moridera.

Miedo de ahí y deseo,
y se duelen y gozan, y cielo
ya no lo ven,
en tiniebla y en cárcel ciega cerradas.
Y aun después que en su último sol
la vida los deja,
no todo mal a las tristes aún
ni toda la peste
corporal se les va de raíz,
y es fuerza que mucha
hez con el tiempo inudrida
con fuerza extraña se apegue.
Conque se purgan en penas
y de esos males añejos
van castigo pagando:
las unas tenues abiertas
cuelgan al viento,
a las otras en hondo cabozo la culpa
enconada les lavan
o se la abrasan a fuego:
sufre su ánima y mal cada cual.
Después por el ancho
744 campo Elisio nos echan,
y en liedos prados quedamos
pocos, hasta que el día,
cumplido el ciclo del tiempo,
ha raído la mancha apegada
y puro lo deja
el celestial sentido
y la llama simple del cielo.
Todas éstas,
de que han dado vuelta a la rueda mil años,
junto al río Leteo
en tropel un dios las convoca,
y es a que sin memoria
la alta bóveda vean
otra vez
y a querer retornar a cuerpos empiecen».

Dijo Anquises,
y al hijo, y con él al par la Sibila,
lleva tras él,
y en medio del coro y tropel susurrante
sube a un otero,
de donde de frente a todos en larga
fila pudiera abarcar
y saber al paso las caras.
«Ea, y ahora, 756
a la prole dardania un día qué gloria
le ha de venir,
qué nietos de pueblo itálico aguardan,
almas esclarecidas
que a nuestro nombre se sumen,
te enseñaré de mi voz
y te haré saber tu destino.
Ése —lo·ves—
que mozo se apoya en lanza sin hierro
tiene en suerte
el lugar de la luz más cerca y primero
aire del cielo verá,
mezclado de ítala sangre,
Silvio, nombre albano,
nacido tras de tu muerte,
el que a tu larga vejez
tu esposa Lavinia tardío
te parirá en las silvas,
por rey y padre de reyes,
del que trono tendrá nuestra raza
en Alba la Luenga.
Luego Procas aquel,
honor del pueblo troyano:
Capis después, Numitor 768
y el que te renueve en el nombre,
Silvio Eneas,
al par de ti en virtud como en armas
bien señero,
si llega a tomar el cetro de Alba.

Ve qué mozos
y cuánto demuestran —mira— de fuerzas,
cómo sombrea su sien
el roble de fundadores:
éstos a ti
Nomento y Gabios y la alta Fidena
y sobre el monte alzarán
los alcázares Colatinos,
éstos Pomecia y Castro de Inuo
y Bolas y Cora:
tales nombres serán:
son ahora tierra sin nombre.
Ah, y en compaña al abuelo
se acerca el hijo de Marte,
Rómulo, al que Ilia, sangre de Asáraco,
virgen y madre,
ha de parir.
¿Ves cómo en su frente se alza la doble
cresta y el Padre
con honra celeste ya lo señala?
Hélo aquí, hijo,
que bajo su amparo la ínclita Roma
ha de medir con la tierra el dominio,
el valor con el cielo,
y una será
y ceñirá de su muro siete collados,
venturosa de hijos,
como la madre Cibeles
cruza la Frigia ciudad a ciudad,
ceñida de torres,
lieda de dioses paridos,
sus nietos ciento abrazando,
todos en la alta morada,
pisando todos el cielo.
Torna ya acá la luz de tu vista,
y mira ese pueblo,
los romanos de ti:
ahí César, ahí el linaje

todo de Iulo
que irá bajo el vasto eje del cielo.
Ése el hombre, ése es,
que se te promete a menudo,
César Augusto, linaje de un dios, 792
que los siglos de oro
otra vez abrirá
por el campo antaño regido
por Saturno laciar
y tras Indos y tras Garamantes
ha de alargar su imperio:
esa tierra allende los astros
yace del año y del rumbo del sol,
donde Atlante del cielo
alza a hombros el eje
girando clavado de estrellas.
Ya a la llegada de él
aun hoy los reinos del Caspio
tiemblan a las profecías,
y ya la tierra Meocia
y estremecidas
se turban las siete bocas del Nilo;
ni aun Alcides
tan gran porción cruzó de la tierra,
ni aun si cazó
a la cierva de pie de bronce y la selva
apaciguó de Erimanto
y tembló a su arco la Lerna;
ni el que guió vencedor 804
con riendas de pámpano el carro,
Líbero el dios
de la cumbre de Nisa azuzando sus tigres.
¿Y aún dudamos en ir a alargar
valor en hazañas,
y aún el miedo nos veda parar
en tierra de Ausonia?
Pero ¿quién ése allá,
al que señala rama de olivo,

santo oficiante?
Conozco el cabello y barba florida:
rey romano,
primero que la ciudad sobre leyes
ha de fundar,
de la mísera Cures y chico terruño
para tan gran gobierno sacado.
Luego le sigue
quien quebrará en la patria la paz,
y asentados los hombres
Tulo los mueve a las armas
y ejércitos olvidados
ya de trïunfos.
Al par va tras él, con harta ufanía,
816 Anco, ya aquí
demasiado al favor del pueblo gozoso.
¿Quieres ver a los reyes Tarquinios
y al ánima brava
del vengador, de Bruto,
y la enseña al pueblo devuelta?
Éste el mando de cónsul,
la dura segur el primero
recibirá,
y moviendo motín sus hijos, el padre
los citará
por bien de la libertad a la muerte,
triste de él:
como quiera que un día juzguen el hecho,
vence amor de la patria
y afán inmenso de gloria.
Ve a los Decios y Drusos ahí,
con su hacha sañudo
mira a Torcuato
y trayendo la libre enseña Camilo.
Luego aquellas
que ves fulgir en armas iguales
828 ánimas hoy concordes
en tanto las cubre la noche,

ay, ¡qué cruda guerra entre sí,
si a la luz de la vida
llegan a ir, moverán,
qué ejércitos, cuánto desastre,
del baluarte alpino
y peñón de Mónaco el suegro
bravo bajando,
ante él del Oriente en armas el yerno!
No, hijos, no habituéis
a tan duras guerras el alma
ni esa gran fuerza
a la entraña la revolváis de la patria.
Tú el primero tú tente,
que traes del cielo linaje,
tira las armas, oh flor de mi sangre.
Ése de allí
subirá al Capitolio, tomada Corinto,
vencedor en su carro,
señero de muertes aqueas;
Argos aquél batirá
y Micenas, plaza de Atridas,
y aun al nieto
del bienaguerrido Aquiles, vengando
los abuelos de Troya,
el ultraje al altar de Minerva.
¿Quién de ti callará,
gran Catón, o quién de ti, Coso,
quién el linaje de Graco
ni de esos dos Cipïones,
rayos de guerra, estrago de Libia,
y fuerte en pobreza
ese Fabricio, y de ti
sembrando el surco, Serrano?
¿Dónde, oh Fabios, aún me arrastráis?:
aquel Máximo eres
tú, que el estado
a fuerza de dudas solo nos salvas.
Otros, sí,

labrarán de más gracia y vida los bronces
—bien puede ser—,
sacarán alentando un rostro del mármol,
defenderán un pleito mejor,
y las vías del cielo
describirán a compás
y dirán los astros nacientes:
tú cuídate de a tu mando regir,
Romano, los pueblos
852 (tales tus artes serán)
y a la paz fijarle sus leyes,
del sometido dolerte
y descastillar al soberbio.»
Tal padre Anquises,
y aún asombrados de tal les añade:
«Ve cómo ahí,
de despojo real honrado, Marcelo
pasa, y que vencedor
sobresale de toda la tropa:
éste a caballo la suerte de Roma
en fiero tumulto
firme la hará,
arrasará él al Púnico, al Galo rebelde,
y armas de rey
el tercero será que ofrende a Quirino.»
Conque Eneas aquí
(pues al par veía que iba
mozo por hermosura notado
y brillo de armas,
sólo que poco alegre su faz
y bajos los ojos):
«¿Quién aquél, padre,
que así del varón al lado camina?:
864 ¿hijo, o tal vez uno
de largo ramo de nietos?
¡Qué clamoreo de amigos con él!
Y en él ¡qué donaire!
Mas derredor negra noche

de aciaga sombra le vuela.»
Padre Anquises allí,
a brotar las lágrimas, dijo:
«Hijo, no quieras saber
tanto luto y dolor de los tuyos.
A éste no más
asomar a la tierra el sino y más tiempo
no le dará;
demasiado el poder del pueblo romano,
dioses, os pareció,
si ese don quedaba por suyo.
¡Cuánto gemido de hombres
el Campo aquel al alcázar
alzará de Mavorte,
y qué pompas, dios Tiberino,
has de mirar,
al pasar su ataúd lamiendo reciente!
Ni hijo alguno del tronco troyano
a tanta esperanza
alzará a los abuelos latinos, 876
ni nunca de otra
cría mejor se habrá de ufanar
la rómula tierra.
¡Ay buen amor, ay vieja virtud,
ay diestra de guerras
nunca vencida!
Ante él nadie hubiera en armas sin dura
pena salido,
lo mismo que a pie se entrase a las huestes
como que hincase a corcel espumante
el hierro en el anca.
Triste rapaz,
si acaso tu duro sino rompieres,
tú Marcelo serás.
A puñados dadme de lirios
que le derrame y flores de grana,
que el alma del nieto
colme al menos con este regalo

y cumpla las honras
vanas». Así por doquiera
el campo todo recorren
por la vasta llanura de niebla,
y todo lo miran.
888 Conque después que llevó de uno en otro
Anquises al hijo
y hubo prendido en su pecho
amor de prez venidera,
luego las guerras diciéndole va
que pronto le esperan,
cuenta los pueblos laurentes
y la ciudad de Latino
y de qué modo esquivar y sufrir
cada pena y peligro.
Dobles son las puertas del Sueño:
la una de cuerno
dicen, que fácil salida les da
a las verídicas sombras;
la otra, labrada en marfil
de albura toda luciente,
pero que falsos ensueños
al cielo las ánimas mandan.
Que de que hablando Anquises al hijo,
y con él la Sibila,
los acompaña y despide
por el portal marfileño,
él a las naves ataja
y vuelve a ver sus leales.
900 Ya costeando derecho
al puerto va de Cayeta.
Salta el ancla de proa;
la costa de popas de orla.



«El Padre mismo no fácil quiso que fuera la vía del año, y la tierra por artes El removió, aguzando en la cuita las almas mortales» *(Geórgicas* I 121-23). La ley del Trabajo sobre la tierra y el descanso bajo la tierra se evoca en el poema, sin exaltación, sin maldición, con la peculiar tristeza virgiliana (p. 62).

APENDICE

PARA LA LECTURA DEL LIBRO IV DE LAS GEÓRGICAS

Con este libro IV de las *Geórgicas* tenemos algo así como la perfección del arte virgiliana, como una de esas obras con que el oficial de poesía se consagraba de maestro. Y sin embargo (¿qué digo «sin embargo»?), la maestría no ha dejado perderse nada de aquella ternura adolescente y fácilmente se diría que morbosa que es como la marca de Virgilio: por el contrario, la ha llevado, un poco paradójicamente, a su madurez, y nunca más volverá ella a sonar por medio de recursos tan sabios de la lengua: tan indirectos, a menudo también fugaces, y en suma pudorosos, como los pide el misterio de la vida y los procuraban de consuno los cuarenta años de desengaños literarios y políticos y las artes sutiles y alusivas, desdeñosas de toda explicitud, de la poesía alejandrina.

Lástima que el sentimiento de esa maestría, al menos por lo que toca al construirse y al deslizarse de los vocablos, al ordenado capricho con que los versos ora se encadenan en largas olas, ora desfilan en fórmulas escuetas o se quiebran en incisos multicolores, haya en

gran parte de perderse inevitablemente para los lectores de hoy en día, no sólo por la torpeza del traductor, su escasa sabiduría y todavía poca ingenuidad, sino también por la mala educación de los lectores, debidamente incapacitados por la barbarie mecánica que así lo necesita para leer unas páginas de versos como fuente de donde brotara poesía para sus oídos, sino forzados ciegamente a leerlo todo, poesía, historia, ciencia, periódicos y rótulos de máquinas tragaperras, aproximadamente del mismo modo, esto es, para enterarse de qué es lo que allí dice, olvidados de que aquello mismo que los hace sordos al cómo los hace en verdad sordos también al qué, que no es otra cosa, abstraído del cómo, sino mera significación, concepto ciego.

Quiere esta nota servir para que al menos los rasgos generales del libro, la ordenación de sus historias, figuras y sentimientos, toquen un poco más de veras al placer y a la inteligencia de los lectores, cosas ambas de las cuales cada una no es nada sino con la otra.

Va hablando el libro hasta allá bien mediado acerca de las abejas, y desde ahí se va metiendo a través de tres o cuatro capas sucesivas (la aniquilación del enjambre, el nuevo nacimiento a partir de la podre de vacas muertas, la pena de Aristeo, la muerte de Eurídica y el fracaso del renacimiento por virtud de la música de Orfeo, para volver al renacimiento del enjambre a partir de la podredumbre de los cuerpos muertos) a hablar del reino de la muerte. Percibir la sutil manera en que las abejas se ligan con la muerte de los hombres parece pués el punto principal para llegar a leer el libro.

Que de los cuatro libros de los Trabajos de la Tierra (el primer trabajo en que la Sociedad se constituye, y en torno al cual después la Moral del Trabajo con los *Trabajos* de Hesíodo se había formulado por primera vez en nuestro mundo), y después de haber tratado con aparente comedimiento de las condiciones,

instrumentos y tiempos de las labores del campo (libro I), de los árboles y la viña (1. II), del ganado y los rebaños (1. III), el libro IV pretenda dedicarse entero a las abejas es ya una desproporción (compárese la multiplicidad de cultivos o industrias auxiliares en que la apicultura se inserta en el tratado *De Re Rustica* de Varrón, publicado seguramente al tiempo de emprenderse las *Geórgicas*) con la cual ya el poeta nos sugiere la función que las abejas cumplen en su poesía con relación al Trabajo y a la Sociedad humana. Que después, cumpliendo a ligeros toques con la apicultura (y más que nada encaminados a despertar ternura y simpatía para con las criaturas de la miel), y tras disculparse con la famosa preterición del viejo de Tarento de detenerse en la horticultura (como si no se supiera que huerto y jardín son de por sí lo más inapto para la poesía, lo más prosaico y burgués, por así decirlo, de entre los trabajos de la tierra), se nos presente como apenas conteniéndose de saltar de la apicultura a las abejas mismas (así con el paréntesis de la batalla de 67-87, así lanzándose con el *Nunc age, naturas apibus* del v. 149) nos acaba de mostrar en qué sentido vienen a decirnos algo las abejas.

Las abejas vienen, en efecto, como un espejo de los hombres o de su esencia como animal político o social; pero un espejo especialmente fascinante, no ya porque sea, como espejo convexo o catalejo del revés, empequeñecedor (y en lo diminuto de sus seres insiste el poeta de vez en cuando), sino sobre todo porque ofrece a los ojos la imagen de los hombres fuera de los hombres, puesta precisamente en aquel campo que ellos por oposición habían establecido como naturaleza, esto es, no-humanidad; y aquella misma trémula ansiedad que el solo intento de mirar en los ojos de una bestia o de sentir el pálpito de un corazón o de unas alas animales nos despierta, que es el sentimiento del misterio inmediato, por así decir, que en las viejas religiones hacía vestirse de cabezas o de miembros de animales a los dioses y que en

la edad histórica pervivía en las máscaras bestiales o festivas y en la lección, fascinante para las crías de los hombres, de los pequeños mitos o fabulillas de animales, es el ingrediente con que trabaja la visión virgiliana de la república de las abejas.

Y así como en las fábulas animales de honda tradición muy poco empece la trivial moraleja ética para el efecto de la verdadera lección que la máscara misma de la humanidad en rostro animal produce, así también ¡qué poco importa al cabo que entre las abejas de Virgilio aparezcan en el plano verbal y evidente moralidades y patrioterías provinientes de la intención consciente del autor (que como tal, como persona, no puede menos de ser reaccionario por esencia [1]), cuando a su pesar, por fuerza del encantamiento poético de la visión de los diminutos monstruos políticos apiñados en su colmena que cautiva igualmente al poeta

---

[1] Para comparación ilustrativa me complazco aquí en copiar el texto en que siglos más tarde, todavía entrando en la Edad Moderna, el Doctor Andrés de Laguna, médico de reyes y de papas, les presenta a los hombres el ejemplo de las abejas en su *Pedacio Dioscorides Anazarbeo, acerca de la materia medicinal y de los venenos mortíferos, traduzido de lengua griega en la vulgar castellana, & ilustrado con claras y substantiales annotationes,* libro del que tanto me he valido en mi versión de las *Geórgicas* para encontrar algunos nombres castellanos probables, cuando mis propios conocimientos y recuerdos del campo me fallaban, para las plantas que se mencionan en Virgilio. Cito pués por un ejemplar de la edición de Salamanca de 1566 (hay una edición facsimilar y crítica, desgraciadamente con reducción del tamaño de las páginas, de Barcelona 1955), en cuyas pp. 178-79 dice: «Puede tomar exemplo de las abejas toda la vida humana, conocido que en el govierno, en la orden, en la solicitud, y finalmente en el artificio nos llevan muy gran ventaja. Assi que si las quisiessemos imitar sin duda no avria tantos taures, no tantos honbres inutiles y holgazanes, no tantos vagabundos, y ociosos en la republica. Primeramente las abejas tienen un solo Rey, el cual con grandissimo respeto y acatamiento obedecen, y si a caso alguna vez se levantan muchos que compiten sobre el imperio, ellas haziendose a una, conspiran contra los que por fuerça y tirania piensan dominar, y assi los echan del exanbre, o los matan, estableciendo despues aquel a quien legitimamente toca la

y a sus lectores, lo que de veras se revela es la negra y trepidante evidencia del misterio social, donde la pretendida oposición de los humanos entre Individuo y Sociedad se denuncia y emborrona, donde es la colmena la que parece, como un informe y rumoriento animal engendrado por la política, vivir, donde la disciplina y especialización de los dorados cuerpecillos componentes de ese oscuro cuerpo aparece sirviendo a la producción contínua de algo que no se sabe a quién le sirve (*sic uos, non uobis*) y que se vuelve por ello mismo divino en la medida que son los hombres ajenos los que vienen a aprovecharse de la fatiga y el tráfago de la colmena, y donde el oro pegajoso de la miel se siente fabricado con la muerte innumerable de las obreras!

---

monarchia. Es el Principe assi en el parecer, como en las costumbres, una abeja mas real y mas generosa que todas, la cual nace sin aguijon, porque quiso la naturaleza que fuesse de sola equidad y clemencia armado, con las quales dos tan insignes virtudes se conservan los vassallos, y se reconcilian los enemigos; porque no ay cosa que tanto mueva los animos de los hombres a conjurar contra sus mayores, como la crueldad, è injusticia que exercitan en el Imperio. Siempre que sale el Principe todas las abejas le ciñen, y le toman en medio, de suerte que apenas puede ser visto; y si alguna vez le sienten cansado le sustentan a ratos, sollevandole sobre los hombros. Si està enfermo todas se ponen al deredor muy tristes y nunca se apartan del, hasta que se le quitan delante: lo cual si no se hiziesse moririan absolutamente de hambre. Resfriado pues el dolor, con la ausencia del cuerpo difunto, eligen luego otro de sus cercanos para que las govierne, porque no saben estar sin Rey, y no hallando ninguno a propósito se derraman por diversos exanbres, como faltando el pastor, las ovejas suelen descarriarse. Es por cierto cosa muy de notar con quanto hervor entienden en hazer los panales, y con quanta industria fabrican aquellas celdas, las quales compuestas de seys costados no tienen derecha la entrada, sino buelta al soslayo, para que ni el viento pueda colarse de claro en claro, ni los animalejos nocivos assaltarlas tan facilmente como pudieran si las tuvieran de cara. Es también de advertir, que despues que han hecho de la cera todos los favos, ya quando vienen a hinchirlos dexan por todas partes las casillas primeras casi vazias de miel, y esto para quitar la ocasión de hurtar a los animales que son a ello inclinados. Los cuales si viessen la miel al ojo, acudicirarianse a ella y no passarian de largo, como passan siempre que no la ven «:siendo cierto, que muchos dexan de hurtar, por no hallar la ocasion». Tienen las

Tan poco importa en verdad la moralidad intencional del servidor de Octavio César Augusto que bien puede percibirse que hasta los errores que, desde el punto de vista de la Ciencia posterior, comete en sus versos y recoge de las creencias vigentes en su mundo no hacen sino exagerar reveladoramente, en puntos capitales de la imagen social, esa virtud del espejo de humanidad con que se presentan en las *Geórgicas* las abejas: a saber (por fijarme en los puntos más llamativos), que la especie toda de las abejas se divide en dos razas, la de las buenas abejas, chispeantes de oro en sus armaduras, y la de las malas, peludas y ventrudas, comparadas al esputo revuelto en polvo del caminante; que se ignora el mecanismo de reproducción

---

abejas repartidos entre si los oficios: porque unas hazen la guarda al Rey, y sirviendole de fieles alabarderos, nunca se apartan del. Otras estàn como en guarnición haziendole centinela siempre a la puerta de la colmena para resistir a qualquier opression, o insulto que les quieran hazer. Y otras salen a la campaña de donde buelven de cera, o de miel cargadas. Entre las mas viejas dellas, que ordinariamente se quedan dentro de la colmena como dueñas de honor, unas sirven de descargar las que vienen de fuera, porque aquellas no solo traen aquel divino licor en el vientre, pero tambien en las alas, en el cuello, y en todos los pliegues del cuerpo. Otras hazen la cera: otras disponen la miel: y finalmente otras se ocupan en otras cosas. Reposan las abejas toda la noche, y tienen un admirable silencio hasta que en esclareciendo el día se levanta la pregonera primero que todas las otras, y dando dos, o tres zumbidos muy grandes como con algun cuerno, subito las despierta para que vayan a trabajar: y si alguna por su desgracia rezonga no le cuesta sino la vida, porque luego todas la matan. Mezclados en los exambres andan unos abejonazos llamados zanganos, de los quales se sirven las abejas como de esclavos, assi para que embetunen el corcho de la colmena, como para que con su gran calor, echandose sobre sus huevos dellas los vivifiquen. Estos no tienen aguijon, y son de animo tan vil y abatido que por solo el tragar sufren mil afrentas, y assi sin ningun respecto las abejas los consumen y matan, haziendo gran riza de ellos siempre que los hallan ociosos, o en alguna golosina ocupados: porque quieren que no se passe un momento sin hazer algo, y que no se viva para comer, sino que solamente para vivir se coma. De suerte que todas andan listas en el trabajo, procurando cada una dellas mostrarse la mas solicita, y la mas desembuelta a su Principe, el qual desde su Trono Real la mira, sonriendose, o

de las abejas individuales y del enjambre entero, para imaginarlas naciendo de la podredumbre de los cuerpos muertos; que se desconoce el papel de los zánganos (a los que apenas si se menciona en todo el libro), y eso que la imaginería del vuelo nupcial de los múltiples zánganos persiguiendo en las alturas a la reina, cayendo destripado aquel que alcanza a la copulación con ella, tal como en Fabre o los melitólogos modernos aparece, habría sido tan terrorífica y fascinante a nuestros ojos; y que, en fin, las reinas (o la reina, si es más propio decirlo así) aparecen en Virgilio convertidas en reyes y caudillos. De manera que, con lo primero, la estructura esencialmente moral de la Sociedad humana y la guerra de «bueno» «malo» se introduce en la estructura misma de la ima-

---

mostrando cierta señal de amor y agradecimiento, y amenaçando a las tardas y perezosas, y finalmente dando muy grande animo a las debilitadas. Vsan entre si de increible caridad las abejas, porque si alguna dellas a caso viene a enfermar, luego la sacan al sol a la boca de la colmena, y alli acuden todas a consolarla, dandole de comer, y haziendole mil regalos: a la noche la tornan dentro, porque no la ofenda el sereno, y no permiten que en ninguna suerte trabaje hasta que no convalezca, y del todo aya cobrado fuerças. La qual si por rigor del mal, o por la pura vejez viene a concluir sus dias, sepultanla dentro de los panales con gran solemnidad». Así parece que seguían sirviendo las abejas hace cuatro siglos para ejemplo de los hombres según la visión antigua de Dioscórides transmitida por el Doctor Laguna, no esencialmente distinta de la de Vigilio, salvo que éste, como poeta, no podía limitarse a decir lo que quería (esto es, aquello a que la constitución de su mundo le obligaba) sino que había de decir, diciéndolo, mucho más de lo que quería, que es lo que en este apéndice tratamos de poner un poco al descubierto. Por lo demás, bien que me gustaría, si otros cuidados no me distrajeran de ello (pero acaso alguno otro que más sepa se sentirá animado a hacerlo por esta nota), seguir examinando a lo largo de estos cuatro siglos cómo la visión de las abejas, a través de exposiciones como las de Fabre y Maeterlinck, hasta llegar a los estudios de K. von Frisch, en que la cuestión crucial del lenguaje de signos convencionales ha asomado al fin debidamente, ha venido modificándose a los ojos de los hombres, a medida que la observación científica trataba de limpiarla de esa carga que desde la antigüedad la configuraba: la de ser reflejo de reflejo, esto es, hacer de los animales en alguna medida hombres, para que tuvieran los hombres un lugar exterior donde verse y confirmarse como tales hombres.

gen; con lo segundo, la relación entre la vida o subsistencia (del individuo y del Enjambre) y la muerte de la vida se torna más precisa y evidente; con lo tercero, la superfluidad del sexo masculino como agente de amor (y por ende también la superfluidad del amor mismo para la organización de la Colmena) se pone por la omisión más de relieve; y por el contrario, con lo cuarto, la constitución necesariamente patriarcal de la sociedad, la necesaria ilusión de un jefe y guía de sus destinos, queda debidamente reflejada en el reflejo.

Con los cuales pocos subrayados espero que quede la atención de los lectores bastante preparada para percibir con cierta exactitud la honda relación que liga a las abejas de Virgilio con el tema de la muerte, en cuanto siendo ella el otro nombre o cara inversa de la constitución social.

No hay que olvidar tampoco a este propósito que el arranque del libro IV («la miel, rocío el aire,/don celestial») está inmediatamente precedido por el fin del libro III (478-566), donde se rememora la peste del Campo Nórico, al pie de los Alpes, que devastó vacadas y ganados, caídos ya res a res o ya en montón por campos y establos ante los ojos desolados de los hombres, hasta invadir como una oleada de muerte incontenible los ámbitos salvajes de los lobos y los ciervos y las costas refluyendo de cadáveres marinos: una imagen multitudinaria de la muerte, donde Virgilio, aunque siguiendo la visión de la peste ateniense de Tucídides (II 47 ss.), con la que también Lucrecio (VI 1136 ss.) remataba desoladamente su poema, había introducido esa técnica de desviación del espejo, por la que la muerte, esencialmente humana (esto es, propia de la Esencia), se mira sin embargo como encarnada en cuerpos no humanos, en el ámbito circundante de los hombres, primero en sus bestias domésticas, de las que luego se extiende a la supuesta naturaleza libre, de tal modo que el temor de que la peste y mortandad animal

se contamine al hombre (así en los versos finales, III 561-66,

Ni aun esquilar vellones de muermo y roña comidos
pueden siquiera o tejer lana ya que en polvo se pudre,
y aun todavía, si uno tentó tan odioso vestido,
bubas ardientes al punto y sudor inmundo los miembros
iba cubriendo hediondos, y no mucho tiempo tardando,
las contagiadas carnes el fuego sacro roía)

no es sino el reflejo invertido de la conciencia de la muerte contaminada de los hombres a los animales y a la naturaleza misma.

Precedida de tal visión, la brillante y fervorosa de la república de las abejas viene a su vez a declinar y perderse en la segunda mitad del libro IV en una especie de viaje o penetración al reino de la muerte; y ello a través de pasos por estratos sucesivos: primero, de la enfermedad y muertes de las abejas individuales se pasa a otra forma de muerte, la muerte del enjambre o de la Sociedad misma; y en la búsqueda por la resurrección de la Sociedad, el poema, como por azar, lleva nuestra mirada hacia el Egipto (que, aparte las evocaciones de escenas y ritos del poema mismo, arrastra la evocación implícita del centro de origen de la Sociedad histórica, de la Historia, y al mismo tiempo del exótico reino del culto de la vida de los muertos, dejando aparte que acaso en la primera redacción de las *Geórgicas* el Egipto hubiera podido servir de vía para la conmemoración de su infortunado gobernador Cornelio Galo); pero del Egipto aquella búsqueda nos hace brevemente saltar a la Arcadia misma, el ámbito prehistórico o paradisíaco, con su pastor Aristeo, dolido por la muerte de sus enjambres y quejándose por ello, entre amargas dudas de su propio origen divino, a su madre Cirena, ninfa de las aguas; por cuya mano se le hace penetrar (y se nos hace) en el primer misterio del seno de los ríos y de la gruta marina de Proteo, el monstruo de las formas

innumerables; por cuya voz, a su vez, conoce Aristeo el origen de la muerte de sus abejas, que es un pecado suyo, y naturalmente un pecado de amor, el amor de Eurídica, la amada de Orfeo, y se nos hace bajar al misterio más profundo del mundo soterraño de los muertos, adonde Orfeo entra en busca de su amor perdido; que por la fuerza de su música y poesía está a punto de resucitar y tornar a flor de tierra, cuando el ansia del amor mismo de asegurarse con el saber y con la vista la restituye a su perdición, y con el fracaso de la música y poesía perece también el músico entre las manos vengativas de las otras mujeres desdeñadas; de la cual historia deduce entonces Cirena repentinamente cuál ha de ser el remedio para la restauración de la sociedad de las abejas: será de la podre y corrupción de los hermosos cuerpos de toros escogidos y novillas, sacrificados a los dioses de los muertos, de donde surjan zumbantes y bullentes y vengan a enjambrar en el negro inmenso racimo pendiente de la rama.

Ya con las notas que en este resumen he recogido y destacado he hecho demasiado seguramente (demasiado, pues nunca mitos y poesía pueden traducirse a discurso racional) por aclarar y hacer visibles para los lectores los símbolos y sus enlaces por los que el arte de Virgilio (valiéndose aquí del arte del epilio alejandrino, que ya en sus costumbres incluía la implicación de un mito dentro de otro a niveles o bajo luces diferentes) sugiere las relaciones de la constitución de la Sociedad industriosa y organizada con la imposibilidad del amor feliz, con la victoria de la muerte, con la corrupción del cuerpo; y también con el fracaso de la poesía, de manera que termina el libro de Virgilio al mismo tiempo en el reconocimiento de la incompatibilidad de la Sociedad organizada no sólo con la vida, sino también con la poesía, que sin embargo él está escribiendo dentro de esa Sociedad, «en tareas de oscura holganza gozoso», como se dice en el epílogo (564), en tanto que César vencedor da leyes a los pueblos.

Pero, temiendo yo también explicar más de la cuenta los misterios, me limito ya a mencionar a este propósito al otro poeta perdido y amante desgraciado, Cayo Cornelio Galo, con la evocación de cuya figura parece que en la primera intención de Virgilio habían de cerrarse las *Geórgicas*, como terminaba evocando su pena de amor el libro de las *Bucólicas*.

En efecto, nos ha llegado la noticia (sobre todo por dos notas del comentarista Servio a *Buc.* X 1 y a *Georg.* IV 1) de que en una primera redacción de las *Geórgicas* la segunda mitad del libro, donde ahora tenemos el epilio de Aristeo y de Orfeo, la ocupaban unas *laudes* o loa de Cornelio Galo, el cual, después de haber estado entre los amigos y colaboradores de Augusto, hasta el punto de venir, después de la victoria de Accio, a ser el primer *praefectus* o gobernador del Egipto, había luego incurrido en la desgracia del emperador (por supuestos errores en la administración, pero Servio habla de la sospecha de Augusto de que hubiera entrado en una conjura contra él) y así en el año 26. a.J. hubo de cometer suicidio. De manera que Virgilio, ya fuese por orden expresa del señor, *iubente Augusto,* como dice Servio en la primera de aquellas anotaciones, ya porque la censura implícita lo imponía después de la desgracia y fin de Galo, hubo a su vez de mudar aquel pasaje y borrar sus loas y su nombre, bien a su pesar —hemos de imaginar nosotros—, si recordamos el cariño y la admiración extraordinaria que a Galo había profesado en las *Bucólicas,* cuando en la VI hacía a Sileno cantar (vv. 64-73) su consagración como poeta por las musas y por Lino como sucesor de Hesíodo (el mismo a quien también las *Geórgicas* y todo poema didáctico reconocen como patrono) y como autor, por lo que allí se sugiere, de un poema sobre el bosque Grineo (esto es, un poema etiológico en la línea de Calímaco, que nos presenta a Galo como poeta docto y alejandrino), y cuando al fin dedicaba la égloga X entera a la lamentación de los

amores de Galo y, de paso, a su conmemoración implícita como fundador del nuevo género de la elegía erótica romana (de unos *Amores* en cuatro libros se nos habla, donde refería su desventurada pasión por la actriz Volumnia bajo el nombre de Licóride, que es el que aparece en la égloga X de Virgilio), el que sería el género poético más vivo de la siguiente generación augústea, con las elegías de Tibulo, Sulpicia, Propercio, Ovidio.

Es curioso tratar de imaginar cómo aquella loa de Galo llenaba en la segunda mitad del libro IV las funciones de evocación de la poesía y el amor frente a la muerte y de la muerte como fundamento de la Sociedad que en la versión conservada llenan las fábulas de Orfeo y Aristeo (cabe suponer que la mención del Egipto en los versos 279-314 fuera el arranque para la aparición de Galo, a quien se podía, como administrador o en campaña bélica, acompañar a las viejas ciudades egipcias o santuarios o tal vez penetrando hacia las fuentes del Nilo misteriosas, y a quien se podía hacer cantar o bien oír de boca de algún oráculo el mismo mito de Orfeo u otro equivalente), pero en todo caso la sola figura de Galo se nos aparece ahora en la lejanía como un símbolo adecuado de tales evocaciones: Galo, que así había tentado la experiencia de amor y en las penas de amor se había consumido, que así había experimentado con la política y la administración y había perecido bajo el ceño airado del señor de su tiempo a quien sirviera. Y aún tendría que añadirse lo tercero: que así había tentado los viejos y los nuevos caminos de la poesía y a quien el destino literario, por algún pecado también contra su orden, ha castigado de manera que de sus poemas no nos ha llegado sino un solo verso, un pentámetro insignificante citado por el geógrafo Vibio Secuente, donde hablaba del río Hípanis de la Escitia, que dividía Europa de Asia:

Parte con un caudal
solo las tierras en dos.

Ya que el Señor de la Historia ha querido privar a Galo aun del mísero regalo de la inmortalidad y hasta borrarlo del libro de su amigo, sin que pudiera salvarlo de ello ni la tierna estima de Virgilio, sirva esta nota como modesto rincón de conmemoración tardía del poeta desconocido.



Con el Imperio vendrán a ser «precisamente las inscripciones de las tumbas casi las solas voces que proclamen el gozo de la vida» (p. 62).

INDICE GENERAL



«...·por donde el pueblo del venturoso Canopo vive del Nilo al par de sus ciénagas desbordado y esos sus campos va en pintados esquifes rondando...» *(Geórgicas* IV 287-89). Al tiempo que con Roma una nueva forma de mundo («occidental») se constituye, la imagen del Oriente, como lo exótico y a la vez lo originario, viene a ser parte integrante de esa constitución del mundo.